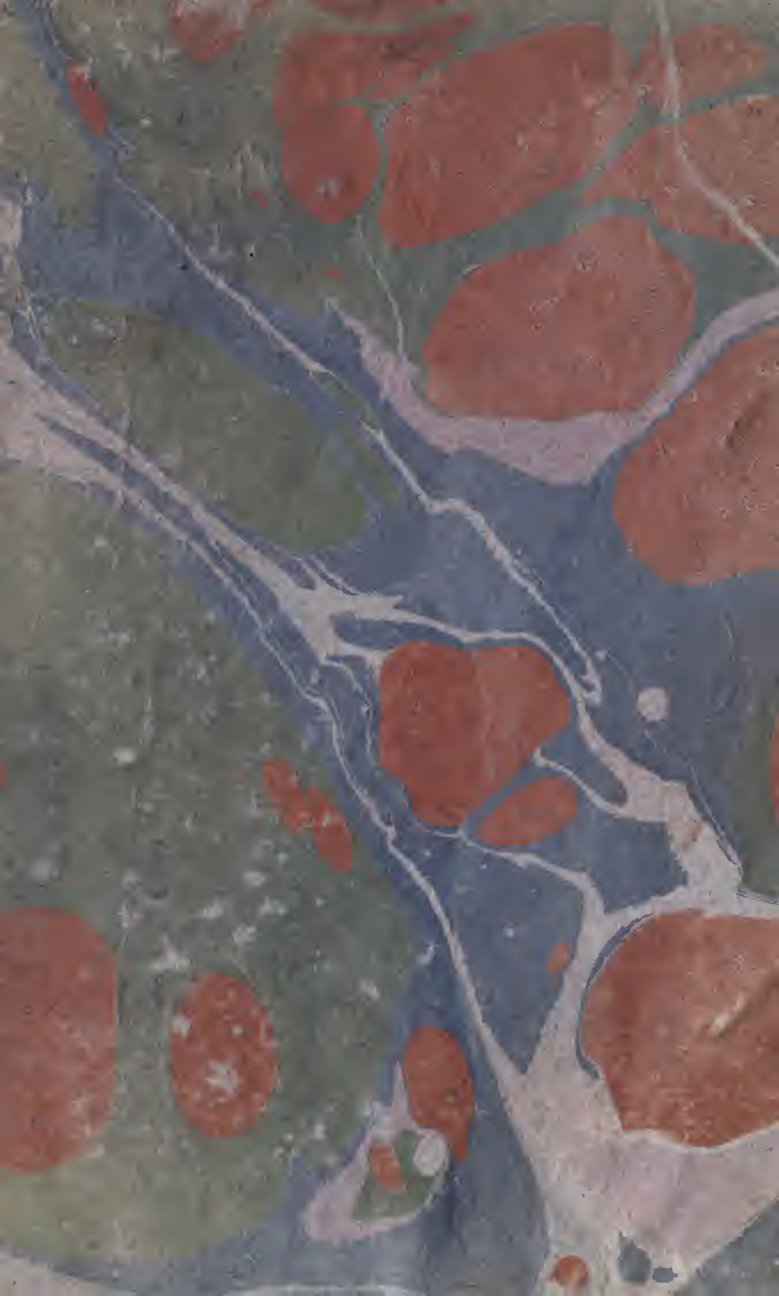
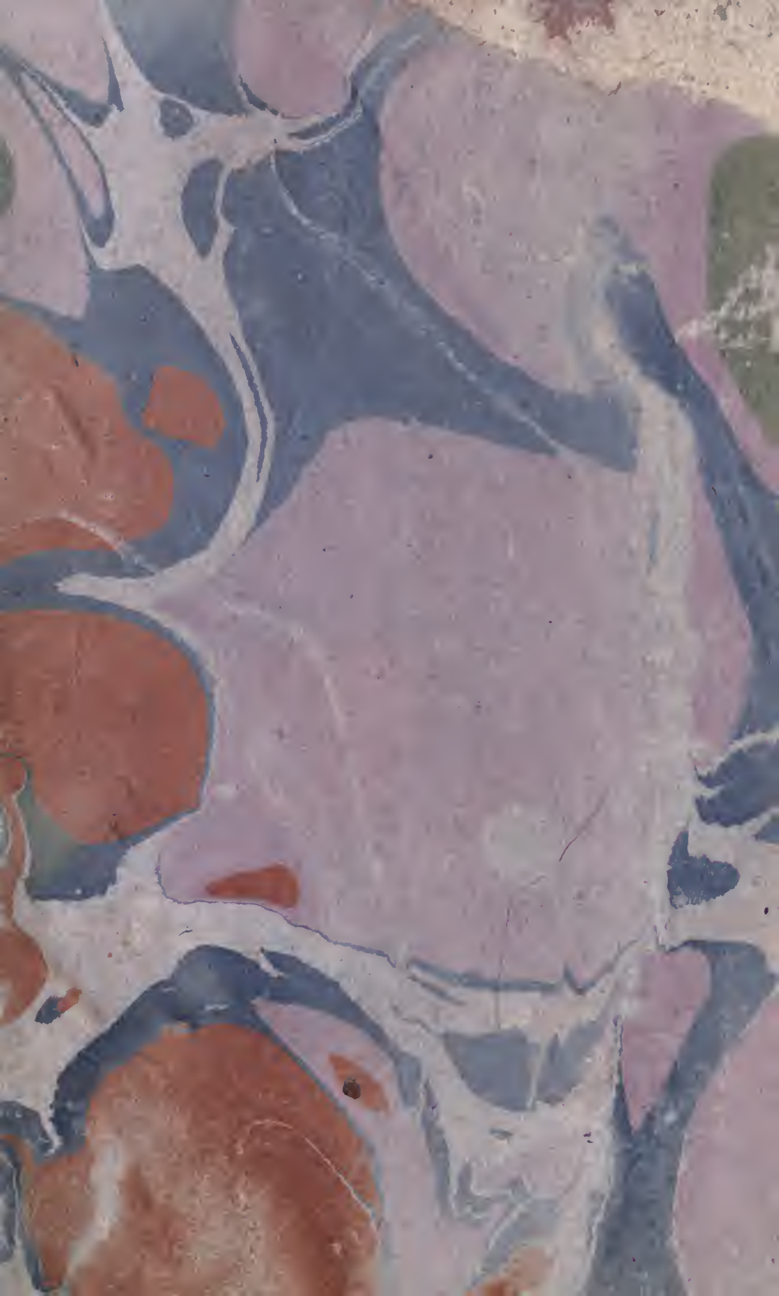






EDUCACION DE *LOS NIÑOS.*

Obra escrita en Ingles

POR Mr. LOKE,

TRADUCIDA AL FRANCÉS

POR Mr. COSTE,

Miembro de la Sociedad Real de Lóndres,

Y DE ESTE AL CASTELLANO

POR D. F. A. C. P.

TOMO I.

MADRID

En la Imprenta de Manuel Álvarez.

AÑO DE M. DCC. CXVII.

ADVERTENCIA

sobre la quinta edicion.

Habiendo dado á luz en 1733 la quarta edicion de este libro, mucho mas correcta que la segunda impresa en el año de 1708, y aunque la tercera publicada en el de 1721, me pareció, que si llegaba á reimprimirse en mis dias, no tendria necesidad de hacer ninguna enmienda considerable; pero habiéndola revisado con una crítica severa, me he visto precisado á hacer algunas correcciones, que harán esta quinta ménos imperfecta que las anteriores.

Como las citas de *Montagne* han agradado generalmente á todos los que han leido en francés este libro, he conservado todas las que tenía la edicion quarta, sin añadir ninguna nueva. Yo sé muy bien, que el estílo de un escri-

tan célebre disminuirá considerablemente el mérito de mi Obra, la que á pesar de todos mis esfuerzos, nunca será mas que una copia débil de un original excelente; pero estoy contento sin embargo de tener á mis lectores obligados por esta especie de sacrificio que les hago. He hallado, por otra parte, que el placer de copiar pensamientos, que me parecian nuevos por el modo original de producirlos, me recompensaba en algun modo el disgusto de un trabajo enfadoso, como es el de la traduccion, que teniendo sujeto siempre el entendimiento, le quita toda su vivacidad natural insensiblemente.

Pero ántes de dexar á *Montagne*, permitidme, que os haga una advertencia sobre una respuesta célebre de *Sócrates*, que nos cita él mismo en uno de los capítulos de su obra intitulada *la Enseñanza de los Niños*. Se preguntaba á *Sócrates*, *dice*, de dónde era, y nunca respondió, que era de Athenas, sino del

mundo. Sócrates, que tenia una imaginacion grande, abrazaba á todo el universo como á su pueblo, y extendia sus conocimientos, su sociedad, y sus afecciones á todo el género humano; no como nosotros, que no miramos sino lo que pisan nuestros pies. Debia este afecto universal (que por otro nombre llamamos *humanidad*) formar un artículo separado en la educacion de los niños, porque los sentimientos que inspira comunmente la educacion ordinaria, son opuestos directamente á esta virtud. Suelen saber los niños Españoles despreciar á los Portugueses y Franceses, desde el momento en que principian á tartamudear alguna cosa, y estos últimos no tardan mucho mas tiempo en ultrajar á los Españoles. Ha pasado esta costumbre inhumana desde el continente á las Islas, donde ha sido muy bien recibida; mas no hacen en esto los niños otra cosa, que imitar á sus mismos padres, porque cada pueblo se hace un hábito de abor-

recer á sus vecinos, y de mirar con desprecio á todos los que no hablan su misma lengua, ó se visten de otra suerte. Pero aunque la humanidad sea poco conocida por sus efectos, aun en los paises mas civilizados, sin embargo, no puede negarse, que es la basa de todas las virtudes sociales, y que sin ella no son estas virtudes sino una fantasma vana. ¿De qué sirven pues, por exemplo, la justicia, la bondad, la caridad, si aisladas, digámoslo así, en un pais cercado de montañas, de un rio, ó de un brazo de mar, se permiten toda especie de crueldades, injusticias, traiciones, y engaños en razon de los hombres que habitan fuera de estos cortos límites? Es tanto mas necesaria la humanidad á los pueblos poderosos, quanto por razon de su poder se hallan mas expuestos á violar continuamente los deberes que prescribe. ¿Quántas guerras visiblemente ingustas; quántas perfidias en el comercio, y quántas animosidades

mal fundadas se prevendrian por su medio, que ahora privan á los pueblos de un grande número de socorros recíprocos? Es esta una virtud que se deberia recomendar expresamente á los niños, y hacérsela natural desde el instante mismo en que se principia comunmente á inspirarles la pasion opuesta. Nada sería tan propio para llenarlos el corazon de sentimientos de equidad, y de dulzura, como la consideracion del respeto que deben á todos los pueblos de la tierra, cuyo padre comun es el Ser supremo, que á todos dispensa su proteccion igualmente. Dexo pues á los lectores que discurran la moral y la política, que se podrian elevar sobre tan bellos fundamentos.

Me resta ahora solo hacer presente, que la segunda edicion francesa de este libro, impresa en Amsterdam en 1708, ha sido reimpresa en París en 1711, con una aprobacion, que hace el honor debido á *Mr. Loke. Mr. L'abbé de Tilladet*,

se expresa en estos términos : "como es tan excelente la obra de *Mr. Loke*, que deberia andar en las manos de todo el mundo, no se puede desaprobar el que se multipliquen, y reiteren las impresiones." Por medio de este cumplimiento no se hace sino hacer justicia á *Mr. Loke*, porque aunque sea puramente un cumplimiento, no por eso dexa de tener su mérito.

Pero hablando de la edicion de París, no me permite olvidar el reconocimiento, que se me ha hecho un favor considerable en haberme advertido las faltas en que habia incurrido en el lenguaje, porque regularmente se hallarian tambien en esta impresion nueva, si la persona que tomó la edicion á su cargo, no hubiese tenido la bondad de manifestármelas.

En Lóndres á 5 de Julio de 1743.

PREFACIO

del traductor Francés.

Publiqué en el año de 1695 una traduccion Francesa de este libro, segun la primera edicion que *Mr. Loke* nos dió á luz en el de 1693; pero habiendo hecho el autor posteriormente diferèntes adiciones, pareció por último (despues de su muerte) la quinta edicion mas completa, y sobre ella hice la que ahora presento al público. (1)

Hallándose en todas las ediciones Inglesas una carta dedicatoria de *Mr. Loke*, dirigida á un amigo suyo, *Eduardo Clarke*, me ha parecido conveniente insertarla, porque está llena de reflexîones muy sólidas sobre la necesidad de educar bien á los niños. " Des-

(1) En 1708.

de luego, *dice á su amigo*, estos pensamientos os pertenecen de derecho: hace ya muchos años que vuestra amistad me movió á ponerlos por escrito: y el libro que ahora presento al público, no contiene sino lo que ya os tengo escrito en muchas cartas: son los mismos pensamientos: están expresados de la manera misma, y casi con el mismo órden; de forma, que reconocerán precisamente los lectores en la sencillez del estílo, que mas son unas conversaciones familiares entre dos amigos, que un discurso destinado para el público.

No atreviéndose á confesar la mayor parte de escritores, que han sido impelidos por un movimiento propio á producirse, procuran excusarse alegando importunidades de parte de sus amigos; pero yo no estoy en este caso: sabeis muy bien, que sino hubiera habido algunas personas, que noticiosas de que habia escrito sobre este

asunto, me hubiesen importunado para que publicase mis quadernos, hubieran quedado eternamente sepultados en la obscuridad de mi gabinete; mas habiéndome dicho estas personas mismas, á quienes debo mil respetos, que estaban persuadidas, á que mis reflexîones podian ser útiles, si llegaba á publicarlas, me dexé penetrar de esta razon facilmente, porque siempre ha tenido mucho poder sobre mi espíritu. Estoy además creido, que todo hombre está obligado indispensablemente á rendir á su patria algun servicio, y no veo por otra parte, que haya diferencia alguna entre los brutos, y los que pasan la vida sin pensar en cumplir con este deber sagrado. Son tan importantes y tan útiles la educacion de los niños, y el secreto de educarlos, que si me considerase con fuerzas suficientes para desempeñar estas materias, me hubiera ya resuelto á hacerlo, sin esperar á que nadie me importunase; mas á pe-

sar del poco mérito de esta Obra, y del justo temor que tengo de que sea mal recibida, no dexaré de presentarla al público tal qual sea, respecto á que no se exîge de mí otra cosa, sino que la publique. El presente será pequeño, pero léjos de avergonzarme de ofrecérselo, me lisonjeo que ninguno perderá el tiempo en su lectura, si personas del carácter de las que la han aprobado en manuscrito, la juzgan digna de darse al público.

Me han consultado tantas personas, hace poco tiempo, sobre el modo de educar á sus hijos, confesándome ingenuamente que ignoraban como conducirse, y quejándose generalmente de la pronta corrupcion de los jóvenes, que creo sería una injusticia censurar á los que se dedicasen á exâminar esta materia, ó escribiesen con ánimo de excitar á otros, para que la profundizasen, y enmendasen sus equivocaciones. Con ningunos errores se debe usar de ménos

indulgencia, que con los relativos á la educacion de los niños, porque tienen unas consecuencias tan funestas, que si no se aplica el remedio prontamente, hacen una impresion indeleble, y se extienden á todo el resto de la vida.

Estoy tan poco preocupado en favor de todas las especies, que propongo en esta Obra, que léjos de sentir, que otras personas mas capaces compusiesen un tratado de educacion completo, y acomodado al uso de nuestra nobleza Inglesa, me sería de un mayor placer el que corrigiesen las faltas en que puedo haber caido, que el que aprobasen mis pensamientos sobre la materia.

Pero de todos modos, vos sabeis muy bien, que el método que propongo, ha tenido un feliz suceso en la persona del hijo de un caballero, á quien ámbos conocemos: es verdad, que su buen natural ha contribuido mucho para el mejor efecto; pero tambien lo es,

que si se le hubiese educado segun el método ordinario, hubiera salido muy mal criado: no se le hubiera podido inspirar el amor que tiene á los libros y á las ciencias, ni se hubiera conseguido que desease saber otras muchas cosas, que no juzgaban conveniente enseñarle los que andaban á su lado.

No intento, sin embargo, haceros concebir una grande idea de esta Obra, ni acreditarla en el concepto de los demás hombres; pero como la buena educacion es una de las cosas á que están mas estrechamente obligados á atender los padres, ya por razon de sus deberes, y ya por sus mismos intereses; como la felicidad y la gloria de una Nacion, dependen únicamente de la buena ó mala educacion de los jóvenes, quisiera que todos estudiasen exâctamente esta materia, y que despues de haber exâminado con escrúpulo la parte que pueden tener la razon, la preocupacion y la costumbre, se apli-

casen á poner en práctica el método, que segun las diversas condiciones de los hombres, fuese mas breve, mas sencillo, y mas propio para hacerlos virtuosos, útiles á la sociedad, y hábiles cada uno en sus respectivas profesiones. Se debería tener cuidado, sobre todo, de la educacion de las gentes distinguidas, porque estando una vez bien educadas las personas de esta clase, sería un motivo suficiente para que las demas las imitasen. Ved aquí lo que me ha movido á escribir esta pequeña Obra."

Me parece, que es inútil añadir nuevas reflexiones á las que *Mr. Loke* nos ha expuesto, para demostrar, que hay una necesidad absoluta de educar bien á los niños, y que es esta una empresa muy árdua y delicada: todo hombre que piense, y tenga una razon mediana, debe estar perfectamente convencido de esta verdad.

No me detendré tampoco á persua-

dir con el mayor empeño, que esta Obra es utilísima para los que se dedican á educar niños, ni que sus máxîmas son claras, exâctas y fáciles de reducir á la práctica: la estimacion que ha adquirido este libro desde que ha sido publicado, y el uso tan general que se ha hecho de las reglas que *Mr. Loke* propone, me dispensan absolutamente de este trabajo.

Mas á pesar de haber advertido en la introduccion, que precede á la primera edicion Francesa, que *Mr. Loke* confirma muchas veces sus pensamientos con exemplos familiares y comunes, añadiré ahora todavía, que casi todas las máxîmas y reglas que propone, pueden ser justificadas facilmente por medio de experiencias incontestables. Sea un exemplo de esta verdad, lo que dice en el párrafo 22 contra la costumbre recibida en casi todos los paises de Europa, de hacer vestidos muy estrechos á los niños. Prueba

Mr. Loke con razones evidentes, que este es el medio verdadero de viciarles el talle, y lo confirma la experiencia de la misma suerte: sucede que en los lugares donde se halla admitida la práctica contraria, los niños tienen el talle y todo el cuerpo bien formado, como lo prueba el exemplo de los habitantes del Reyno de *Siam*, que sin faxarlos, ni envolverlos en mantillas, todos lo tienen recto y bien proporcionado: esta particularidad nos refiere *Mr. de la Loubere*, en su relacion del Reyno de *Siam*. Insertaré aquí sus palabras, que parece se han escrito únicamente, para apoyar las ideas de *Mr. Loke* sobre este artículo: " los habitantes de este Reyno, *dice*, tienen el cuerpo perfectamente hecho, y consiste en mi dictámen, en que no se les faxa, ni se les ponen mantillas en su infancia: el cuidado que nosotros tenemos de formar el talle á nuestros niños, no tiene tan buen suceso, como

la libertad en que ellos dexan á la naturaleza, para que perfeccione completamente su Obra." Se puede añadir á este exemplo el de los Lacedemonios, el pueblo mas sábio, y mas ilustre de toda la Grecia antigua. Estos tampoco faxaban á sus hijos: "las nodrizas de Lacedemonia, *dice Plutarco en la vida de Licurgo*, criaban los niños con un primor, y una destreza particulares, sin envolverlos en mantillas. Por este medio, *añade*, los criaban mejor formados y mas ágiles, y les daban una corpulencia mas gentil y gallarda, para valerme de la expresion de *Amyot*."

Uno de los pasages de esta Obra, que mas han chocado á los lectores, ha sido el en que dice, que en todo tiempo se deben lavar los pies á los niños diariamente en agua fria. Clamaron muchos desde luego contra una práctica, que les parecia debia tener consecuencias muy funestas; pero ha-

biendo llegado á noticia de *Mr. Loke*, procuró confirmar en adelante sus razones con exemplos sensibles, que hacen ver que esta costumbre no expone á ningun riesgo á los niños. Pero como los hombres no se desprenden fácilmente de una preocupacion, que ha estado largo tiempo consagrada por el uso, estoy creido, que para mejor persuadir las ventajas de esta práctica, no será del todo inúltil añadir el exemplo de los pueblos del Perú á los muchos, que el autor ha compilado. *Garcilaso de la Vega*, *dice en la historia de los Incas*, que criaban estos pueblos á los niños con la menor delicadeza posible, y que se observaba el mismo método con los Incas, que con todos sus vasallos, fuesen pobres, ó fuesen ricos. Luego que una muger daba á luz un niño, se procuraba lavarlo en agua fria, y se le envolvia despues en las mantillas: se continuaba haciendo lo mismo todas las mañanas, y se cui-

daba de dexar á serenar el agua por la noche la mayor parte del año. Quando la madre queria hacer un cariño extraordinario á su hijo, tomaba un poco de agua en la boca, y con ella le rociaba todo el cuerpo, excepto la coronilla de la cabeza, á la que nunca se tocaba. Preguntados estos pueblos, por que motivos observaban este método, respondian, que lo hacian únicamente por acostumbrar á sus hijos al frio y á la fatiga, y para fortalecerles los miembros. Si despues de estos exemplos se encuentran todavía personas de una razon mediana, que insistan en que es peligroso lavar los pies á los niños diariamente en agua fria, sería una necedad amontonar otros de nuevo, para quitarles esta idea de la cabeza.

Creerán acaso muchos, despues de haber leido la carta que he insertado, que habiéndose compuesto principalmente esta Obra para las gentes de un na-

cimiento distinguido; y estando por otra parte llena de ideas relativas solo al gusto y costumbres de la nacion Inglesa, no puede ser útil ni ventajosa sino á sola la Inglaterra; pero esta objecion ya yo me la propuse á mí mismo, quando publiqué la primera traduccion Francesa; y aunque no puede haber ocurrido, sino á personas que jamás la hayan leido, copiaré aquí sin embargo en su favor la respuesta que dí entónces.

"Es verdad, que esta Obra fué compuesta desde luego para la educacion de la nobleza; pero esto no es un obstáculo, para que pueda igualmente ser útil á toda clase de niños, sean de la condicion que quieran; porque á excepcion de los exercicios que desea el autor se enseñen á los nobles, todas las demas reglas que propone son universales, y pueden convenir á todos.

En quanto á que *Mr. Loke*, ha

acomodado sus reflexîones al gusto y costumbres de su pais, es una verdad que no puede dudarse; pero de aquí tampoco se sigue, que su Obra no sea buena sino para los Ingleses. Con efecto, apénas se hallan en ella cosas que no convengan á todas las Naciones, ó que no se puedan acomodar facilmente á sus costumbres: v. g. quando el autor aconseja que se enseñe el derecho de Inglaterra á los Igleses, es claro que los Franceses, y los Holandeses, &c. deben enseñar á sus hijos sus respectivas leyes; y quando dice, que en Inglaterra se debe hacer estudiar con tiempo el Francés á los niños, para que puedan adquirir una pronunciacion fácil, y que no les sea violenta, bien se dexa conocer, que este aviso habla tambien con los Alemanes, con los Flamencos, y casi con todos los pueblos de Europa. Los Franceses deben aprender por la misma razon el Español, ó el Italiano, ó quizá mejor de-

berian estudiar desde luego su propio idioma, porque nada parece mejor ni es mas necesario á un hombre, que saber hablar y escribir perfectamente en su propia lengua. Mas esto es lo que no se conseguirá jamás, si no se hace lo que hacian los Romanos y los Griegos, que enviaban á las escuelas públicas á sus hijos, para que aprendiesen la lengua nativa; en esto deberian imitarlos, no solo los Franceses, sino todos los pueblos del universo que estén medianamente ilustrados.

Me resta solo decir una palabra acerca de esta edicion nueva: enriquecida con todas las adiciones que el autor ha hecho por diferentes veces, se ha aumentado mas de una tercera parte su volúmen. Estas adiciones, ó bien son nuevos pensamientos sobre los puntos que no estaban tratados con la misma exâctitud que todos, ó bien son artículos totalmente nuevos, que juzgó despues dignos de colocarlos en

esta Obra. Es preciso contar entre ellos todo lo que el autor dice relativo á la necesidad que hay de hacer estudiar á los niños su lengua nativa, con preferencia á toda otra, porque en la edicion primera se olvidó enteramente de este punto, y fué motivo para que yo lo tocase de paso en mi Prefacio, como se puede conocer por el pasage que hace poco que he citado. Añado ahora todavía, que todo lo que se debe hacer para perfeccionarse en el conocimiento de la lengua nativa, se reduce á tratar con frecuencia á personas que la hablen con pureza, á leer libros bien escritos, y á exercitárse escribiendo continuamente en ella.

La experiencia ha demostrado claramente, que se llega á entender con mas ó ménos perfeccion la lengua, en proporcion del uso que se hace de los tres medios insinuados. Yo sé muy bien, que sin necesidad de leer, ni escribir continuamente, se ven todos los dias per-

sonas de ámbos sexôs, que adquieren facilidad para explicarse con viveza, precision, y de una manera agradable; pero si se exâmina la causa á fondo, se hallará, que estas mismas personas no han aprehendido á hablar de esta suerte, sino á fuerza de conversar con hombres y mugeres, que han estudiado su lengua por los tres medios indicados. Por otra parte se advierte facilmente, que su talento está limitado á cierto número de materias, que son el objeto mas comun de sus conversaciones, y que fuera de ellas todos sus dircursos son lánguidos, estériles y confusos. Además, pasan tambien por excelentes muchas palabras, que saliendo de una boca feliz, son pronunciadas con gracia y un cierto tono agradable, no siendo en sí realmente, sino unas voces poco exâctas ó muy mal aplicadas.

Tiene tambien esta segunda edicion la ventaja de estar retocada escrupulosamente. He corregido algunos pasages,

en que no habia comprehendido bien el concepto del autor, y muchas faltas en el estilo. No he conocido perfectamente la dificultad de las traducciones Inglesas á nuestro idioma, hasta que he manejado esta Obra: el estilo de *Mr. Loke*, aunque ménos figurado, que el de otros muchos escritores Ingleses, es sin embargo lo bastante para poner en tortura á un traductor Francés, que se ve obligado á explicarse mas sencillamente, para satisfacer á la propiedad de su lengua. Esta no admite por lo comun muchas figuras, con especialidad si vienen de un orígen muy remoto; se complace, digámoslo así, en expresar sencillamente las cosas sin valerse de rodeos; lo que es causa, en mi concepto, de que sea mas exâcta en las pinturas, que casi todas las demas que se conocen.

PRÓLOGO.

Apénas se encontrará un hombre tan de cortas luces, que no esté perfectamente convencido de la necesidad que tenemos de dar una educacion á los niños, para ayudarlos á salir del estado de incapacidad y torpeza, en que la debilidad de la infancia los tiene largo tiempo sumergidos. Todos han conocido esta verdad evidente; pero como no todos han podido penetrar igualmente, ni el método que debian seguir para educarlos, ni los puntos ó artículos á que debia extenderse su enseñanza, cada uno ha procurado imprimir á sus hijos aquellas máxîmas que ha recibido de sus padres, ó las que él mismo ha podido adquirir por medio de su razon y la experiencia, ó quizá imitando sin exâmen las extravagancias, y caprichos de otros hombres. De esta educacion poco uniforme han debido resultar precisamen-

te consecuencias muy enormes: porque recibiendo cada uno instrucciones absolutamente diversas y arbitrarias, era casi indispensable que todos abrazasen como virtudes y verdades, los vicios, los errores, los caprichos, y las indiscreciones de sus padres. Así se advierte, que en un pais mismo, en que todos sus habitantes viven sujetos á unas leyes, y tienen abrazada una religion misma y un gobierno, están sin embargo siempre en un continuo choque de opiniones, y muchos ignoran aun estos principios esenciales, mas ó menos, segun la mayor ó menor capacidad, ó ignorancia de sus padres. Para prevenir estos absurdos, y evitar sus fatales consecuencias, ha sido preciso, que los Filósofos se hayan dedicado á investigar los principios de esta importante ciencia, y que baxando, digámoslo así, á los abismos del corazon del hombre, hayan buscado allí mismo el orígen de sus vicios y pasiones: ha sido preciso que nos hayan ense-

ñado los fines que en la educacion debemos proponernos, el número de objetos á que debemos extenderla, y el método que es indispensable que sigamos para lograrlo todo felizmente. Pero en ningun siglo, me parece, que se ha escrito tanto como en este, ni quizá con mas acierto. Entre los muchos que se han propuesto ilustrarnos acerca de este grande objeto, *Mr. Loke* ha sido uno de los que mas bien han desempeñado la empresa, y ha allanado el camino á otros muchos escritores, que acaso sin sus lecciones no hubieran podido dar un paso. Habiéndonos dado á conocer al hombre en sus primeros años, nos ha manifestado al orígen de la mayor parte de sus vicios y malas inclinaciones, y nos ha dictado despues el método y medios mas seguros de poder curarlos. Es verdad, que en este pequeño tratado que compuso, se advertirá que faltan muchas cosas, que el lector quisiera ver exâminadas, para satisfacer completamente sus deseos; pero es

preciso acordarse, que como nos lo dice él mismo en el principio de la carta en que lo dedica á su amigo *Eduardo Clarke*, este no es un tratado de educacion completo, ni un discurso destinado para el público, sino una porcion de máxîmas esparcidas, escritas solo con el ánimo de instruir con ellas á su amigo, á cuyos ruegos, y á los de otros diferentes se vió precisado á ceder, y determinó darlas al público. Hay además ciertos puntos, que por su naturaleza no pueden, ni deben entrar en el plan de una educacion general, porque habria necesidad de hacer un exâmen muy dificil y prolíjo, que sin embargo no sería todavía suficiente para dar unas reglas tan exâctas, que no dexasen que desear á los lectores: por exemplo, el de los deberes relativos á la sociedad y al gobierno: qualquiera que se empeñase en señalar con individualidad estos deberes, ántes de hacer este detalle, era necesario que formase un pequeño tratado de las diferentes

formas de gobierno, y despues los acomodase á sus principios: porque variando estos deberes, segun la forma de gobierno, no es posible establecer una regla general y fixa, que pueda convenir á todos igualmente. Así pues, todo aquel que se propone escribir acerca de la educacion de los jóvenes, supone que cada padre tendrá el cuidado necesario, de inspirar con tiempo á sus hijos los principios de las leyes y del gobierno del pais en que vive, y la obligacion de obedecer exâctamente sus preceptos. Supone asimismo, que ninguno se olvidará de iniciarlos en los misterios sagrados de la religion verdadera, empapándolos en ellos desde los primeros años, para que siempre obren sobre su espíritu, como unos principios innatos. Todos estos puntos piden un tratado particular y separado, que no dexa de encontrarse comunmente en casi todos los pueblos. Todo lo que debe hacer el que escribe con ánimo de que se aprovechen de sus máxi-

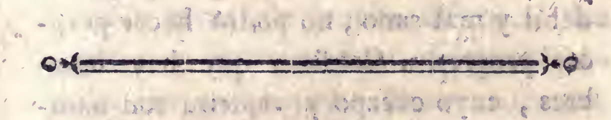
mas, y de que puedan ser útiles á toda clase de hombres, es dictar las reglas para educar mas facilmente á los niños, y el método con que se debe enseñarlos. Esto es lo que ha hecho *Mr. Loke*. Ha manifestado los defectos mas comunes en la educacion ordinaria, ha procurado reformarlos, y ha demostrado el camino mas breve, mas fácil y sencillo de enseñarles aquellas cosas en que se quiera instruirlos. El determinar este género de cosas, toca propia y privativamente á los padres, que deberán acomodarse á las máximas, costumbres, leyes y opiniones admitidas por el gobierno, y la religion del pais en que vivan.

FE DE ERRATAS.

Pág. 51 lin. 11 de la nota. departándolos, *despertándolos*. pág. 74 lin. 6 fantesia, *fantasía*. pág. 110 lin. 13 reprimirlas *repartirlas*. pág. 118 lin. 21 útil *inútil*. pág. 132 lin. 11 enteramente *necesariamente*. pág. 247 lin. 22 y 23 y mostrándole *mostrándole*.

DE LA EDUCACION

DE LOS NIÑOS.



CAPÍTULO PRIMERO.

Toda la felicidad que puede gozar el hombre en este mundo, se reduce (1) á tener el cuerpo sano, y el alma bien formada: estas dos ventajas encierran en sí todas las otras: se puede decir, que aquel que ha llegado á poseerlas, le queda ya que desear muy poco; al paso que aquel que se vé privado de la una ó de la otra, apénas puede llamarse felíz, por ventajas que disfrute por otra parte. La principal causa de la felicidad ó de la miseria de los hom-

(1) *Mens sana in corpore sano. Juvenal. Sat. X. v.* 356.

bres proviene de ellos mismos. Aquel que no tenga el espíritu bien ilustrado, no hallará jamás el camino verdadero de la felicidad. Y aquel, cuyo cuerpo sea débil y mal sano, no podrá hacer grandes progresos. Confieso que hay hombres, cuyo cuerpo y espíritu son naturalmente tan vigorosos, y están tan bien organizados, que apénas tienen necesidad del socorro de otros: desde la cuna, por decirlo así, son arrastrados por la fuerza de su buen natural á todo lo que es excelente, y se hallan dispuestos á executar las empresas mas extraordinarias, únicamente por el privilegio de su felíz nacimiento; pero estos exemplos son muy raros, y yo creo poder asegurar, que de cien personas, las noventa son buenas ó son malas, son útiles ó inútiles á la sociedad, segun la educacion que han recibido. Este es el orígen de la grande diferencia de los hombres. Las menores y mas insensibles impresiones que recibimos en nuestra tierna

infancia son de una consecuencia importantísima, y de una larga duracion. Sucede con estas primeras impresiones lo que con un rio, de cuya madre se pueden sacar sin mucha dificultad las aguas, y repartirlas en diferentes canales por caminos totalmente contrarios; de forma, que por la direccion insensible que recibe el agua en el principio, toma corrientes diferentes; y llega por último á parages muy distantes los unos de los otros: con esta facilidad misma, me parece se puede dirigir el alma de los niños hácia el lado que se quiera.

Pero aunque el alma sea la parte mas considerable del hombre, y nos debamos dedicar principalmente á su cuidado, no por esto ha de despreciarse enteramente el cuerpo, respecto la union tan íntima que tienen entre sí.

CAPÍTULO II.

DE LA SANIDAD.

Precauciones necesarias para la conservacion de los niños.

Habiéndome propuesto dar algunos avisos acerca de la educacion de los niños, principiaré exâminando primero lo que mira á la salud del cuerpo, ya porque éste es un punto, cuya discusion esperareis de mí, ántes que de otro alguno, con atencion al estudio (1), á que se presume me he dedicado con

(1) Aunque Mr. Locke jamás practicó la Medicina, hizo un estudio particular en ella, y con tanto fruto, que el famoso Doctor Sidenham se lisongea de la aprobacion que dió á su método de tratar las enfermedades; cuya obra dice él mismo habia exâminado con la mayor precision, *qui eam methodum intimius*

una particular aplicacion, y ya porque despacharé brevemente este artículo, que se reduce á poca cosa, sino me engaño.

Que la salud es necesaria al hombre para el manejo de sus negocios, y para su felicidad propia; que una constitucion vigorosa y endurecida con el trabajo y la fatiga es util á una persona que quiere hacer algun papel en este mundo, es una cosa bien visible, y que no tiene necesidad de prueba.

Aunque aquí voy á hablaros de la salud del cuerpo, no es mi ánimo entreteneros acerca del método con que un médico debe tratar á un niño enfermo, ó que tenga una salud quebrantada, sino únicamente advertir á los padres lo que deben hacer sin el socorro de la medicina para conservar y

per omnia perspexerat. Vide epist. dedicatoriam operum th. Sidenham pag. 7. & 8. Lipsiæ, 1695.

aumentar la salud á sus hijos, ó al ménos para formarles una constitucion tal, que no esté sujeta á enfermedades. No sé si todo lo que tengo que decir sobre este obgeto, podrá encerrarse en esta corta máxîma: *que las gentes de la clase distinguida deben tratar á sus hijos, lo mismo que las del campo acostumbran tratar á los suyos*; pero como esta máxîma podrá parecer á las madres algo dura, y los padres la hallarán poco expresiva, procuraré explicar mi pensamiento de una manera mas exâcta, luego que haya sentado por regla general y segura: *que se vicia la constitucion de la mayor parte de los niños, por tratarles con demasiado indulgencia y ternura.* Este aviso habla principalmente con las mugeres.

Lo primero de que ha de tenerse gran cuidado es de que los niños no estén vestidos ni cubiertos con ropas que abriguen demasiado, ni en hibierno ni en verano. Nosotros quando nacemos, no tenemos el rostro ménos delicado que

las demas partes del cuerpo, y solo la costumbre de traerlo descubierto, nos lo endurece, y pone en disposicion de poder resistir el frio. Referiré sobre esto una respuesta que dió un Filósofo Scytha, *Anacharsis*, en otro tiempo á un Atheniense: se admiraba este último de verle andar desnudo al medio del yelo y de la nieve: y *vos*, le dixo este Filósofo *¿cómo podeis resistir que vuestro rostro esté expuesto á las impresiones del ayre en el rigor del hibierno? Mi rostro está acostumbrado á esto*, respondió el Atheniense: *Imaginaos pues*, replicó al punto el Filósofo Scytha, *que todo yo soy rostro.* Con efecto, nuestros cuerpos pueden resistir todo aquello, á que se les acostumbre desde los primeros tiempos.

Hallo un exemplo muy propio para confirmar esta verdad en una relacion agradable que acaba de darse á luz, baxo el título de *Nuevo viage de Levante*; aunque es relativo al exceso opuesto de que hablamos, quiero decir,

á un calor extremo, sirve igualmente para hacer conocer la fuerza de la costumbre: *los calores*, dice el Autor de este viage, pág. 150. 475, *son mas excesivos en la Isla de Malta, que en ninguna parte de la Europa: superan á los de Roma. Es un calor tanto mas intolerable, quanto el viento refresca en esta Isla raras veces. Así pues, las gentes del campo son todas tan negras como los Egipcios. Por último, no les da cuidado alguno del sol, y el calor mas ardiente no es capaz de obligarles á guardar la casa, ni hacerles cesar en el trabajo*; todo lo qual me hace reconocer, que la naturaleza puede acostumbrarse á muchas cosas que parecen imposibles, siempre que se procure habituarla desde el principio: esto es lo que hacen los Malteses: endurecen el cuerpo de sus hijos desde que maman hasta la edad de diez años, haciéndoles andar desnudos, sin gorra, sin camisa, y sin calzoncillos.

Esto supuesto, os aconsejo no tomeis

demasiadas precauciones, para poner á cubierto vuestros hijos del frio de nuestro clima. Hay muchas gentes en Inglaterra, que llevan en hibierno el mismo vestido que en verano, y no por eso sufren incomodidad alguna, ni son mas sensibles al frio, que los demas hombres; sin embargo, si las madres quieren todavía tomar alguna precaucion en el tiempo de hielos ó de nieves, recelosas de que sus hijos han de estar incomodados, sino estan mas abrigados; y si los padres no se atreven á dispensarse esta precaucion misma por no ser censurados, que seguarden al ménos de dar á sus hijos vestidos de mucho abrigo, y que se acuerden, entre otras cosas, que pues que la naturaleza ha tenido cuidado de cubrirnos la cabeza con cabello, y de endurecerla en uno, ó en dos años; los niños pueden andar con ella descubierta al ayre todo el dia, y que sería muy conveniente que se acosta-

sen por la noche sin la gorra, respecto á que no hay una cosa que ocasione mas males de cabeza, romadizos, catarros, toses, y otras muchas indisposiciones, que tener abrigada la cabeza.

Lo que acabo de decir, debe entenderse directa y precisamente con los niños: el objeto principal de este discurso es solo manifestar cómo debe educarse aun niño de una casa decente; y las reglas dadas para éstos, no pueden convenir tan exâctamente á la educacion de las niñas; pero será fácil por otra parte distinguir, en qué cosas exîge cuidados diferentes la diversidad del sexô.

En segundo lugar digo, que conviene lavar los pies á los niños diariamente en agua fria, y darles á este efecto zapatos tan delgados, que quando pongan los pies en agua, pueda ésta penetrarlos facilmente. Aquí temo atraherme la indignacion de las madres y de las criadas. Las primeras mirarán

esto como una cosa sucia, y á las segundas parecerá mucho trabajo tener que lavar todas las tardes las medias del niño; pero como quiera que sea, el cuidado de su salud debe moverlas ántes que todas las demas consideraciones, y para conservársela deberian emplearse diez tantos mas de tiempo si fuese necesario. El que reflexione seriamente, que el humedecerse los pies suele ser una cosa mortal y peligrosa, quando se nos ha educado con delicadeza, estoy muy seguro, que desearia haber andado en su primera edad con los pies desnudos, como sucede á los niños del baxo pueblo, que por este medio se han acostumbrado á sufrir la humedad en ellos, de tal suerte, que no tienen mas riesgo de resfriarse, ni padecer otra incomodidad mojándose los pies, que lavándose las manos. ¿De donde puede provenir, pregunto, la grande diferencia que se advierte en órden á este punto, en-

tre las manos y los pies de los demas hombres, sino de la costumbre? Estoy muy persuadido, que si desde el principio se acostumbrase á un hombre á traer los pies siempre desnudos, y al contrario las manos envueltas en buenas pieles, y cubiertas siempre con guantes, (que llaman los Holandeses zapatos de las manos) sería tan peligroso para este hombre el meter las manos en el agua, como lo es ahora para otros muchos el humedecerse los pies. El verdadero medio de prevenir este último inconveniente, es el que llevo dicho, de hacer á los niños zapatos que puedan ser penetrados del agua, y lavarles diaria y constantemente los pies en ella fria. La limpieza solo es suficiente para hacer recomendable el uso de esta práctica; pero yo no hablo sino con respecto á la salud, y éste ha sido tambien el motivo de no haber fixado el tiempo á una cierta hora del dia. Conozco á

un niño que durante el hibierno se ha lavado los pies todas las noches con un felíz suceso, sin que por el mucho frio haya dexado de hacerlo una sola; de forma, que en tiempo en que el agua estaba cubierta de hielo, metia él mismo los pies y las piernas, apesar de que no estaba en edad de podérselas limpiar, ni enxugar por sí solo. Mas como el grande objeto que se propone en esta ocasion, es fortalecer estas partes del cuerpo con el uso freqüente del agua fria para prevenir los inconvenientes á que están ordinariamente expuestos los que educados de otra suerte se mojan los pies por accidente; creo se puede dexar la libertad á los padres de elegir la noche, ó la mañana, segun lo hallen conveniente, ó les parezca mas cómodo: el tiempo me parece indiferente, con tal que la cosa se haga constantemente todos los dias. Si no se pudiese comprar, sino á un precio mas considerable todavía,

el grado de robustéz y sanidad, que se adquirirá por este medio, no habria motivo sin embargo para arrepentirse de la compra: y si añado, que ésta práctica les preservará igualmente de los callos de lòs pies, sin duda muchos la hallarán muy ventajosa. Finalmente, el tiempo en que debe principiarse á lavar los pies á los niños es en la primavera: en el principio se hará uso del agua tibia: despues se servirá de otra mas fria, y se seguirá aumentando la frialdad por grados, hasta que en pocos dias se llegue á emplearla totalmente fria: entónces se continuará sin interrupcion con ella en hibierno y en verano, porque así en esta mutacion, como en todas las demas que miran á nuestro metodo ordinario de vida, es preciso caminar por grados insensibles, acostumbrándose de esta suerte á todo nuestros cuerpos, sin riesgo ni trabajo alguno.

Es facil preveer, que esta doctrina

ha de parecer à las madres muy estraña. ¿Cómo, dirán sin duda, meter en agua fria los pies á nuestros niños, aun en tiempo de yelos y de nieves, quando hay tantas dificultades para poderlos tener calientes? ¿no es este el verdadero medio de hacer perecer á estas pobres criaturas? pero para disipar en algun modo este rezelo, si es posible, voy á demostrar con exemplos, sin los que raramente se presta el oido á las razones mas evidentes, que este uso no tiene nada de arriesgado. Seneca nos dice (cart. 57.) en sus cartas, que estaba acostumbrado á bañarse (1) en el rigor del hibierno en agua de la fuente, fria totalmente. Si Seneca no hubiera creido esta costumbre, no solo soportable, sino util asimismo para gozar una salud robusta, desde luego hubiera procurado no sujetarse á ella, mayormente quando

(1) *Ille tantus Psochrolutes qui Kalendis Januariis in Euripum saltabant Ep. LXXXIII.*

habia sido educado con unas conveniencias, que podian sostener el gasto del baño tibio, y se hallaba en una edad tan abanzada, que podia autorizar las mas grandes delicadezas. ¿Acaso se presumirá, que Seneca llegó á empeñarse en esta austeridad rigorosa por los principios de la Filosofia Stóica que profesaba? enhorabuena, supongamos que esta secta le hiciese superar con constancia los baños frios en el corazon del hibierno: resta todavía saber, ¿por qué su salud se acomodaba tambien á esta práctica, que es lo que nos asegura positivamente? Mas qué diremos de Horacio? se sabe, que no se apasionaba por ningun partido, y que estaba muy distante de afectar las austeridades del pórtico, y sin embargo nos dice él mismo (1) que se bañaba en agua fria en

(1) *Gelida cum perluor ut da*
Per medium frigus.
Epist. lib. 1. *Epist. XV. v. IV.*

la mayor aspereza del hibierno. Se dirá sin duda, que la Italia, estando baxo un clima mucho mas templado que la Inglaterra, las aguas no tienen el mismo grado de frialdad en el hibierno, que tienen en Inglaterra: si esto es así, las de los rios de Alemania, y de Polonia están tambien mucho mas frias, que las de los de Inglaterra; y sin embargo los judios de ambos sexôs que viven en una y otra parte, se bañan en los rios en todas las estaciones del año, sin que su salud sufra la alteracion mas pequeña. Estoy muy distante de pensar, que haya gentes en el dia, que crean que es un efecto de milagro, ó de una virtud particular de la fuente de *Saint Winifred*, el que las aguas frias de este manantial famoso no hagan daño á las personas que van á bañarse, aun siendo del temperamento mas delicado. Por otra parte, el mundo está ahora lleno de los maravillosos efectos, que producen diariamente los baños de agua

fria (1) sobre constituciones débiles y quebrantadas, que han logrado por este medio restablecerse y vigorizarse; por consiguiente creo, que no hay inconveniente, para que aquellos que se hallan en un mejor estado, puedan tolerar esta especie de baños, y que éstos sirvan igualmente para robustecerles el temperamento.

Si se imaginan algunos, que estos exemplos de hombres ya formados no son suficientes, para que se haya de executar lo mismo con los niños; creyendo á éstos demasiado tiernos para un tal experimento, que consideren lo que hacian antiguamente los Germanos, y lo que todavía hacen los Irlandeses con sus hijos, y se convencerán, que los niños, por tiernos que nos parez-

(1) En Lóndres en donde los baños frios estaban muy acreditados algunos años ántes de la muerte de Mr. Loke acaecida en 1704, conservan todavía su primera reputacion.

can, pueden sufrir sin peligro, no solo que se les laven los pies en agua fria, sino que se les bañe todo el cuerpo. Hay hoy dia Señoras en las Montañas de Escocia, que bañan á sus hijos en agua fria en lo mas rigoroso del hibierno, y no han hallado que les haga daño alguno, á pesar de que está cubierta de hielo muchas veces.

No es necesario advertir aquí, *que conviene mucho enseñar á nadar á los niños, quando están en edad para ello*, poniendo á su lado alguno que los enseñe. Nadie ignora, que el saber nadar es una gran ventaja, y que esto salva la vida diariamente á muchos. Así pues, los Romanos juzgaban tan necesario este exercicio, que le ponian, digamoslo así, en paralelo con las bellas letras: para decir que un hombre estaba mal criado, y que no era util para nada, decian comunmente, *nec literas didicit, nec natare*; este hombre no sabe leer ni nadar. Pero además de las ventajas que se logran en

saber hacer una cosa, que puede ser de tanto beneficio en un caso de necesidad, es tan util para la salud por otra parte el bañarse en agua fria el verano con frecuencia, que no debo insistir mas sobre este artículo: me contentaré con advertir solamente, que es preciso tener mucho cuidado, de que los niños no entren en el agua, quando acaben de hacer algun exercicio, que les haya acalorado, ó teniendo la sangre, y el pulso todavía agitados.

Otra cosa muy util para la salud de todos, particularmente para la de los niños, es el andar con frecuencia al ayre, y arrimarse lo ménos que sea posible al fuego, aun en tiempo del hibierno. Por este medio se enseñarán á sufrir el calor y el frio, y no se verán incomodados por el sol, ni por las aguas. El que no esté acostumbrado desde el principio á todo esto, sacará poca utilidad de su cuerpo en este mundo; mas quando los niños son ya grandes, no

es tiempo de acostumbrarlos : es preciso habituarlos desde el principio , y seguir el mismo orden de grados, que ántes hemos indicado : de esta suerte , apénas habrá cosa alguna , que no pueda superar el cuerpo.

Si aconsejase , que se dexase jugar á los niños al sol y al ayre sin sombrero , dudo que se quisiera darme crédito: se me harian mil objeciones , que al fin serian todas reducidas á una , á saber , que si se siguiese mi dictamen, los niños serian totalmente abrasados por el sol ; pero si cuidadosamente los ponemos al abrigo de las injurias del tiempo, y no los exponemos jamás al sol, ni al ayre , por miedo de que se les manche la tez del rostro , este es , lo confieso , el verdadero medio de hacer un lindo joven (1) , pero no un

(1) Me acuerdo de un pasage de *Montagne* que no se ofendará el lector ver aquí insertado : ,, acostumbrad vuestro hijo al sudor;

hombre propio para vivir con ventaja en este mundo. Me atrevo á asegurar, que aunque se deba tener algun mayor cuidado de la belleza de las niñas, quanto éstas estén mas expuestas á las injurias del ayre, siempre que su rostro no padezca, estarán mas sanas y robus-

al frio, al ayre y al sol, y á todos los demas riesgos; que debe despreciar en lo sucesivo: quitadle toda molicie y delicadeza en el vestido, cama, comida y bebida: acostumbradle á todo: haced de suerte, que no salga un joven bello y señorito, sino un hombre robusto y vigoroso, niño, y viejo: yo siempre he creido y juzgado lo mismo,, Ensayos lib. 1. cap. 25. Ved aquí mucho en pocas palabras. Se encuentran en *Montagne* varios pensamientos muy juiciosos, relativos á la educacion de los niños. Yo tendré cuidado de citar todos aquellos, de que me acuerde, segun la ocasion se presente. Mr. Loke, habia leido este autor, y hacia aprecio de sus obras.

tas; y que quanto su educacion se acerque mas á la de los hombres, mas ventajas sacarán para el resto de su vida.

El único inconveniente que puede temerse, si se dexa á los niños la libertad de jugar al sol y al ayre, es el de que acaso despues de acalorados con el exercicio de correr á una y otra parte, se tiendan inconsideradamente en tierra sobre parages frios, ó que tengan humedades. Convengo en que esto, así como el beber frio, quando están acalorados, arrastra mas gentes á la sepultura, por las calenturas, y otras enfermedades que sobrevienen ordinariamente, que ninguna otra causa que yo sepa; pero estos inconvenientes son faciles de prevenir quando los niños son pequeños, porque casi siempre se tiene la vista sobre ellos; y si entónces se tiene cuidado de que no se tiendan jamás en tierra, y de que no beban frio estando acalorados, esta prohibicion que se les

haga, llegará á mudarse en hábito, y servirá mucho para precaverles, quando no estén baxo la vista ó el cuidado de sus ayos. Esto es, me parece, todo lo que puede hacerse en órden á este ramo, porque en proporcion que los niños vayan adelantando en años, es preciso dexarles mas libertad, y abandonarles á su conducta propia en muchas cosas: los sentimientos que se les inspiren desde el principio por los buenos hábitos y costumbres, serán el director mas constante y mas seguro, que podrá dársele. Este es el punto mas esencial, y á que por consiguiente debemos dedicarnos con el mayor cuidado; porque por mas que se hagan sonar incesantemente en sus oidos las reglas y las máximas, no hay que esperar fruto alguno, ni en este, ni otro caso, hasta que la práctica las haya reducido en hábito.

Lo que he dicho de las niñas (1), me

(1) Parraf. X.

hace acordar de una cosa que no debe olvidarse; y es *que los vestidos de los niños no han de ser jamás estrechos*, y *mucho ménos al rededor del pecho*: dexemos á la naturaleza el cuidado de labrar el cuerpo de los niños, como le parezca: ella obra con demasiada exâctitud, para que nosotros podamos dirigirla; y si las mugeres labrasen por sí mismas el cuerpo de sus hijos en sus flancos, así como procuran enmendar su talle despues que ya han nacido, habria mayor número de niños mal formados, que el que hay ahora de bien hechos, entre aquellos, á quienes se cuida formar el talle por vestidos ajustados, ó de otra qualquiera suerte. Me parece, pues, que esta consideracion debería contener, no digo á los sastres, ni á las nodrizas ignorantes, sino á otras muchas personas temerarias y atrevidas, para no mezclarse en una cosa que no entiënden: estas gentes deberian temer apartar la naturaleza de sus fines, queriendo formar el cuerpo de los niños,

cuya construccion ignoran enteramente, aun en la mas pequeña parte. He visto tantos exemplares de niños que han recibido grandes incomodidades por haber sido ajustados demasiado, que no puedo ménos de concluir diciendo: que hay criaturas tan parecidas á los Monos, y tan poco superiores en conocimiento á estos animales, que pierden á sus hijos por una pasion insensata, y les sofocan, por decirlo así, abrazándolos fuertemente.

Lo que sucede naturalmente y casi siempre á los niños á quienes se hace traer ajustadores fuertes, y vestidos muy estrechos, es que se les angosta y reduce el pecho; que la respiracion llega á ser fétida y dificil, y que adquieren enfermedades de pulmón, viniendo por último todos á agoviarse con el tiempo. El medio de que se suele valer ordinariamente para formarles el talle fino, y mas delgado, no sirve precisamente sino para desfigurárselo. Con efecto,

no puede haber sino desproporcion en los miembros, quando los alimentos preparados para las diferentes partes del cuerpo, á cuya nutricion están determinados, no pueden ser distribuidos, segun el destino de la naturaleza: así no debemos admirarnos si el alimento introduciéndose donde pueda, es decir, en qualquiera parte que no esté tan comprimida, sucede que una espalda, ó un costado está mas elevado ó mas grueso, que lo que la justa proporcion requiere. Es una cosa bien sabida, que las mugeres de la China tienen los pies extremamente pequeños, haciendo consistir en esto no sé qué especie de belleza, que procuran apretárselos con ligaduras fuertemente, para impedir de esta suerte que les crezcan. He visto, hace poco tiempo, un par de zapatos de una muger de la China, que eran excesivamente pequeños para otra de su edad entre las nuestras; tanto, que apénas tendrian la anchura suficiente para una niña

pequeña. Se advierte por otra parte que las Chinas son de una estatura baxa, y de una vida corta, al paso que los Chinos tienen la regular de los demas hombres, y viven proporcionadamente.

Algunos atribuyen estas enfermedades de las mugeres de la China, á que apretándose los pies demasiado con las ligaduras, impiden la libre circulacion de la sangre, y perjudican á la sanidad y robusted de las demas partes del cuerpo: no dexa de ser esto verosímil; porque ¿quántas veces vemos, que habiéndonos dañado un pie por un golpe ó una torcedura, la pierna y el muslo pierden su fuerza poco á poco, no reciben mas el alimento ordinario, y disminuyen insensiblemente? si esto es así ¿quántos mayores inconvenientes deben temerse, quando el pecho, donde está colocado el corazon, que es el principio de la vida, no tiene la libertad natural por estar demasiadamente oprimido?

Tratemos ahora del alimento de los niños. Es preciso que sea comun, y muy sencillo; y si se me creyese, no se les daria á comer carne alguna, miéntras que vistiesen la ropa larga, ó al ménos hasta que hubiesen pasado la edad de dos ó tres años: su salud, y su temperamento serian mucho mas vigorosos y robustos en este tiempo, y en todo el resto de su vida; mas dudo, que á pesar de todo, los padres pueden resolverse á seguir mi dictamen: seducidos por la costumbre que han adquirido de comer mucha carne, temerian con respecto á sus hijos lo mismo que aprehenderian de sí mismos, es decir, que perecerian faltos de alimento, si no se les diese á comer carne, lo ménos dos veces al dia. Estoy muy seguro, que si las madres muy apasionadas, y las criadas demasiado necias no llenasen tanto como acostumbran el estómago á los niños, y no les diesen absolutamente carne en los tres ó quatro primeros años,

les nacerian con ménos dificultad los dientes, serian ménos enfermizos, y adquiririan una constitucion mas sana y vigorosa para lo succesivo.

Pero si de todos modos se quiere darles carne, sea al precio que se quiera, que se tenga cuidado á lo ménos de no dársela sino una vez al dia, y de una sola especie en cada comida: sea vaca, ternera ó carnero la que coman, que no tenga otra ninguna salsa, que su apetito: es preciso procurar además hacerles que coman mucho pan solo, ó con qualquier otro alimento, y que mastiquen bien todo lo que fuere sólido. Los Ingleses pecan ordinariamente por este extremo, de donde nacen tantas indigestiones, y otras muchas enfermedades.

Para desayuno y cena es muy buena la leche simple ó en sopa, papilla de harina de cebada, sopa de pan de avena, pasas y otros manjares semejantes. Es necesario tener mucho cuidado

de que sean simples, y no tengan mucho condimento; sobre todo, que tengan poco azucar, ó ninguno. En quanto á las especias y otras cosas propias á encender la sangre, es preciso prohibírselas enteramente: se debe asimismo tener mucho cuidado de no echar sal demasiada en las viandas destinadas para los niños, y de no acostumbrarles á manjares de un gusto picante y fuerte: nuestro paladar se acomoda en las comidas á aquel gusto, á que se acostumbra desde luego, y además de que el uso inmoderado de la sal irrita la sed, y hace beber con exceso, produce otros muchos malos efectos en el cuerpo. Estoy creido, que una buena rebanada de pan bazo bien amasado y cocido, con un poco de manteca ó queso, y algunas veces solo, sería quizá el mejor desayuno que pudiera darse á los niños: con una tal dieta se criarian tan robustos y tan sanos como con los manjares mas exquisitos: y estoy seguro, que

no dexarian de hallar placer en ella si se les acostumbrase desde luego. Pide de comer un niño entre las horas de comida? no le deis sino pan seco: si es el hambre, y no la golosina, la que le excita el apetito, él comerá bien el pan solo, y si no es el hambre, no es necesario que coma. De aquí se sacarán dos ventajas: primera, que se acostumbrarán á comer pan seco, porque como he dicho, nuestro paladar y nuestro estómago se acomodan facilmente á las viandas á que están acostumbrados. Segunda, que por este medio se enseñarán á no comer demasiado, ó quizá mas que lo que la naturaleza pida. No creo, que todos puedan comer igualmente, porque unos tienen el estómago muy débil, y otros le tienen muy robusto; pero sí estoy persuadido que hay gentes glotonas y golosas por costumbre, que no lo hubieran sido naturalmente. Veo en muchos paises algunos hombres, que sin hacer mas que dos comidas al dia,

están tan robustos, y tan sanos, como otros cuyo estómago parecido á un despertador, está acostumbrado por un uso constante á recibir alimento quatro ó cinco veces al dia. Los Romanos pasaban regularmente sin comer hasta la cena, la única comida arreglada que hacian; aun aquellos que solian comer mas de una vez al dia. Los que tomaban desayuno (que hacian regularmente unos á las ocho; otros á las diez, otros al mediodia, y otros todavía mas tarde) no tomaban jamás carne, y áquello que comian, no se les sazonaba tampoco, fuese lo que fuese. *Augusto* en el tiempo, en que era el mas grande Monarca del mundo (1), dice él mismo,

(1) Mr. Loke se apoya probablemente sobre el testimonio de *Suetonio*, que en la vida de *Augusto* cita las palabras siguientes, sacadas de dos cartas de este Emperador: *Nos in essendo panem & palmulas gustavimus. Et iterum dum lectica ex Regia domum*

que comia un pedazo de pan seco en su calesa. Y *Seneca*, contando en una de sus cartas su método de vida en la vejez, y quando la edad le permitia alguna indulgencia, nos dice (1) que estaba acostumbrado á comer al mediodia una rebanada de pan seco, sin sentarse á la mesa para ello; sin embargo, si su salud lo hubiera exîgido, pudiera muy bien haber sostenido el gasto de una comida mas suntuosa, con tanta, y mas comodidad, que ninguno de nuestros Grandes, cuyas rentas son inferiores en un doble á las suyas. Así es como se educaba á los Señores de todo el mundo; y á pesar de que á los Caballeros Romanos jóvenes no faltaban fuerzas en el cuerpo, ni vivacidad en el espíritu para comer mas de una vez

redeo, panis untiam cum paucis acinis uvæ duracinæ comedi.

(1) *Panis deinde siccus & sine mensa post quod non sunt lavandæ manus Epist. LXXXIII.*

al dia, si por casualidad alguno no podia esperar hasta la hora de la cena (que como he dicho, era la sola comida arreglada que tenian) se contentaba para sosegar el hambre, con un pedazo de pan seco, que comia, ó solo ó con pasas, ó con alguna otra cosa semejante. Los Romanos juzgaban esta especie de moderacion tan necesaria para la salud, y el manejo de sus negocios, que el luxo que reynó tan fuertemente, despues que se enriquecieron con los despojos del Oriente, no pudo abolir la costumbre de hacer una sola comida por dia; de tal suerte, que aquellos que hacian festines suntuosos con desprecio de la frugalidad antigua, no los principiaban hasta la caida de la tarde: en una palabra, era una cosa tan monstruosa en Roma hacer mas de una sola comida al dia, que aun en tiempo de Julio Cesar era un objeto de reprehension pública el sentarse á la mesa ántes de ponerse el sol, para celebrar un fes-

tin, ó hacer una comida en las formas. Si no temiese pasar por demasiado severo, diria que lo mejor era no dar á los niños sino pan solo para desayuno: no es creible lo que puede la costumbre. Pero últimamente, estoy persuadido á que la mayor parte de las enfermedades que nos atacan en Inglaterra, provienen del muy poco pan, y demasiada carne que comemos.

En orden á las comidas de los niños (hablo de las del mediodia, y la noche) me parece, que siempre que se pueda hacer comódamente, convendria no fixarlas á una cierta hora determinada, como ni tampoco el desayuno, ántes bien mudar el tiempo con frecuencia, ó la mayor parte de los dias, porque si se acostumbran por una práctica constante á comer á una cierta hora precisa, su estómago pedirá alimento en esta hora, y pasada sin haber comido, el hambre excesiva los pondrá de un humor triste, ó se verán abatidos y

languidos por la falta de apetito. Si quiere comer vuestro niño entre las horas ordinarias de comida, dadle buen pan seco todas las veces que pida. Dirán algunos, que este es un alimento grosero y sencillo al mismo tiempo para un niño; pero tambien es cierto, que no se verá jamás en peligro de morir, ni enflaquecerse por falta de alimento, si con la vianda al mediodia, y algun líquido, ú otra cosa equivalente por la noche, tiene pan y cerveza suave para sosegar la sed y el hambre todo el dia. Así es, como sin embargo de haber exâminado la cosa nuevamente, me ha parecido debe reglarse el alimento de los niños. Aunque la mañana está siempre destinada generalmente al estudio, y para esto no es la mejor preparacion tener el estómago cargado; sin embargo, el pan seco es el alimento que entorpece ménos; y todo aquel que tenga á su cuidado el espíritu y el cuerpo de algun niño, para que no sea estúpido,

ni mal sano, no debe cuidar mucho, que cargue ó no el estómago, con tal que sea de este alimento solo. Que no se me diga, que un tal tratamiento no conviene á un niño de una casa decente, que está destinado á poseer grandes bienes. Un caballero noble debe siempre ser educado de manera, que pueda llevar las armas, y ser soldado: y todo el que en estos tiempos educa á su hijo, como si le destinase á pasar una vida tranquila y llena de placeres, disfrutando buenas rentas, se conoce que ha hecho pocas reflexîones sobre los diferentes exemplares, que sin duda habrán pasado á su vista, y sobre el siglo en que vive.

Yo sería de dictamen, que se acostumbrase á los niños á no beber sino cerveza suave, y que no se les permitiese hacerlo entre las comidas, sino habiendo tomado algun pedazo de pan anteriormente. Ved aquí sobre lo que fundo esta práctica.

Primeramente, la mayor parte de las fiebres y de las indigestiones provienen de beber estando acalorados, ántes que de otra causa ninguna, que yo sepa. Estando un niño acalorado y sediento por haber jugado demasiado, si por una parte encuentra dificultades para tragar el pan, y por otra no se le permite beber, sino despues de haberle ya comido, él se acostumbrará sin duda; y si está demasiadamente sofocado, es preciso no darle de beber absolutamente, sino hacerle comer ántes una buena rebanada de pan seco, y en el ínterin calentar un poco la cerveza, para que la pueda beber despues sin riesgo. Si está excesivamente sediento, la cerveza un poco templada le apagará la sed mas facilmente, y si no quiere tomarla de esta suerte, no le hará daño no beberla. Así se acostumbrará tambien á la fatiga con una ventaja indecible para el cuerpo y el espíritu.

En segundo lugar, si no se permite beber á los niños, sino despues de haber comido, se conseguirá á lo ménos, que no adquieran la mala costumbre de estar continuamente con el vaso en la boca; costumbre tan peligrosa, que conduce insensiblemente al exceso. Sucede muchas veces, que los hombres comen y beben por hábito, como se puede ver, si se quiere hacer la experiencia con un niño: que se le acostumbre desde luego á beber en el espacio de la noche, y se verá, que con el tiempo llega á no poder dormirse, si no se le da de beber primero; y como las nodrizas acostumbran á dormirlos, y á hacer cesar sus llantos, poniéndoles á mamar al pecho, me imagino, que las madres hallarán muchas dificultades para impedirlo, quando lleguen á traerlos á sus casas. Estoy igualmente persuadido, que esta costumbre prevalecerá de dia y de noche, y que se podrá enseñar á los niños á que beban á to-

das las horas que se quiera.

Estuve en cierta ocasion hospedado en una casa, donde para hacer cesar á un niño en sus llantos naturales, se le daba de beber siempre que gritaba, en tales términos que bebia á cada momento: no articulaba palabra alguna todavía, y bebia mas agua que yo en las veinte y quatro horas del dia. Qualquiera que quiera hacer la experiencia, se desengañará bien pronto: si á cada instante bebe cerveza suave, le excitará la sed igualmente, que si bebiera de la fuerte. La principal cosa á que se debe atender en la educacion de los niños, es á los hábitos que se les haga contraher en un principio. Así pues lo mismo en este punto, que en otro qualquiera, para evitar que adquieran un hábito de cada dia mas fuerte á una cosa, en que no querais que hayan de continuar luego, no principieis haciéndoles tomar la costumbre. Es bueno para la salud y la sobriedad, no beber mas que

lo que la sed natural exîge: el que se abstenga pues, de comer viandas saladas, y de beber licores fuertes, raramente tendrá sed entre las comidas, si no ha adquirido la mala costumbre de beber fuera de tiempo.

Tened cuidado sobre todo, de que vuestro hijo no pruebe el vino ni licor alguno fuerte, sino muy pocas veces (1), ó ninguna. No hay cosa que se dé mas comunmente á los niños en Inglaterra, ni que les sea mas perjudicial y dañosa. Los niños no deben probar jamás los licores fuertes, á no ser que se los mande el Médico en calidad de pociones cordiales.

Mas es preciso zelar sobre esto á los domésticos, y reprehenderlos severamente, si faltan á su deber en este artículo.

(1) Platon era de dictamen, que los niños no gustasen absolutamente el vino hasta los diez y ocho años.

Como esta clase de gentes cifra sus mayores placeres en beber licores fuertes, siempre están prontos á complacer á los niños de la casa, ofreciéndoles lo que miran para sí, como la cosa mas agradable al gusto; y como esta especie de bebidas les alegra el corazon en gran manera, se persuaden, que á los niños ha de suceder lo mismo, y que no pueden hacerles daño: este es un exceso que se debe evitar cuidadosamente, dedicándose á ello con todo el esmero y destreza imaginables, porque no hay cosa que tenga conseeuencias mas funestas para el cuerpo y el espíritu, que abandonar á los niños, á que se acostumbren á beber licores fuertes, particularmente á solas, ó en compañía de los domésticos.

La fruta es uno de los artículos mas delicados por lo que mira á la salud, con especialidad á la de los niños. Nuestros primeros Padres aventuraron la felicidad del Parayso por la fruta, y así no es estraño, que los niños no pue-

dan abstenerse, aun á costa de su salud misma.

No hay una regla general para moderar este deseo: yo no puedo acomodarme al sentimiento de aquellos, que quieren prohibir absolutamente la fruta á los niños, baxo el pretexto, de que les es una cosa totalmente dañosa. Una tal prohibicion, en mi concepto, no es buena, sino para mas excitarles el deseo, y hacerles comer toda la que puedan coger buena ó mala, esté ó no esté madura. Sería de dictamen, que no se les prohibiesen absolutamente los melones, los albérchigos, la mayor parte de las ciruelas, y toda especie de uvas, que se crian en Inglaterra; cuyas frutas aunque de un gusto agradable, tienen un xugo tan poco sano, que convendria, si fuese posible, que los niños no las viesen, ó quizá mejor que no supiesen que las producia la tierra. Pero las fresas, las guindas, y la grosella, estando bien maduras, me parece,

que se les pueden dar con seguridad, y aun con abundancia, siempre que las coman con estas precauciones: primera, que no sea sobre la comida, como se hace ordinariamente, quando ya el estómago está lleno de otros alimentos, si no ántes, ó al medio de ella: segunda, que las coman con pan, y no de otra manera: tercera, que estén ya perfectamente sazonadas y maduras. Comiéndolas de esta suerte, me parece, que les serán mas útiles, que dañosas, porque como las frutas del verano tienen tanta relacion con el calor de la estacion, son muy propias para refrescarnos el estómago, que el mismo calor pone languido y abatido: este es el motivo porque yo no sería tan rigoroso, como otros en orden á este punto. Estando los niños continuamente agitados del deseo de comer fruta, en lugar de una cantidad razonable y bien madura, con que se hubieran contentado, si se les hubiere dado desde luego, comen sin moderá-

cion, y como suele decirse, á vientre abierto, toda la mala ó buena á que han podido echar la mano, sea por casualidad, ó porque se la haya proporcionado algun criado.

Las manzanas y las peras, estando bien maduras, y cogidas de antemano, creo que tambien se les pueden dar en qualquier tiempo del año con abundancia, y sin rezelo, con especialidad las primeras, que despues del mes de Octubre no tengo noticia que hayan hecho daño á nadie.

Las frutas secas sin azucar son igualmente muy sanas, si no me engaño; pero se debe abstener de toda especie de confituras, las que no es facil determinar si son mas nocivas á los que las comen, ó á los que las hacen (1). Dexemos pues á las Señoras todos estos

(1) Por las exâlaciones del carbon, que respiran sin cesar las personas que hacen las confituras líquidas, de que aquí se trata.

manjares sazonados con azucar, acaso uno de los gastos mas locos, de que la vanidad puede haberse acordado.

De todo lo que parece mole y afeminado, no hay una cosa que se deba permitir con mas indulgencia á los niños, que el sueño: es preciso dexarles satisfacerse plenamente, porque es una de las causas que mas influyen sobre el incremento y la robustez de los cuerpos; solo hay que determinar acerca de este punto, la parte que deben empléar en el sueño de las veinte y quatro horas del dia: mas esto se puede resolver facilmente por medio de esta sola máxîma: *que es muy util á los niños acostumbrarse á levantar temprano.* Con efecto, esto es lo mas saludable: y aquel, que por un uso constante se haya hecho un hábito en su juventud á madrugar sin violentarse, quando ya sea hombre formado, no envidiará el imaginado placer de algunos, que disipan la parte mejor, y mas considerable de su vida en dor-

mir , ó en recrearse sobre un lecho; pero si quereis , que vuestros hijos madrugen por la mañana , acostumbradles á que se acuesten temprano por la noche : de esta suerte , prevendreis los excesos que suelen hacerse en estas horas , tan peligrosos , y tan perjudiciales para la salud del cuerpo , porque retirándose temprano á su casa , no hallarán tan facilmente la ocasion de abandonarse á ellos ; mas sin embargo , no quiero daros á entender con esto , que un niño que ha llegado á ser ya grande , no deba jamás acompañarse con sus amigos , ni hablar con ellos desde las ocho de la noche hasta las doce: esto es casi inevitable en algunas ocasiones ; solo intento recomendaros nuevamente , que segun el método que tengais de dirigir en su primera juventud á vuestro hijo , impedireis mas ó ménos, en quanto esté de vuestra parte , que caiga en esta especie de inconvenientes. Habreis logrado muy bastante , si

por la aversion que ha contraido á las vigilias, y el hábito que ha adquirido de recogerse á la cama temprano, se vé obligado á evitar esta especie de placéres, y á no proponerlos sino raras véces; y aunque vuestros cuidados no tengan un suceso tan felíz como podia esperarse, sino que la ocasion y la compañía victoriosas de la costumbre, le hayan arrastrado á la edad de los veinte años á vivir como los otros jóvenes, siempre es bueno haberle acostumbrado á madrugar por la mañana, y á recogerse por la noche temprano, ya por el bien que habrá experimentado su salud hasta este tiempo; y ya por otras muchas ventajas, que logrará con este método.

He dicho que es necesario conceder á los niños una grande libertad con respecto al sueño, hasta dexarles dormir todo lo que quieran, quando son pequeños; mas no quiero decir, que esta libertad les há de ser continuada

siempre, ántes bien se les ha de limitar el tiempo poco á poco, segun vayan creciendo: no es facil fixar determinadamente la edad, en que debe principiarse á abreviarles el sueño: no sé si se deberá hacerlo, quando hayan llegado á la de los siete ó diez años, ó en otro qualquiera tiempo: es preciso para esto tener consideracion á sus fuerzas, á su constitucion particular, y á su temperamento.

Pero creo, que si son demasiado dormilones, convendrá principiar entre los siete y catorce años á reducírselo por grados, hasta que quede en solas ocho horas, que son generalmente las suficientes para las personas ya formadas, que gozan de una salud robusta; pero si como os he encargado, le habeis acostumbrado á levantarse constantemente de mañana, será facil corregirle el defecto de guardar la cama, respecto á que la mayor parte son naturalmente inclinados á disminuir el tiempo, median-

te la pasion que tienen á pasar en compañía las primeras horas de la noche; bien es verdad, que ellos querran indemnizarse en la mañana del tiempo que hayan perdido por la noche, pero no se les debe permitir absolutamente; al contrario, es preciso continuar obligándoles á levantarse constantemente á sus horas ordinarias, teniendo siempre cuidado de no despertarles de una manera ruidosa (1), hi-

(1) El Padre de Montagne llevó con su hijo esta precaucion mucho mas léjos, segun nos dice él mismo en estos términos: „Habian aconsejado á mi padre, que me hiciese aprender los deberes y las ciencias por una voluntad no forzada, y por mi propio deseo: que educase mi alma con toda libertad y dulzura, sin rigor ni violencia alguna, hasta una tal supersticion, que porque opinan algunos que se turba el cerebro tierno de los niños, departándoles con sobresalto en las mañanas, y arrancándoles

riendo repentinamente sus oidos con un tono de voz fuerte y penetrante, ó con algun otro estrépito violento: esto suele frecuentemente sorprehenderlos, y les hace mucho daño. ¿Y quién habrá, que no se asuste, si estando durmiendo en un sueño profundo, se le despierta con ruido y repentinamente? Quando se os ofrezca despertar á un niño, principiad llamándole en voz baxa, y tocadle delicadamente el cuerpo, á fin de que pueda volver poco á poco de su entorpecimiento: tratadle siempre dulcemente de hecho y de palabra, hasta que haya vuelto totalmente del sueño: una vez que haya tomado sus vestidos, ya podeis estar seguros, que enteramente está despierto. Quando se inter-

violentamente del sueño, hacia que me despertasen al sonido de algun instrumento dulce; así no estuve jamas sin un hombre, que me sirviese á este efecto. Ensayos de Montagne lib. 1. cap. XXV.

rumpe el sueño á un niño, se le incomoda demasiado, aunque se execute suavemente, y ésta es la causa por que no se debe hacer con aspereza, y mucho ménos con accion, que pueda sorprehenderle.

Los niños deben acostarse en cama dura, y sobre colchones, ántes que sobre lechos de pluma: una cama dura fortalece los miembros; pero una cama blanda, donde se sepulten todas las noches en la pluma, liquída y disuelve, por decirlo así, todo el cuerpo, causa desmayos con frecuencia, y es como el presagio de una muerte temprana: y además de que el tener demasiado abrigados los reñones engendra frecuentemente la piedra, los lechos de pluma viva ocasionan otras muchas indisposiciones, particularmente la que las produce todas, que es una complexîon enferma y delicada. Por otra parte, el que esté acostumbrado en su casa á dormir sobre una cama dura,

no perderá el sueño en los viages, en que le es mas necesario, por falta de lecho blando, y de una almohada bien mullida. Por este motivo me persuado, que sería conveniente hacerles la cama de diferentes modos, poniéndoles la cabecera, ya mas alta, ya mas baxa, á fin de que no se viesen reducidos á sentir la mutacion mas pequeña, á la que no pueden ménos de estar expuestos, si no están destinados á dormir siempre en casa de sus padres, y á tener á todas horas una criada que les doble los vestidos, y les componga la ropa en la cama. El sueño es el cordial mas excelente, que la naturaleza ha preparado para el hombre, y si por casualidad llega á perderse, el cuerpo lo ha de sentir precisamente. El que puede dormir en un sueño profundo, se traga este cordial; importa poco que sea sobre una cama blanda, ó sobre tablas: el sueño es la sola cosa necesaria.

El regir con regularidad el vientre, es otra de las cosas que tienen mucha influencia en la salud del cuerpo. Aquellos que le tienen demasiado libre, raramente tienen el espíritu ni el cuerpo vigorosos; pero como es mucho mas facil remediar á este mal, que á su contrario, bien por el régimen, ó por ciertas medicinas, no hay necesidad de extenderse sobre este artículo: porque si la diarréa es peligrosa por su violencia ó duracion, se podrá con tiempo acudir á un Médico para detener su curso: y si es moderada, y dura poco tiempo, es mejor dexar obrar á la naturaleza. Por otra parte, la dificultad de regir el vientre tiene consecuencias muy funestas, y es mas dificil de corregir con el socorro de la medicina: porque los remedios purgantes, que se suelen tomar en estas ocasiones, y que parece dan alivio, sirven muchas veces mas para aumentar el mal, que no para curarle.

Habiendo sido empeñado por un motivo particular á investigar las causas de esta indisposicion, y no habiendo podido hallar en los libros los medios de curarla, me apliqué á descubrirlos por mi meditacion propia, persuadido á que nosotros podriamos hacer en nuestros cuerpos mayores mutaciones que ésta, si nos sujetásemos, como es indispensable, y caminásemos por grados.

1.° Consideré desde luego, que el regir el vientre era el efecto de una cierta alteracion del cuerpo, y particularmente del movimiento peristáltico de los intestinos.

2.° Consideré en segundo lugar, que muchos movimientos, que no eran enteramente voluntarios, podrian sin embargo llegar á ser habituales por el uso, y una aplicacion constante, si se tenia cuidado de excitarles regularmente á un cierto tiempo, y sin interrupcion alguna.

3.° En tercer lugar, como habia observado que muchos tomando despues de la cena una pipa de tabaco, no dexaban jamás de regir el vientre, principié á reflexîonar, si sería ántes la costumbre que el tabaco, la que les procuraba este beneficio de la naturaleza: ó al ménos, que si el tabaco era el que producia este efecto, lo haria ántes excitando un movimiento violento en los intestinos, que por ninguna qualidad purgante que tuviese, porque en este caso produciria tambien otros efectos.

Habiéndome ya imaginado que se podia hacer un hábito á regir el vientre (1), me restaba solo exâminar los

(1) *Montagne* habia penetrado ya esto mismo. He aquí como nos lo dice sencillamente segun su estilo ,, Reyes, Filósofos, y Señoras todos rigen igualmente. Los que tienen una vida pública, viven sujetos á las ceremonias; la mia, privada y obscura,

medios, de que se podria servir mas verosimilmente para conseguirlo.

4.° Me pareció desde entónces, que si un hombre despues de haber tomado por la mañana alguna cosa, se ponia

goza de toda dispensa natural; Soldado y Gascon, son dos qualidades sujetas asimismo á la indiscrecion: Por tanto yo diria de esta accion, que hay necesidad de fixarla á ciertas horas señaladas, sujetándose por la costumbre, como á mí me ha sucedido. Esta es de todas las acciones naturales, la en que sufro con mas violencia que se me interrumpa. He visto muchos militares incomodados por el desorden ó desarreglo de su vientre, al paso que el mio, y yo jamás faltamos á nuestra hora señalada: esta es regularmente la de la salida de la cama, si alguna enfermedad, ú otra ocupacion urgente no turba nuestro orden." Ensayos lib. 3. cap. 13. *Mr. Loke* trata mas filosóficamente este punto, pero el exemplo de Montagne, sirve al ménos para confirmar su doctrina.

inmediatamente en la silla, para probar si esforzándose podria hacer alguna deposicion, llegaría á hacerse con el tiempo un hábito por medio de una práctica constante.

Ved aquí las razones, por que me ha parecido, que se debe elegir esta hora para hacer el ensayo.

1.° Primera, porque estando entónces desocupado el estómago, si recibe alguna vianda que le sea agradable, (yo no aconsejaria nunca, excepto en un caso de necesidad, que se comiese otra cosa, que lo que se apeteciese, y quando se tuviese gana), se halla en estado de astringir lo que recibe por una fuerte compresion de sus fibras; cuya compresion supongo, que puede probablemente extenderse hasta los intestinos, de quienes el movimiento peristáltico se aumenta por el mismo medio, como vemos en la enfermedad llamada *Miserere*, en la que trastornado el movimiento, dá principio por abaxo,

se produce despues por sí mismo en toda la extension de los intestinos, é interesa al estómago para que siga esta determinacion irregular.

2.° Es además muy cómodo este tiempo (la mañana) porque quando se come, se tiene ordinariamente el espíritu libre, y los espíritus animales, estando entónces como exêntos de toda ocupacion, fluyen con mas violencia hácia el baxo vientre, cuya accion es enteramente propia para producir el efecto deseado.

3.° Y últimamente, porque en el tiempo que hay desocupado para comer, se tiene tambien todo el necesario para regir el vientre, al paso que de otra suerte sería imposible fixarse á una cierta hora, con atencion á la diversidad de negocios y accidentes, en que los hombres se hallan empeñados, que sin duda les harian perder la costumbre. Pero como una persona que está robusta, dexa rara vez de comer

una vez al dia, eligiendo esta hora para sentarse en la silla, se conservaria siempre la costumbre, aunque no fuese constantemente á la misma.

Despues de todos estos fundamentos he acudido á la experiencia, y puedo asegurar, que no he visto persona alguna, que habiendo executado regularmente lo que he insinuado, que es *sentarse constantemente en la silla por las mañanas, y despues de haber comido, se tenga gana ó no se tenga, para hacer algunos esfuerzos, á fin de poner la naturaleza en movimiento*, repito, que no he visto á nadie, que por este medio no haya logrado tener corriente el vientre en pocos meses, y haya adquirido el hábito de hacer una deposicion diaria, despues de haber comido, á ménos que no haya habido negligencia de su parte: porque establecida una vez esta costumbre, sea que se sienta ó no estimulado el vientre, no es necesario, sino presentarse, y hacer algun esfuerzo,

y al punto la naturaleza se halla dispuesta á obedecer infaliblemente.

Yo sería de dictamen, que se entablase con los niños este método diariamente, luego que hubiesen almorzado. Á este efecto es preciso ponerlos sobre la silla, como si estuviese en su mano el descargar el vientre, lo mismo que llenarlo; y procurar entretenerlos en esta preocupacion igualmente que á la criada, á quien esté encargado; si además se le impide jugar, ó comer una segunda vez, hasta que haya efectivamente depuesto un curso; ó al ménos hasta que haya hecho todos los esfuerzos para conseguirlo, no dudo, que en poco tiempo llegará á adquirir un hábito. Siendo los niños apasionados á sus juegos, y mirando todo lo demas con indiferencia, es de temer, que si los estímulos de la naturaleza no son muy violentos, los dexen pasar frecuentemente, y que despreciando así las ocasiones favorables, llegue el vientre

á obstruírseles insensiblemente : este inconveniente, no solo congeturo, que puede prevenirse por el método, que he indicado, si no que habiendo visto á un niño, que despues de haberlo observado un cierto tiempo exâctamente, logró hacerse el hábito de regir por las mañanas despues del desayuno, lo afirmo ya como una cosa averiguada.

No sé si habrá gentes de alguna edad, que quieran hacer la experiencia; pero no puedo ménos de decir, que considerando los inconvenientes, que nacen de que la naturaleza no se desahogue lo necesario, no hallo cosa, que contribuya mas á la conservacion de la salud, que satisfacerla en este punto: con una sola vez que se desahogue el vientre en las veinte y quatro horas del dia, me parece, que es bastante, y creo, que no haya nadie, que se imagine es demasiado. Esto se puede conseguir por el medio que he indicado, sin necesidad de la medicina, que re-

gularmente no tiene ningun remedio bueno para curar las obstrucciones arraigadas y habituales.

Esto es todo lo que tenia que encargaros en orden al modo, con que se debe educar á los niños en el curso ordinario de su salud. Acaso se esperará todavía, que prescriba algunas reglas de medicina, para prevenir las indisposiciones y enfermedades, á que están sujetos; todo lo que tengo que deciros sobre este artículo, se reduce á suplicaros, que observeis inviolablemente, *que no se debe, como se dice comunmente, medicinar por precaucion á los niños, ni para prevenir los males, que pueden sobrevenirles.* La sola práctica de este consejo, que acabo de daros, servirá mas, si no me engaño, para prevenir las enfermedades de los niños, que todas las pociones de los Boticarios: acordaos de observar escrupulosamente este último artículo, no sea que quiriendo apartar el mal con una medicina,

le atraigais en vez de prevenirlo. Aun digo mas : quando un niño se sienta con una pequeña indisposicion, no os apresureis á hacerle tomar remedios, ni á llamar al Médico, mayormente si éste es un hombre precipitado, que desde luego acude á los remedios, y llena de medicina el estómago de sus enfermos. En este caso es mas seguro abandonar enteramente los niños á la conducta de la naturaleza, que confiarlos á un Médico, que no piensa sino en cargarlos de remedios, ó que se imagina que estas enfermedades ordinarias de los niños no pueden ser curadas con dieta, ú otra cosa semejante. Creo (y mi opinion está confirmada por la experiencia) que los niños, cuya complexion es naturalmente tan delicada, no deben ser medicinados, sino en el caso de una necesidad absoluta, y entónces lo ménos que sea posible. Un poco de agua fresca, mezclada con la de flor de amapola, procurando

guardar reposo, y abstenerse de la carne, es un remedio soberano contra las indigestiones, y corta muchas veces algunas indisposiciones, que acaso hubieran sido enfermedades violentas, si se hubiese hecho uso de remedios precipitados. Finalmente, si sucede que el mal no puede sér desarraigado, sino con medicamentos, y se advierte, que aumenta y degenera en una enfermedad verdadera, todavía será tiempo entónces de ocurrir á un Médico sabio y prudente para seguir su dictamen. Espero que no se ofrecerán dificultades para conformarse con mi opinion en órden á este punto, porque ¿cómo se podria desconfiar, baxo ningun pretexto, de un hombre que habiendo empleado una parte de su vida en el estudio de la medicina, aconseja sin embargo no precipitarse, para ocurrir á ella, ni á los Médicos?

Ved aquí todo quanto tenia que deciros tocante al cuidado, que debe

tenerse del cuerpo y de la salud de los niños: está reducido á estas pocas reglas muy fáciles de observar, á saber: dexarles andar al sol y al ayre: obligarles á que hagan exercicio, y dexarles dormir mucho: no alimentarlos, sino con viandas muy comunes, y prohibirles el uso del vino, y de todos los licores fuertes: no medicinarlos, sino poco, ó nada: no hacerles vestidos muy estrechos, ni que abriguen demasiado: últimamente, procurar que tengan los pies y la cabeza frescos, lavando con frecuencia, y acostumbrando á la humedad á los primeros.

Del cuidado que debe tenerse del alma de los niños.

Tomadas estas precauciones para conservar en su vigór el cuerpo, á fin de que pueda obedecer al alma, resta solo dar á esta alma buenas impresiones, para que en todo tiempo

esté dispuesta á no hacer cosa alguna, que no corresponda á la excelencia y dignidad de una criatura racional.

Si es verdad lo que he dicho en el principio de este discurso, que la *diferencia que se advierte entre la capacidad y las costumbres de los hombres, proviene de la diversa educacion que han recibido*; si es verdad, como estoy seguro, debemos concluir necesariamente, que es preciso tener mucho cuidado de formar bien el alma de los niños, y de darla todas aquellas primeras disposiciones virtuosas, cuyo efecto ha de propagarse á todo el resto de la vida. Si los niños obran bien ó mal en lo sucesivo, si sus acciones merecen elogio ó vituperio, siempre será un efecto de la educacion que hayan tenido. Toda falta que cometan (1) se atribuirá con mu-

(1) Como lo prueba la accion de Diógenes el Cinyco, *que habiendo visto comer con ansia á un jóven, dió una bofetada á*

cho fundamento á la primera enseñanza que tuvieron.

Así como la robustez y vigor del cuerpo consisten principalmente en estar habil y dispuesto para sufrir toda especie de fatigas, así tambien el principio, y la basa de todas las virtudes consiste en estar capaces y dispuestos para vencer todos sus deseos, y reprimir todas las pasiones, siguiendo puramente lo que la razon proponga, aunque estos apetitos inclinen á otra cosa.

Por lo mismo he dicho, que la falta mas notable, en que ordinariamente se incurre en punto á la educacion de los niños, es en no tener el cuidado necesario de ellos en el tiempo mas oportuno (1), procurando acostumbrar su espíritu á una buena dis-

su preceptor, ó pedagogo. Ved el tratado de Plutarco, *que la virtud se puede enseñar y aprender.* Cap. II.

(1) Estoy entendido, *dice Montagne*, que

ciplina, y forzándole á que se someta á la razon desde el principio. La naturaleza ha inspirado á los padres sábiamente el amor hácia sus hijos; pero si á este amor no le modera la razon

nuestros mayores vicios tienen su origen en nuestra tierna infancia. Es diversion para las madres ver á su hijo como da la muerte á un pollo, y se complace en hacer daño á los perros y á los gatos. Hay padres tan necios, que tienen á buen agüero, y pronostican favorablemente, quando ven á su hijo dar golpes marcialmente á un Lacayo, ú á otra persona que no procura defenderse: que atribuyen á gallardía y gentileza el que el niño burle á su compañero, por medio de alguna deslealtad ó engaño malicioso: sin embargo, todas estas son las verdaderas semillas y raices de la crueldad, de la traicion, y de la tirania. Nacen primero en la infancia, crecen despues á su libertad y desahogo, y por precision van adelantando entre las manos de la costumbre. Ensayos. lib. I. cap. XXII.

con una circunspeccion extrema, degenera facilmente en una excesiva indulgencia. Nada mas justo, que el que los padres amen á sus hijos: su deber mismo les obliga; pero frecuentemente no contentos con amar á sus personas, aman tambien sus defectos. Les parece que no se debe incomodarles en modo alguno, ni privarlos de sus gustos: y como no son susceptibles en la infancia de los mayores vicios, creen que sin riesgo se puede usar con ellos de indulgencia, y permitirles estos primeros rasgos de malicia, que segun á ellos les parece, hacen mucha gracia en una edad tan inocente; mas para destruir su preocupacion en este punto; y obligarles á que les corrijan sus defectos, me contentaré con ponerles á la vista una respuesta que dió sábiamente Solon en otro tiempo (1): *es*

(1) Diogenes Laercio (lib. 3. secc. 38.) atribuye á Platon esta respuesta: pero que

verdad, dice, *que estos defectos son muy leves; pero no es cosa leve la costumbre.*

Con efecto suelen los padres por su demasiada indulgencia corromper todos los principios de la naturaleza en sus hijos, quando son todavía tiernos, y se admiran despues de ver impuras las aguas de un arroyo, cuyo manantial ú orígen han emponzoñado ellos mismos. Sucede que un niño se divierte dando golpes, ó diciendo injurias, y al instante se le enseña el modo de decirlas: llora por conseguir alguna cosa, y se procura dársela al punto: se le dexa en una palabra, hacer todos sus gustos, y en llegando despues á grande, quando sus malos hábitos han crecido con su cuerpo, dicen estos mismos padres, que su hijo es un picaruelo, que tiene un genio duro, y un espíritu lleno de malicia, y estrañan verle obsti-

sea de Platon ó de Solon, ó de uno y otro, importa poco.

nadamente empapado en todas las malas inclinaciones, que le procuraron inspirar desde el principio. Entónces, quando ya será quizá muy tarde, quisieran extirpar estas malas yerbas que han plantado con sus mismas manos, y que han echado raices muy profundas, para poder ser arrancadas facilmente: mas pregunto, si un niño ha estado acostumbrado á hacer quanto ha querido en los dos ó tres primeros años de su vida, ¿por qué hemos pues de admirarnos, que pretenda el mismo privilegio quando ya sea algo mas crecido? Es verdad, que en proporcion que vaya adelantando en años, sus faltas serán mucho mas sensibles, y apénas habrá padres tan ciegos que no las perciban entónces, y reconozcan los malos efectos de su condescendencia; pero si ántes de saber hablar, ni dar un paso, ha conseguido un ascendiente absoluto sobre su aya, y sobre sus padres, ¿por qué quando ha llegado á

ser grande, es decir, mas habil, y mas diestro que era entónces, se quiere reprimirle y obligarle á que someta su voluntad á la de otro? ¿por qué despues de haberle abandonado á su propia fantesía en la edad de siete, catorce, veinte años, se pretende luego que se desprenda de un privilegio, que la indulgencia de los padres le ha acordado tan liberalmente hasta entónces? Haced el ensayo en un caballo, en un perro, ó en otro animal semejante, y vereis, si los malos hábitos que contraigan en un principio, pueden ser desarraigados facilmente, despues que hayan llegado á la fuerza de sus años? Sin embargo, ninguno de estos animales es tan orgulloso, ni tan inclinado á dominarse á sí mismo, y á los otros, como el hombre.

Tenemos generalmente mucho cuidado de disciplinar con tiempo á estos y otros animales, que destinamos á nuestro uso, y solo abandonamos en este

punto á las criaturas, que presentamos en el mundo. Les educamos perversos quando niños, y esperamos locamente, que de grandes serán hombres virtuosos y justos. Si siempre que un niño pide ubas ó confites se los damos porque no llore ó no se enoje, ¿por donde nos imaginamos, que quando llegue á ser grande, no ha de querer ser igualmente satisfecho, si su pasion le arrastra al vino, á las mugeres, ó á otro vicio semejante? Tan propios son estos últimos obgetos para excitar los deseos de un hombre ya formado, como lo son los confites y otras bagatelas para excitar los de un niño todavía pequeño. Así pues, el mal no consiste en tener gustos y deseos conformes á las ideas de las diferentes edades, sino en no saber sujetar y someter estos mismos gustos y deseos á la conducta, que la razon nos inspira. La diferencia no está tampoco en tener ó no pasiones, pues que todos las tenemos igualmente, si no

en poder reprimirlas facilmente, y resistir en la actualidad sus impresiones. Ahora bien, el que en su juventud no se haya acostumbrado á someter su voluntad á la razon de los demas hombres ¿cómo ha de escuhar y seguir los consejos de la suya propia, quando se halle en estado de servirse de ella? No es dificil pronosticar lo que vendrá á ser un tal hombre.

Estos son los errores en que incurren comunmente aquellos que parece ponen algun mayor cuidado en la educacion de sus hijos; pero si nos detenemos á observar el método ordinario que se sigue en la direccion y enseñanza de los niños, sin duda seremos sorprendidos, de que en medio de la depravacion de costúmbres, que se advierte en todas partes, hayan quedado todavía algunos restos de virtud en el mundo. Apénas se puede nombrar un vicio, cuyo gusto no sea comunicado inmediatamente por los padres ó no-

drizas á los niños, y de que no se procuren echar las simientes en su alma, al punto que está capaz de recibirlas: no digo de aquellos vicios que se les comunican por medio de los continuos exemplos que se ponen á su vista, y que tanto contribuyen para pervertirlos; hablo solo de aquellos que les enseñan directamente las personas que están siempre á su lado, separándolos del camino de la virtud inconsideradamente: por exemplo ¿no les inspiran la violencia, el espíritu de crueldad y de venganza, diciéndoles: *dame hijo mio un golpe, y verás como le pego?* Esta es una leccion que se repite diariamente á la mayor parte de los niños, y que se tiene por cosa leve, porque no tienen fuerza suficiente para poder ofender con sus manos; pero pregunto ¿no es este el verdadero medio de principiar á corromper su alma, y de inspirarles la violencia? Si quando pequeños se les enseña á hacer daño á los otros, á he-

rirlos, y á golpiarles por una tercera mano; si se les exhorta á la venganza, y á complacerse en hacer sufrir á los que se hallan á su lado, no se les prepara por este medio, para que ocurran á estas vias de hecho, quando tengan la fuerza suficiente para hacer sentir el golpe de su brazo?

Los vestidos que no deben servir naturalmente sino para la honestidad y tener el cuerpo cubierto y abrigado, son para los niños un obgeto de vanidad y presuncion por la necedad y extravagancia de los padres. Se les inspira desde luego pasion por un vestido nuevo, haciéndoles esperar que estará bonito: se viste ó adorna á una niña con un trage ó un peynado nuevo, y al punto su madre la enseña á admirarse á sí misma, llamándola su *Reyna, su Princesita.* De esta suerte se les instruye, para que se envanezcan con los vestidos, aun ántes de sabérselos poner por sí mismos. Y pues que los padres

les han acostumbrado desde el principio, ¿por qué creemos que no han de continuar envaneciéndose con un trage de moda, ó un adorno de cabeza, que deben todavía al Sastre, ó á la Peluquera?

De la misma manera se les enseña á mentir, tolerándoles que se sirvan de excusas y respuestas equívocas, poco diferentes de la mentira. Si emplean esta especie de sutilezas oportunamente, y en ventaja de sus padres, se les alaba mucho: ¿por qué hemos pues de admirarnos, que quando la ocasion se presente, usen del mismo privilegio en su utilidad propia, si ántes les hemos dispensado del respeto que se debe á la verdad, y aun les hemos animado á corromperla?

La intemperancia es un vicio generalmente recibido, y que se ha hecho lugar en todas partes: solo la pobreza es la que pone á las gentes del pueblo en la necesidad de criar con sobriedad

á sus hijos, no pudiendo darles manjares delicados, ni excitarles á comer y beber mas de lo necesario; mas quando éstos se hallan en ocasion en que pueden satisfacerse, bien pronto manifiestan que no son sobrios, por aversion que tengan á la embriaguez, ni á la glotonería, si no por una necesidad pura. Si se observa lo que pasa en las casas de aquellos que gozan algunas mas conveniencias, se verá que hacen consistir la mayor felicidad de este mundo en la comida y la bebida; tanto que creerian era mirar con abandono á los hijos, si no los diesen á comer y beber lo mismo. Así pues no tienen inconveniente en darles guisados sabrosos, salsas y viandas sazonadas con toda la habilidad del arte, para excitarles nuevamente el apetito, quando ya han llenado el vientre: entónces, á pretexto de que el estómago está sobrecargado, y á fin de que no les haga daño, les suelen dar un vaso de vino para que

haga mejor digestion la comida, aunque realmente no sirva sino para impedirla.

Apénas se siente un niño un poco indispuesto, la primera pregunta que se le hace, es decirle: *que quieres tu comer hijo mio? qué será lo que te demos?* Al mismo tiempo se le estrecha á que coma y beba, y todos principian á discurrir, qué cosa podrá dársele bastante golosa y delicada para vencer la inapetencia, que la naturaleza inspira sábiamente en el principio de las enfermedades, como un medio para evitar que tomen incremento, y poder corregir mas facilmente los humores, exênta del cuidado ordinario de hacer las digestiones.

Pero aun quando los niños sean tan afortunados, que tengan unos padres prudentes que les separen de su mesa, y les hagan comer sobriamente manjares simples y comunes, es muy dificil sin embargo, preservarles del contagio.

Supongamos que todo el tiempo que subsisten baxo la direccion de una persona juiciosa, pueden estar en seguridad bastante ¿cómo podrá remediarse, que su corazon no se corrompa por medio de los discursos, que continuamente se les hace sobre esta especie de epicureismo? Por todas partes oyen alabar la *comida regalada*, ¿quién no conoce, que todos estos elogios les deben hacer amar una mesa bien servida, y han de inspirarles el gusto de tenerla, luego que se hallen con suficientes facultades? *tener una buena mesa*: he aquí lo que todos llaman generalmente vivir bien, tratarse bien, vivir con magnificencia: aun aquellos que hacen profesion de censurar el vicio, hablan este mismo lenguaje. ¿Cómo quereis pues que la triste razon emprenda oponerse á la voz pública? ¿Qué estraño será que no se escuche á la primera, si lo que ella llama luxo, es tan aplaudido en todo el mundo, y está tan generalmente au-

torizado por la práctica de las personas del primer orden?

Está en el dia tan admitido este vicio, y tiene tan poderosos defensores, que no sé si habrá ya llegado á honrarse con el nombre de virtud, y pasará por una locura é ignorancia del mundo la libertad de censurarle. Yo temeria que lo que he dicho no fuese reprobado como una sátira importuna, si no lo hubiese propuesto con el fin de excitar á los padres á velar cuidadosamente sobre la educacion de sus hijos; pues que les ven cercados de maestros de disolucion, y de tentaciones propias para corromperlos, aun en aquellos lugares en que acaso les creerán mas seguros y libres del mal exemplo.

No quiero insistir mas sobre este obgeto, ni detenerme á manifestar artículo por artículo el cuidado que se tiene de corromper á los niños, inspirándoles malos principios; suplíco solo á los padres consideren sériamente, que

no hay ningun vicio ni defecto, que no se procure enseñarles claramente, y que es de su deber y su prudencia procurarles otras instrucciones.

Es cosa muy evidente, en mi concepto, que el principio de todas las virtudes, y del verdadero mérito consiste en poder vencer sus propios deseos, quando la razon no los aprueba. Este poder se adquiere y perfecciona por medio de la costumbre, á quien todo llega á ser familiar y facil, aplicándose desde el principio. Ved aquí, por que si fuese creido, aconsejaria, que contra lo que se practica comunmente, se *acostumbrase á los niños á reprimir sus deseos, y á no tener caprichos, aun desde la cuna.* Lo primero que se deberia hacer para mejor acertar en este punto, seria hacerles comprehender que las cosas que se les daban, fuesen las que fuesen, no se les daban únicamente porque les habian agradado, sino porque se habia juzgado que les eran necesarias. Así

pues, luego que se les hubiese provisto de todo lo que les fuese absolutamente necesario, si no se les diese jamás lo que pedian con llantos, se enseñarian á pasarse sin ello, no gritarian, ni se ensoberbecerian para hacerse obedecer, y serian por consiguiente ménos incómodos á sí mismos, y á los que anduviesen á su lado. Si no se les hubieran satisfecho nunca sus deseos, quando manifestaron las primeras veces impaciencia por lograrlos, no llorarian por conseguir ciertas cosas, así como no lloran por conseguir el sol ni la luna.

No es esto decir que no se haya de usar de indulgencia en cosa alguna con los niños, ni que se haya de exîgir de ellos una conducta, y una sabiduría propias de un Senador.

Les miro como niños, á quienes es preciso tratar con dulzura, y permitir que jueguen, enreden y se diviertan con sus pasatiempos: quiero decir, que siempre que lloren por lograr una cosa

que no les sea necesaria, ó por hacer lo que no convenga que hagan, no se les debe consentir de ningun modo, baxo el pretexto de que así lo quieren ó lo piden; ántes al contrario, si habiéndoseles negado una vez la cosa, insisten todavía en sus importunidades, es menester hacerles que comprehendan, que se les rehusa únicamente, por solo el motivo de que la han pedido. He visto á una mesa niños, que jamás pedian ninguno de los manjares que estaban á su vista, sino que recibian gustosamente qualquiera que se les presentaba: he visto otros al contrario, que pedian de todo lo que habia en la mesa, y era necesario servirles los primeros, y de todos los platos. ¿De donde puede venir esta grande diferencia, sino de que los unos estaban acostumbrados á conseguir todo quanto pedian en gritando ó en llorando, y los otros estaban enseñados á no obtener, sino lo que voluntariamente se les daba?

Quanto mas pequeños sean los niños, tanto ménos, me parece, se les deben satisfacer sus deseos desordenados: y quanto ménos juicio tengan, tanto mas es necesario que estén sometidos al poder y direccion absoluta de aquellos, á quienes estén encargados. De aquí nace una consecuencia que se dexa penetrar facilmente: *que no se debe tener al lado de los niños, si no personas sábias y juiciosas.* Si se obra comunmente al contrario, yo no puedo remediarlo: yo digo solo lo que debe practicarse, y si el uso ordinario se acordase con mis sentimientos, sería excusado, que importunase al mundo con discursos sobre este obgeto: á pesar de todo, estoy seguro que si se exâmina sériamente lo que he dicho, habrá muchos que reconozcan conmigo, que con quanta mas anticipacion se principie á sujetarlos, con tanta mas facilidad se podrá hacerles executar las cosas, y tantas ménos dificultades tendrán que vencer

los ayos. Á este efecto se debe tener por máxîma inviolable: *que despues de haberles rehusado una vez la cosa, es preciso resolverse á no ceder por ningun motivo á sus llantos ni importunidades*: porque si se les recompensa permitiéndoles hacer su gusto, porque se han abandonado al sentimiento, se enseñarán sin duda alguna á ser tenaces y obstinados.

Aquellos pues que aspiren á educar bien á sus hijos, deben principiar sometiéndolos á su voluntad quando sean pequeños. ¿Quereis que vuestro hijo sea obediente, despues que haya salido de la infancia? haced valer vuestra autoridad de padre desde el punto que esté capaz de someterse, y poder comprehender de quien depende. Deseais que os mire con respeto? inspiradle este mismo respeto en la edad primera, y tratadle mas familiarmente, segun vaya creciendo. Por este medio lograreis, como es justo, tenerle sujeto en la infancia, y que sea vuestro amigo en

llegando á ser hombre formado. Camina, á mi parecer, muy erradamente un padre (1), que lleno de indulgencia y familiaridad con sus hijos en los primeros años, los trata despues se-

(1) *Montagne* ha censurado vivamente esta mala costumbre. „Un verdadero afecto, y bien arreglado, *dice*, deberia nacer y aumentarse con el conocimiento que nos dán los niños de sí mismos. Si por su conducta se hiciesen dignos, deberiamos amarlos con un afecto verdaderamente paternal, caminando el cariño á paso igual con la razon; pero sucede freqüentemente lo contrario: sentimos comunmente un mayor placer en sus juegos, rabietas, y necedades pueriles, que en sus acciones formales, despues que son ya grandes: los amamos únicamente para nuestra diversion y entretenimiento, y los miramos, ántes como á unos monos, que como á criaturas racionales.“ Copió estas palabras de un Capítulo intitulado *Del afecto de los Padres á los hijos*, dónde se hallan otras muchas y excelentes reflexîones sobre este objeto. Ensay. lib. 2. cap. VIII.

veramente, y no les acuerda su comunicacion quando son grandes. La libertad, y la indulgencia no pueden jamás ser útiles á los niños tiernos, porque su corto conocimiento tiene necesidad de sujecion y disciplina; pero al contrario, quando ya son hombres hechos, y su propia razon puede conducirlos, no puede hacer cosa peor un padre, que tratarlos severamente, y de una manera dura é imperiosa; á ménos que no quiera disgustarlos, para que le aborrezcan, y digan entre sí secretamente, *quando os morireis, pues, mi padre.*

Á todos, en mi entender, parecerá muy justo, que quando los niños son pequeños teman y respeten á sus padres, como á sus dueños y señores absolutos; pero en tocando á una edad mas madura, aunque les amen y respeten igualmente, debe ser baxo otras condiciones ménos duras, y en el concepto de sus mayores amigos. Para inspirarles estos sentimientos desde luego, no puede en-

contrarse un medio mas seguro, que el que hemos indicado: debemos hacernos cargo, que quando los hijos son ya grandes, son hombres enteramente parecidos á nosotros, dotados de iguales facultades, y sujetos á los mismos deseos y pasiones, y que así como nosotros apetecemos pasar por hombres de juicio en este mundo, y ser únicos y absolutos dueños de nuestra conducta; así como no gustamos oir continuamente censuras y desprecios, y no podemos sufrir estar incesantemente expuestos á la reprehension de aquellos que pretenden sujetarnos, así tambien un hijo grande que se vé tratado de esta suerte, huye de este estado, y busca nuevas compañías, haciéndose otros amigos con quienes pueda disfrutar de mas sosiego, y hallar ménos severidad, y mas dulzura.

Si se tiene pues cuidado de reprimirlos en los primeros años, se someterán sin violencia á este tratamiento,

pues que no han conocido ningun otro; y si quando ya principian á usar de su razon, modera su severidad el padre poco á poco, y les abre su comunicacion mas francamente, segun vayan siendo dignos, el miedo respetuoso en que ántes han estado, servirá solo para dar nuevo aumento á su cariño, y reconocer, que el haberlos tratado rigorosamente hasta este tiempo, ha sido solo por un efecto de amistad pura, y á fin de hacerlos dignos del afecto y estimacion de todos los demas hombres.

He dicho en general lo bastante en orden al modo con que los padres deben establecer su autoridad sobre sus hijos. Para adquirir desde luego el imperio sobre su espíritu, deben principiar inspirándoles el miedo y el respeto hácia sí mismos; pero en llegando á una edad madura, es preciso que conserven este primer derecho por sola la amistad y el cariño. Al fin siempre

ha de llegar un tiempo en que estén exêntos de las reprehensiones y el castigo, y si el afecto y el amor no los hace entónces respetuosos y obedientes; si la virtud y el honor no los empeñan en observar una conducta moderada: pregunto ¿por qué nuevos motivos se podrá obligarlos á que sean hombres de bien y justos? El miedo de que se les prive de una porcion de los bienes, podrá muy bien contenerles en algun modo en sus deberes (1); pero no por

(1) Es bien miserable un padre, *dice Montagne*, que no tiene afecto á sus hijos, sino por la necesidad que tienen de sus socorros, si es que esto puede llamarse afecto. Es preciso que se haga respetar por su virtud y suficiencia, y amar por su bondad y moderacion en las costumbres. Debe enseñar los deberes á sus hijos por la razon, no por la fuerza ni el rigor.

Et errat longè mea quidem sententia, qui imperium eredat esse gravius aut stabilius: Vi quod fit, quam illud quod amicitia

esto dexarán de ser interiormente ménos perversos, ni mas bien inclinados. Además, este temor y este rezelo no han de ser siempre durables: tarde ó temprano ha de llegar un tiempo en que sean abandonados á sí mismos, y á su conducta propia, y para que entónces sean hombres de bien y virtuosos, es preciso haberlos formado tales, interior y exteriormente, inspirándoles todas las primeras disposiciones virtuosas, que deben propagar sus efectos á todo el resto de la vida: es necesario haberse conducido de manera, que estas primeras disposiciones lleguen á ser otros tantos hábitos transformados, por decirlo así, en su propia naturaleza, y no falsas apariencias, que el temor haya disfrazado, con el objeto de no irritar á un padre, que puede desheredarlos.

adjungitur. Tex. Adelph. Act. I. sec. I. 41. Essais. lib. III. Ch. VIII.

De los castigos que se deben imponer á los niños.

Despues de haber hablado en general del modo con que los padres deben conducirse para educar bien á sus hijos, conviene ahora exâminar mas en detalle los medios que deben emplear para conseguirlo. He encargado tan rigorosamente el cuidado que se debe tener de reprimirlos desde lúego, que acaso se habrá pensado anticipadamente, que no he tenido consideracion alguna á la ternura de su edad, y á la delicadeza de su temperamento; pero esta sospecha se disipará bien pronto, si se reflexîona sobre lo que voy á decir: muy distante de aconsejar que se trate con aspereza á los niños, estoy persuadido á que los castigos duros son mas perjudiciales que útiles, y que por rara casualidad aquellos que han sido demasiado castigados, saldrán hombres de bien y virtúosos. Todo lo

que por ahora tengo que decir sobre este obgeto, se reduce á encargar la ménos severidad posible en los castigos; y aunque quanto los niños sean mas tiernos, tantos ménos inconvenientes puede haber en usar de ellos, sin embargo, si empleados con todas las precauciones necesarias, han llegado una vez á producir su efecto, es preciso moderarlos, y conducirse de otra manera mas afable.

Si los niños ántes que puedan acordarse del tiempo en que se les impuso la ley de la obediencia, se acostumbran á vivir con sumision á sus padres, les parecerá tan natural este estado, que como si lo fuese efectivamente, executarán sin violencia todas las cosas que les manden: solo hay que tener cuidado de inspirarles esta sumision con tiempo, y de observar siempre igual conducta, hasta que el temor y el respeto hayan llegado á serles familiares. Mas luego que hayan adqui-

rido estos sentimientos respetuosos, y que en su sumision, y en su obediencia no aparezca sombra alguna de violencia, á medida que vayan siendo mas juiciosos y sensatos, es preciso conducirlos al favor de este respeto, y desterrar los golpes, y demas castigos serviles, usando de una indulgencia proporcionada al buen ó mal uso que ellos hagan.

Con solo reflexionar sobre el objeto que se propone quando se intenta educar á un niño, y á lo que está educacion se reduce, se reconocerá facilmente la necesidad que hay de manejarse de esta suerte.

Supongamos uno, que no tiene la fuerza necesaria para hacerse dueño de sus pasiones, y resistir la impresion de un placer presente, aunque la razon se lo aconseje: ¿no es claro que este niño no tiene principios algunos verdaderos de virtud, y que le faltan las disposiciones necesarias para vivir

en el mundo, estando por consiguiente en esta situacion expuesto á no ser util para nada? ¿Por qué otro medio podrá prevenirse este inconveniente, que inspirándole desde luego estos sentimientos de sumision y respeto, que acabo de hacer presentes? Y pues que de esta sumision respetuosa depende únicamente la felicidad de que pueden los niños llegar á gozar un dia, es indispensable, que aquellos á quienes esté su educacion confiada, no omitan medio ni diligencia para inspirársela, desde que tengan algun rayo de conocimiento.

Por otra parte, si se les humilla demasiado, y se les abate groseramente el espíritu, teniéndolos excesivamente sujetos, suelen perder toda su vivacidad y despejo, de manera que quedan en un estado mucho peor que el primero. Los jóvenes atolondrados, que tienen fuego y viveza en los primeros años, sucede muchas veces, que en cal-

mando un poco sus pasiones, llegan á ser hombres grandes y apreciables; pero estas almas débiles y tímidas, estos espíritus baxos y serviles que no se elevan sino con muchas dificultades, rara vez hacen progresos. Para evitar estos dos escollos enteramente opuestos, se necesita mucho arte, y aquel que haya encontrado el medio de mantener á los niños en una cierta actividad, que sin necesidad de usar de la violencia, pueda separarlos de las cosas á que hayan manifestado inclinacion, y dirigirlos hácia las que les sean desagradables, aquel digo, que haya sabido conciliar estas dos oposiciones aparentes, ha encontrado, en mi dictamen, el verdadero secreto de la educacion.

El camino comun y mas breve que todos los ayos conocen para corregir las faltas á los niños, son el látigo y el castigo; pero me atrevo á asegurar, que no hay una cosa mas contraria,

ni ménos propia para conseguirlo. Precisamente este método ha de producir los dos males insinuados, los quales de una manera ó de otra, siempre trastornan todas las medidas que pueden abrazarse para darles una educacion juiciosa.

Esta clase de castigos no contribuyen en modo alguno á hacernos vencer la inclinacion natural que tenemos á los placéres del cuerpo, ni á excusarnos la pena que nos cuesta haber de privarnos de ellos; ántes bien nos animan á desearlos á qualquier precio, y nos afirman en los principios de todas las acciones malas y viciosas: pregunto ¿por qué otros motivos obra un niño, quando por medio del castigo estudia la leccion contra su gusto, ó se abstiene de comer una fruta que apetece, si no por los principios del amor á los placéres, y la aversion al dolor y al castigo? Sintiendo mayor placer en evitar este castigo, que en satisfacer

sus apetitos, estudia la leccion contra su gusto, y se priva de comer una fruta que apetece mucho. Además, este medio de corregir sus acciones y defectos, no sirve únicamente sino para entretener el principio de la corrupcion en su alma, cuyo principio debemos aplicarnos á desarraigar enteramente con todo el esmero y estudio imaginables. No puedo persuadirme que las correcciones puedan jamás ser útiles á los niños, á ménos que la vergüenza de haber de ser castigados por haber faltado á sus debéres, haga mas impresion sobre su ánimo, que la pena misma que sufren.

Esta especie de correccion produce naturalmente en su alma una cierta aversion á todas las cosas que se pretende hacerlos amar, ó enseñarlos sin otro motivo que el que por ellas han sido castigados ó reñidos. No debemos estrañarlo: aun de los hombres ya formados no puede conseguirse que tomen

inclinacion á ninguna cosa por medio de esta clase de castigos: ¿qual será el hombre que no se disguste de un placer qualquiera, si se pretende que lo ame, dándole de bofetones á la hora que no manifieste deseo de disfrutarle? No hay una cosa mas natural: se está viendo diariamente que las cosas mas inocentes llegan á sernos desagradables, solo por el motivo de ciertas circunstancias chocantes que las acompañaron. La sola vista de una copa ó de un vaso, en que se han solido tomar las medicinas, indispone el estómago de manera, que no se puede beber con placer en ella, á pesar de que esté perfectamente limpia, y sea de una buena hechura, y de la materia mas rica que pueda imaginarse.

En tercer lugar, esta especie de tratamiento rigoroso hace además servil y baxo el temperamento (1). El niño

(1) *Montagne* es del mismo dictamen: ved

que es tratado de esta suerte, se somete y parece muy obediente, en tanto en quanto puede hacerle impresion el miedo del castigo; pero luego que este temor se separa de su espíritu, y que no siendo visto de nadie, se promete la impunidad en algun modo, dexa freno á sus pasiones, y se abandona enteramente á su inclinacion natural, que no ha mudado á pesar del rigor con que ha sido tratado, ántes bien ha tomado nuevas fuerzas, y se presenta ordinariamente con mas violencia,

aqui como se explica. „Yo desapruebo toda violencia en la educacion de un alma tierna, que se forma para la libertad y el honor. Hay no sé qué de servil en el rigor, y en la violencia, que me parece que lo que no se consiga por la razon, y la prudencia, no ha de poder jamás lograrse por la fuerza. No he visto producir otro efecto á los castigos duros que hacer cobardes á las almas y obstinarlas mas en la malicia.“ Ensayos, lib. II. cap. VIII.

despues de haber estado reprimida.

Por último, si la severidad llevada al exceso, prevalece alguna vez sobre el natural de los niños, y cura sus desórdenes, lo hace causando mayores y mas peligrosos males, como son los de embrutecerles el espíritu. De un jóven demasiado vivo y fogoso hareis un tonto y un necio, que con su moderacion adquirida por el arte, podrá agradar á lo mas á algunas gentes que alaban á los niños torpes y estúpidos, únicamente porque no hacen ruido, ni causan otras molestias; pero al fin, segun todas las apariencias, siempre vendrá á ser toda su vida un hombre incómodo á sus amigos, é inutil para sí mismo, y para todos. De aquí se infiere, que los golpes y todos los demas castigos corporales y serviles (1), no deben ser

(1) *Montagne*, que no tenia sino una hija, dice que habia ya pasado la edad de seis años sin que hubiese empleado otro

empleados en la educacion de aquellos niños, que queremos hacer sabios y virtuosos por inclinacion y por principios: que asimismo no deben usarse sino con mucha economía, y solo en el caso de una ocasion importante, ó de una necesidad absoluta.

De las recompensas, y del uso que debe hacerse de ellas en la educacion de los niños.

Es preciso evitar con el mayor escrúpulo hacer cariños á los niños, dándoles las cosas que apetezcan baxo

castigo para corregir sus faltas pueriles, que las palabras, y muy dulces. *Añade*, que todavía hubiera sido mas religioso y circunspecto con los varones, como nacidos para una condicion ménos esclava, y mas libre. Yo hubiera procurado, *dice*, haberlos llenado el corazon de ingenuidad, y de franqueza. Ensayos lib. II. cap. VIII.

la idea de recompensa, para empeñarles á cumplir con sus deberes. El que ofrece á su hijo confites, manzanas ó otra cosa semejante, con el fin de obligarle á que estudie su leccion, ó á que execute lo que se le mande, no hace sino autorizarle el amor que tiene á los placéres, y entretenerle en esta inclinacion peligrosa, que deberia por todos los medios posibles procurar destruir y sofocár enteramente. En vano esperan los padres poder vencer esta pasion en sus hijos, si se empeñan por una parte en indemnizarlos del freno que les pongan, proponiéndoles por otra nuevos objetos capaces de satisfacerla. Para que un niño llegue un dia á ser sabio, hombre de bien, y virtuoso, es preciso enseñarle á que domine sus pasiones, y reprima la inclinacion que todos tienen á las riquezas, á las galas, y á la comida regalada, siempre que la razon y su deber lo exîjan; pero si se le ofrece dinero para que haga

una cosa justa en sí misma y razonable: si se le recompensa el trabajo que ha tenido en aprender su leccion con el placer de darle á comer alguna golosina: si se le promete un vestido nuevo, ó una corbata con encaxe para que cumpla con algunos de sus deberes, ¿no es claro que proponiéndole todas estas cosas enforma de recompensa, llegará á creer que son buenas en sí mismas, y que debe procurar el obtenerlas? ¿No es claro que por este medio se le excitarán con mucho mas ardor sus deseos, y se acostumbrará á fixar toda su felicidad en poseerlas? Así pues, para empeñarlos á que aprendan la gramática, el bayle, ú otra de estas cosas poco capaces de contribuir á la felicidad, ó á la mayor comodidad de la vida, en vano se emplean todas las recompensas; al contrario, con ellas se destruye todo principio de virtud, se trastorna el orden de su educacion, y se les inspira el luxo, el orgullo, la ava-

ricia, y todos los demas vicios. Este es un método muy extravagante, por el que se les entretiene en todas las malas inclinaciones, que se deben sofocar enteramente, reprimiéndoles todos sus deseos, y acostumbrándolos á someterse á la razon desde el principio.

No quiero decir con esto que se les haya de privar de las comodidades y placéres de la vida, que no sean contrarios á la virtud, ó perjudiquen á su salud: nada ménos que eso: soy de dictamen que se les haga la vida agradable en quanto sea posible, y que se les permita gozar plenamente todos aquellos á que manifiesten inclinacion y deseo, con tal que no se les concedan como premio ó recompensa por haberse aplicado á una cosa á que tenian aversion, ó que no hubieran executado sin este incentivo ó aliciente, sino como una consecuencia precisa de la aprobacion que ha merecido su conducta en el concepto de sus preceptores.

Pero acaso me direis: "¿si no se nos permite usar de las recompensas y el castigo para enseñar sus deberes á los niños, cómo hemos de poder gobernarlos? Quitad la esperanza del premio y del castigo, y se acabó la disciplina." Confieso que estos son los dos grandes resortes de las acciones de los hombres, y que se debe ponerlos en uso para la mas facil enseñanza de los niños; pero advertiré siempre á los preceptores y á los padres, que se acuerden que deben ser tratados como criaturas racionales.

Repito que convengo en que es preciso usar de las recompensas y el castigo, si se quiere conseguir algun ascendiente sobre su espíritu; pero se engañan generalmente los padres en la eleccion que hacen de estos dos resortes. Suelen emplear en calidad de recompensas y castigos los placéres y las penas corporales, y éstas son, en mi concepto, muy propias para produ-

cir los efectos mas contrarios. Empleadas de esta suerte, no sirven sino para fomentar y entretener su inclinacion natural á los placéres del cuerpo; inclinacion que, como hemos insinuado, estamos obligados á vencer, y destruir enteramente. ¿Qué principio de virtud podreis inspirar á un niño si pretendeis separarle del amor á un placer, proponiéndole otro al mismo tiempo? Hacer esto no es otra cosa, que dar una mayor extension á sus pasiones, y reprimirlas, por decirlo así, sobre mayor número de objetos. Llora un niño por comer una fruta que no está sazonada, y procurais sosegarle dándole una confitura, que le es ménos dañosa. Por este medio acaso lograreis el conservarle la salud del cuerpo, pero seguramente le viciais el espíritu, y lo poneis en un mayor desorden: porque aunque habeis mudado el objeto de sus deseos, su pasion siempre ha sido lisongeada y satisfecha, y el mal ha

quedado con todas sus raices, lo mismo ó quizá peor que estaba anteriormente. Desengañémonos: hasta que hayas puesto al niño en estado de poder vencer y reprimir por sí mismo sus deseos, podrá suceder, que por medio de estas recompensas logreis tenerle tranquilo y sosegado un cierto tiempo; pero el mal no por esto está curado: no habeis hecho otra cosa que entretener y fomentar en su alma una pasion, que es el orígen de todos los desórdenes, y que podeis estar seguros que se presentará en la primera ocasion con mas violencia, y le inspirará deseos mucho mas ardientes, causando asimismo mucho mayores daños.

Las recompensas y las penas con que se ha de mantener en sus deberes á los niños, son de una especie muy diferente: tienen un tal poder sobre su espíritu, que empleadas una vez con fruto, me parece no queda ya mas que hacer, y que se han ven-

cido todas las dificultades. De todos los resortes propios para mover un alma racional, no hay ningunos que sean tan poderosos como el honor y la infamia, si se han llegado á sentir una vez sus impresiones. Inspirad pues á los niños el amor á la reputacion y al concepto, y hacedles sensibles á la vergüenza y á la deshonra, y podeis decir, que habeis impreso en su alma un principio, que los ha de conducir continuamente al bien. Mas se me preguntará ¿qué es lo que debemos hacer para conseguirlo? Desde luego la cosa parece que ofrece muchas dificultades, lo confieso; pero tampoco, en mi concepto, hay nada mas digno de nuestros cuidados, que buscar el medio de excitar estas pasiones en el corazon de los niños, y ponerle en execucion luego que se haya hallado: este es uno de los grandes secretos de la educacion.

Primeramente, los niños son muy sensibles á las alabanzas, y acaso mucho

ántes que lo que nosotros creemos. Les agrada en extremo ser elogiados y estimados, particularmente de sus padres, y de aquellos de quienes dependen. *Si un padre pues hace cariños á sus hijos, y los alaba, quando han obrado conforme á sus debéres; y al contrario, los mira con frialdad y desprecio, quando han cometido alguna falta*: si su madre y todas las demas personas que andan á su lado, les tratan de la misma suerte, sin duda llegarán en poco tiempo á ser sensibles á este diferente tratamiento; y si todos se hacen una ley de usar siempre de este método con ellos, estoy seguro, que hará mas impresion sobre su espíritu, que todas las amenazas y castigos: porque quando éstos llegan á ser frecuentes y comunes, además de que ya no tienen fuerza alguna para producir su efecto, siempre son inutiles, si no van acompañados de algun sentimiento de vergüenza. Esta es la razon por que no se debe usar de ellos, sino

con mucha economía, y en los casos que mas adelante insinuarémos.

En segundo lugar, para que estas ideas de honor y de vergüenza se impriman mas profundamente en su espíritu, y produzcan mejor efecto, es preciso acompañar ciertas cosas agradables ó desagradables á las alabanzas ó vituperios, no como penas ni recompensas de tal ó tal accion en particular, sino como cosas destinadas por un órden constante y necesario á todos aquellos, que por su conducta se hacen dignos de ser alabados ó vituperados. Tratando de esta suerte á los niños, se les hace comprehender, en quanto es posible, que los que se hacen recomendables por sus buenas obras, son queridos y estimados de todo el mundo, y obtienen todas las demas ventajas, como una consecuencia de estas mismas obras; pero que los que por su mala conducta se hacen acreedores al desprecio, son mirados infaliblemente por

todos con indiferencia, y se ven precisamente en este estado faltos de todo lo que pudiera satisfacerles, ó llenarles sus placéres. Haciéndoles conocer una experiencia continua, que las cosas que mas aman, no pertenecen, ni se dan efectivamente, sino á los que se hacen estimar por su conducta, todos los objetos capaces de excitar sus deseos, serán otros tantos estímulos, que les harán ser virtuosos. Si por este medio llegais una vez á inspirarles en sus faltas la vergüenza (yo sería de dictamen, que no se empleasen otras puniciones) y á hacerles sensibles al placer de ser elogiados y estimados, lograreis haceros dueño de su espíritu, y que hagan con cierto gusto y complacencia todo lo que pueda contribuir á hacerlos virtuosos.

Aquí se presenta un grande obstáculo de parte de los domésticos. Esta clase de gentes son tan locos y obstinados, que es muy dificil impedir que

se opongan en estas ocasiones al designio de los padres. Si estos imponen á sus hijos algun castigo, por haber cometido alguna falta, nunca dexan de hallar consuelo en los cariños de estos lisonjeros insensatos, que trastornan todo lo que los padres edifican. Quando un padre ó una madre miran á su hijo desdeñosamente, y con mal ayre, conviene que todos los que se hallen á su lado, le traten de la misma suerte. Nadie debe hacerle cariños, hasta que habiendo pedido perdon de su falta, y habiéndola enmendado por una conducta opuesta, se haya restablecido en la estimacion y gracia de que gozaba ántes. Si este método se observase exâctamente, me parece, que no sería muy necesario reprehenderlos ni castigarlos: su propio interés les estimularia á buscar los medios para lograr ser estimados, y á no hacer las cosas que todo el mundo desaprueba, y de que estarian muy seguros habian de sufrir la

pena, sin ser castigados, ni reñidos con dureza. Estas consideraciones les inspirarian igualmente el pudór y la modestia, y les harian tener una aversion natural á todo lo que pudiera exponerlos al desprecio de los demas hombres. ¿ Pero cómo remediar los desórdenes que causan los domésticos? Me veo obligado á remitir este punto enteramente á la prudencia y cuidado de los padres; diré solamente, que es un negocio de muchísima importancia, y que por lo mismo son felices aquellos, que pueden tener al lado de sus hijos personas racionales y juiciosas.

Es preciso tener tambien cuidado de no corregir ni castigar á los niños con frecuencia, porque esto no produce ningun bien, si no en quanto sirve para inspirarles la vergüenza y el horror de la falta, porque han sido castigados. Los golpes y los azotes son muy poco eficaces para corregirles su-

defectos, si la mayor parte de la pena no consiste en tener un sentimiento interior de haber obrado mal, y haber incurrido justamente en la desgracia de sus padres. Serán un remedio bueno por el pronto, y curarán la llaga desde luego, pero no tocarán en ningun modo á la raiz del mal. Un pudór honesto, y el temor de desagradar á sus padres, son los solos medios de contener á un niño en sus deberes. Los castigos y las penas corporales jamás pueden producir efecto, á ménos que no sean muy frecuentes, y en este caso hacen perder necesariamente todo sentimiento de vergüenza: porque esta es para los niños, lo que para las mugeres la modestia, que no pueden conservarla largo tiempo, si violan sus leyes con frecuencia. En quanto al temor que los niños tengan de desagradar á sus padres, llegará tambien á ser util, si son muy prontos en aplacarse: convendria, que ante todas cosas exâminasen con cuidado, si

las faltas de sus hijos eran de tal naturaleza, que merecian se manifestase desagrado; pero una vez manifestado, no deben perder la severidad de su ayre, ni admitirlos nuevamente en su gracia, sino habiéndolos impuesto alguna pena, y despues que su conducta hubiese probado la sinceridad de su arrepentimiento por la enmienda de la falta. Si no se obra siempre de esta suerte, siéndoles demasiado familiar el castigo, llegará tambien á ser comun y ordinario, y se acostumbrarán á este tratamiento. Despues de una falta cometida vendrá el castigo: á este le sucederá el perdon inmediatamente, y llegará esto á ser tan natural y ordinario, como lo es el que el dia y la noche se sucedan mutuamente.

Por lo que toca á la reputacion añadiré todavía una sola advertencia, que aunque no sea un verdadero principio de virtud, porque la virtud no es otra cosa, que el conocimiento que tiene el

hombre de sus deberes, y el placér que siente en obedecer á su criador, siguiendo las impresiones de esta luz que le ha dispensado con la esperanza de que sus esfuerzos serán aprobados, y su obediencia recompensada; sin embargo, digo, de que segun esta idea, la reputacion no sea de la esencia de la virtud, es una cosa que se le acerca mucho: y como propiamente no viene á ser otra cosa, que la aprobacion que la razon de los demas hombres concede á las acciones virtuosas de comun consentimiento, es uno de los mayores y mas poderosos estímulos que pueden emplearse, para hacer amar la virtud á los niños, hasta que estén capaces de consultar á su razon propia, y conocer por sí mismos lo que es justo y razonable.

Esta consideracion puede servir de norma á los padres para saber el modo con que deben reprehender ó elogiar á sus hijos. Quando tengan que censu-

rarlos, porque muchas veces no podrán ménos de hacerlo, no solo deben executarlo con moderacion, y con términos graves, sin manifestar pasion alguna, sino particularmente, y á solas. Al contrario, quando merezcan ser alabados por sus acciones, deberán hacerlo á presencia de todo el mundo, y siendo las alabanzas públicas, será tambien la recompensa doble. Por otra parte, la repugnancia que manifieste un padre en publicar las faltas de sus hijos, les empeñará en hacer mayor aprecio de su reputacion; y quanto estén mas creidos en que la disfrutan actualmente en el concepto de los otros, tanto mas cuidado tendrán de mantenerse en ella, y no perderla; pero si viéndose deshonrados por la publicacion de sus faltas, llegan á mirar este bien perdido, ya no será mas un freno capaz de contenerlos: quanto mas sospechen que su reputacion está ya obscurecida, tanto ménos se empeñarán en conservarse en

la opinion de los demas hombres con relacion á otras muchas cosas.

Por último, si se conduce bien á los niños, como debe hacerse, no habrá tanta necesidad, como se imagina, de recurrir á las recompensas y al castigo: porque por lo que hace á sus entretenimientos, y juegos inocentes, es preciso permitírselos absolutamente, y sin restriccion alguna, siempre que puedan abandonarse á esta especie de placéres, sin faltar al respeto, que deben á las personas que estén presentes. Como todas estas faltas son mas propias de la edad, que de la persona, si se dexa al tiempo, al exemplo, y á los años el cuidado de corregirlas, se les evitarán muchas reprimendas mal aplicadas, y totalmente inútiles. Porque, ó no pueden éstas reprimendas vencer la inclinacion que la edad les inspira á estas diversiones, y entónces el empeño de corregirlos á todas horas, hace la correccion familiar é inutil para un caso

de importancia; ó bien si tienen la fuerza suficiente, para reprimir la alegría y viveza que les son naturales en esta edad, no sirven sino para viciarles el cuerpo y el espíritu. Si el ruido que hacen quando juegan, es algunas veces incómodo, ó poco conveniente por el parage, y la compañía donde se encuentren, lo que no puede verificarse sino en la presencia de sus padres, una sola palabra ó mirada de qualquiera de ambos será suficiente para obligarlos á estar quietos, si han tenido cuidado de hacer valer su autoridad con tiempo: y por lo que hace al humor alegre y festivo, que la naturaleza les ha dado sábiamente segun su edad y temperamento, léjos de pretender reprimirlo, es preciso excitárselo, á fin de tenerles por este medio el espíritu en movimiento, y conservarles el cuerpo sano y vigoroso. Estoy creido que el grande arte de la educacion consiste en hacer á los hijos un objeto

de diversion y juego de todos sus deberes.

Se deben dar pocas reglas á los niños. Modo de hacersélas observar.

Permitidme ahora que os haga aquí una advertencia sobre un punto, al que, sino me engaño, se falta comunmente en el método ordinario que se sigue para enseñar á los niños. Se les carga á cada momento la memoria de reglas, que frecuentemente no entienden, y que olvidan seguramente á poco tiempo que se les han dado. Si quereis que vuestros hijos executen una cosa, ó que la hagan de otra suerte que lo que la han executado, obligadlos á que la practiquen siempre que se les haya olvidado, ó á que la vuelvan á executar de nuevo, si la han hecho malamente, hasta tanto que se hayan perfeccionado. De aquí sacareis dos ventajas: la primera, que por este medio sabreis si es cosa que

pueden executarla, ó si hay apariencia de que llegarán á conseguirlo: porque muchas veces se mandan ciertas cosas á los niños, para cuya execucion no están capaces, y entónces es preciso enseñarles el modo de practicarlas, ántes que exigir que las hagan por sí mismos; pero á un preceptor le es mucho mas facil el dar órdenes, que enseñar el modo de obedecerlas: segunda, que si los niños repiten la misma accion confrecuencia, hasta que logren hacerse un hábito, no la executarán por un esfuerzo de memoria ni de reflexion, que son los frutos de la edad y la prudencia, desconocidos por lo mismo en la infancia, sino porque se habrán acostumbrado á hacerla naturalmente, y sin violencia. Así es como un hombre de una casa decente que ha tenido buena crianza, consigue hacerse un hábito por una práctica constante, á saludar quando se le saluda, y á mirar quando se le habla, de tal suerte, que le es esto

tan natural y facil como el tomar aliento: lo hace sin reflexion alguna, y sin pensar en ello. Si procurais pues corregir un defecto á vuestro hijo por este método, quedará curado para siempre: y si con los demas haceis lo mismo, atacando el uno despues del otro, llegareis á extirparlos todos, y podreis sostituir en su lugar los hábitos que os parezca.

He visto padres que llenaban tanto á sus hijos la memoria de preceptos, que era imposible á estas pobres criaturas poder retener ni aun la décima parte, y mucho ménos observarlos. Sin embargo, quando violaban algunos de estos preceptos, que frecuentemente no tenian nada de prudentes, se les castigaba, bien por golpes, ó bien por palabras agrias: ¿sabeis lo que de aquí se sigue naturalmente? que convencidos los niños, de que toda la atencion de que son capaces, no es suficiente para impedir que cometan alguna falta,

y ser maltratados á su consecuencia, no reflexionan ni ponen cuidado alguno en lo que se les dice.

Acordaos pues de no dar á vuestro hijo sino las ménos reglas posibles, y de que es mejor quitar de éstas todavía algunas, que no darle otras, que no sean absolutamente necesarias. Si les cargais demasiado de preceptos y de reglas, sucederá precisamente de dos cosas una: ó bien que os será necesario castigarle á cada instante, lo que, como hemos dicho, tiene consecuencias muy funestas, ó bien que os vereis obligados á verle violar algunas de estas reglas, sin poder acudir al castigo: entónces las mirará con desprecio, y no respetará vuestra autoridad, como es debido. No impongais pues á vuestros hijos muchas leyes; pero aquellas que llegueis una vez á establecerles, procurad que sean observadas exâctamente. Á un niño que tiene pocos años no se puede dar sino un corto número de preceptos, y segun

vaya afirmándose en la práctica del que le habeis prescripto, podeis proponerle un otro nuevo.

Últimamente os suplico no olvideis, que no se debe instruir á los niños por simples reglas, que escapan incesantemente á la memoria, sino aquello que juzgueis es necesario que hagan, obligadles á que lo executen exâctamente, siempre que la ocasion se presente: y si es posible, haced nacer estas ocasiones. Esto llegará á producir en ellos tales hábitos, que obrarán natural y facilmente por sí mismos, sin necesidad del socorro de la memoria. Pero permitidme que os dé aquí dos dictámenes: el primero, el de no enseñarles las cosas á que querais acostumbrarlos, sino por palabras dulces, y exhortaciones moderadas, manifestando ántes el designio de recordarles lo que habian olvidado por un defecto natural de su memoria, que el de reprehenderlos y censurarlos agriamente, como si hubiesen

dexado de hacerlo con malicia. El segundo, el de no emprender enseñarles aun mismo tiempo muchas cosas, de miedo que la diversidad de ideas no ponga su espíritu en desórden, y haga que no aprendan ninguna perfectamente. Quando conozcais que por un hábito constante ha llegado á serles familiar y facil una cosa, demanera que puedan practicarla sin necesidad de particulares reflexîones, entónces es ya tiempo de que podais enseñarles qualquiera otra.

Este método de instruirlos, no por reglas simples confiadas á su memoria, sino haciéndoles repetir una misma accion muchas veces, hasta que hayan adquirido el hábito de hacerla como se debe, tiene tantas y tan grandes ventajas, por qualquiera lado que se mire, que no puedo ménos de admirarme que se le haya mirado hasta ahora con tanta indiferencia; si es que se puede admirar, que no se abandone una cosa, que la costumbre una vez

ha consagrado, para sostituir otra que sea mas ventajosa.

Á todo lo que he dicho para hacer valer un método tan razonable, añadiré todavía una reflexîon, que ahora me ocurre: y es, que por su medio se conocerá, si lo que se exîge de un niño está sujeto á su capacidad, y es conforme á su genio y temperamento. Este es uno de los puntos que tambien se deben tener presentes en una educacion bien reglada, porque no se puede pretender mudar el temperamento de los niños, sin arruinar enteramente toda su naturaleza: por exemplo, no se puede hacer alegre al que es naturalmente grave y serio, ni meláncolico al que es de un natural vivo y alegre. Dios ha impreso en el espíritu de los hombres ciertos caracteres, que pueden ser moderados en algun modo, así como los defectos exteriores del cuerpo, pero no enteramente mudados en otros totalmente diversos.

Qualquiera, pues que tome á su cargo la educacion de algun niño, debe estudiar primero su capacidad y su temperamento: exâminar por frecuentes experiencias, quál es su inclinacion dominante, y qué impresiones podrá recibir mas facilmente: observar la extension natural de su espíritu, los medios de que se podrá valer para ilustrarle, y en qué cosas podrá ser empleado con mejor suceso: considerar, qué es lo que le falta: si será capaz de adquirirlo á fuerza de aplicacion y estudio, y hacérselo natural por la práctica: últimamente, si la cosa merece la pena de intentarse: porque todo lo que deberiamos hacer, ó proponernos en ciertas ocasiones, sería sacar el mejor partido posible de las inclinaciones que la naturaleza hubiese dado á los niños, previniendo los vicios ó defectos á que tal ó tal temperamento esté mas sujeto, y procurándoles además todas las ventajas que sean capaces de

recibir: se deberia, en una palabra, conducir el genio natural de cada niño á todo lo que pudiese extenderse. Pero intentar añadir al que ya tiene un otro totalmente diferente, es perder el tiempo y el trabajo. Todo lo que sea supuesto y afectado no puede jamás parecer bien á nadie, porque siempre se dexará ver este ayre de ficcion y chocante, que el temor y la afectacion producen enteramente.

Bien es verdad que la afectacion no es un defecto á que están sujetos los niños desde luego, ni una produccion de sola la naturaleza abandonada á sí misma; es una planta que no crece en los lugares desiertos y salvages, sino en las tierras cultivadas por un labrador negligente, ó poco diestro. Son necesarios los cuidados, la instruccion, y un cierto convencimiento interior de la necesidad que tenèmos de ser formados de ésta, ó de la otra suerte, para que seamos capaces de la

afectacion : es este un vicio, que consiste en estudiarse á sí mismo para enmendar los defectos naturales, y en proponerse el fin loable de agradar, aunque nunca jamás se consiga : se debe pues prevenir con tanto mas cuidado, quanto es un defecto producido en los jóvenes por una educacion mal entendida, y en el que caen frecuentemente las personas que andan á su lado, ya por un efecto de indolencia, ó por su mala conducta.

Qualquiera que se tome el trabajo de exâminar, en qué consiste este dón de gentes, ó este modo de agradarlas, hallará que nace de la union natural que exîste entre las cosas que se hacen, y una cierta disposicion de espíritu, conforme á las circunstancias del tiempo, de los lugares, y de las personas, que no puede ménos de agradar. Nosotros amamos generalmente un genio afable, civil y atento : estimamos un espíritu, que tiene facilidad en domi-

narse, y en mandar todas sus acciones: un espíritu, que sin ser servíl ni baxo, está exênto de orgullo y de insolencia, y no tiene por otra parte defecto considerable. Se tiene cierta complacencia en ver las acciones que parten de un alma tan bien formada, y se las mira como unas señales verdaderas de esta disposicion amable, que reyna interiormente. Y como estas acciones nacen, por decirlo así, de un orígen tan bello, siempre son naturales, y no llevan mezcla alguna de artificio. En esto consiste, en mi dictamen, la gracia que brilla en las acciones de ciertas personas, que dan lustre á todo lo que hacen, y ganan el corazon de todos los que las tratan, quando por una práctica constante se han llegado á hacer familiares estas demostraciones de atencion y de respeto, que la naturaleza, ó la costumbre han introducido en las conversaciones; de tal suerte, que no parecen artificiales ni estudiadas, sino

nacidas de un corazon amable, y que no respira sino dulzura.

Por otra parte, la afectacion no es otra cosa, que una imitacion forzada y grosera de lo que deberia ser natural y sencillo: una imitacion destituida de los encantos, que acompañan á la verdadera naturaleza, á causa de la contradiccion que siempre existe entre las acciones exteriores, y los movimientos interiores del espíritu: por exemplo, quando por un semblante forzado y violento se hace parecer en el exterior una disposicion de espíritu, que verdaderamente no se tiene, de tal forma que la violencia de este ayre se dexa conocer por sí misma claramente. De esta suerte afectan los hombres muchas veces, que están tristes, alegres ó contentos, quando no lo están realmente.

Con la afectacion se turba igualmente la armonía, que debe reynar entre las acciones exteriores, y la disposi-

cion interior del espíritu, quando sin aparentar que se tiene una cierta disposicion, que realmente no exîste, se pretende sin embargo, expresarla por acciones y palabras, que no son oportunas. Los que pecan por este estilo, son siempre incómodos en las conversaciones: sus movimientos, sus acciones, sus palabras y miradas, aunque destinadas á manifestar civilidad y respeto, ó bien el placer, y la satisfaccion que reciben, no son unas señales naturales de ninguna de estas dos cosas, sino defectos de parte de ellos mismos. Esta especie de afectacion proviene muchas veces de querer imitar á otras personas, sin distinguir lo que tienen de agradable, ó lo que es particular á su carácter. Últimamente, toda clase de afectacion, provenga de donde quiera, siempre es una cosa desagradable y chocante, porque tenemos una especie de aversion natural á todo lo que es fingido y supuesto, y despreciamos regu-

larmente á todos los que quieren hacerse recomendables por una imitacion artificiosa.

La simple y grosera naturaleza abandonada á sí misma, vale mas que todas las gracias fingidas y supuestas, con que no hacemos sino disfrazar, y corromper el genio natural, léjos de corregirle. Si tenemos algun defecto en los modales, ó nos falta alguna cosa para tener toda la política y urbanidad posibles, frecuentemente suele escapar á la vista y censura de los demas hombres, pero la afectacion al contrario, por todas partes donde se halla, manifiesta siempre nuestros defectos, los expone á la vista de todo el mundo, y nos hace mirar como á unos insensatos, ó á unas gentes privadas de sinceridad y conocimiento. Un preceptor debe pues cuidar mucho de prevenir este defecto, que jamás es natural al hombre, sino producido, como he dicho, por una educacion mal entendida. Apénas existe,

sino entre aquellas gentes que hacen alarde de estar bien educadas, y que sentirian amargamente, se creyese ignoraban las máxîmas y reglas que observan en la conversacion las personas bien nacidas. Este es un mal por otra parte, que si no me engaño, proviene de que los ayos lo corrigen con frialdad y tibieza, contentándose con darles máxîmas y reglas, y con proponerles los exemplos, sin acompañar jamás la práctica á sus instrucciones, es decir, sin obligarlos á que repitan muchas veces en su presencia la accion, en que han parecido apartarse de la naturaleza, ó no corrigiendo efectivamente lo que tenga de fingido, y supuesto, hasta que hayan adquirido el hábito de executarla con gracia, y sin violencia.

Del exterior de los niños, y del cuidado que se debe tener en formárselo.

Tratemos ahora mas particularmente de lo que se llama *modales*, que tanto suelen embarazar á los niños, y sobre que las ayas les dan tantas lecciones. Estoy persuadido á que se les deben enseñar por medio del exemplo, y no de los preceptos, y á que si se tiene cuidado de separarlos de las malas compañías, harán alarde de imitar los que vean en otras personas, que por su medio se han atraido el afecto y estimacion de todo el mundo. Por lo que hace á un pequeño descuido en quitarse el sombrero, ó en hacer una cortesía con toda la gracia posible, un maestro de bayle les corregirá facilmente este defecto, y les hará perder todas las demas maneras simples, que llama *rusticidad* el mundo. Ved aquí por que sería de dictamen, que luego que se hallasen en estado, se les pusiese un

maestro de bayle, porque aunque el bayle no consiste, sino en una cierta compostura exterior que se da á los movimientos del cuerpo, contribuye sin embargo mas que ninguna otra cosa á elevar el espíritu de los niños, y á hacerles tomar un ayre noble y constante. En quanto á lo demas no quisiera que se les ocupase demasiado, para que aprendiesen todas las bagatelas, y sutilezas de la política.

No hagais jamás caso de los defectos de los niños, que la edad ha de corregir indispensablemente. Si quando son jóvenes cometen alguna falta en órden á las urbanidades exteriores que ha consagrado la política, no por esto debeis inquietaros demasiado, siempre que la tengan impresa en su corazon, que es lo que debe procurarse. Si un niño susceptible todavía de toda suerte de impresiones, está penetrado hácia sus padres, y sus ayos de una veneracion acompañada de amor y estimacion

á sus personas, y del miedo de ofenderlas: si al mismo tiempo tiene sentimientos de bondad y de respeto hácia todos los demas hombres, este respeto mismo le mostrará los medios de expresarse de la manera mas propia, para ganar sus corazones. Por lo mismo, no dexeis de entretenerle en los principios de bondad y humanidad, procurando hacérselos habituales en quanto sea posible, por medio de la consideracion á los elogios, á la reputacion, y á las ventajas destinadas á los que tienen esta disposicion de espíritu. Luego que estos principios hayan echado raices, y por una práctica constante se hayan fixado en su corazon de una manera firme y estable, estad seguros, de que si sacándolos de las manos de las mugeres, los poneis en las de un ayo prudente y bien criado, adquirirá bien pronto estos modales atentos y civiles, que hacen la conversacion agradable. Mién-

tras que los niños sean todavía jóvenes, es preciso tolerarles todos los pequeños descuidos, que no vayan acompañados de ninguna señal de orgullo, ni de un natural perverso; pero si se descubren estos vicios en alguna de sus acciones, es preciso corregírselos inmediatamente por los medios que hemos indicado.

Si de lo que acabo de decir se concluyese, que yo desaprobaba el que personas capaces de formar el exterior á los niños, les hiciesen tomar insensiblemente modales agradables, quando son todavía tiernos, sería no haber entendido mis ideas, y violentar todo su concepto. Es sin duda muy útil á los niños tener estas personas á su lado, casi desde que se les ponen andadores, y así censuro solo el método ordinario que se sigue en razon de este negocio. Si un niño, cuyo exterior se ha abandonado enteramente, viola algunas veces qualquiera de estas le-

yes de urbanidad, que están autorizadas por el uso, no dexa de reprehendérsele, mayormente en presencia de las personas que no son de la casa, llenándole de censuras, y dándole reglas sobre el modo de quitarse el sombrero, y hacer una cortesía, &c. Pretenden en esto las personas interesadas, no tener otro designio que el de corregir al niño, y realmente no lo hacen la mayor parte, si no para ocultar su propia vergüenza: hacen recaer todo el rigor de su censura sobre estas pobres criaturas, de miedo que los que están presentes no imputen á su negligencia y descuido todos los malos hábitos del niño. Pero de qualquiera manera, los niños no sacan utilidad alguna de todas estas reprehensiones: es preciso instruirlos de antemano en lo que deben hacer en ciertas ocasiones, y enseñarlos á practicar toda especie de urbanidades por acciones reiteradas, y no molestando sus oidos

con reprimendas y lecciones, para que hagan unas cosas á que no están acostumbrados, ó que no saben como hacerlas: porque además de que las reprimendas con que se les molesta en cada una de estas ocasiones, no les instruyen en modo alguno, solo sirven para mortificarlos inútilmente. Sería mejor dexarlos quietos y tranquilos, que no reñirlos por unas faltas, que verdaderamente no deben imputárseles, y que por último no son capaces de corregirlas todos los discursos. Si no teneis otros mejores medios para instruirlos acerca de este punto, hareis mejor en abandonar á una edad mas madura el cuidado de corregir sus modales groseros y pueriles, que no hacerles sufrir á cada paso censuras, que no sirven, ni pueden jamás servir para que adquieran otros mas agradables, y mas finos. Si los niños tienen el corazon bien dispuesto, y realmente penetrado de lo que se llama la po-

lítica, siempre que procureis educarlos en buenas compañías, el tiempo y la experiencia del mundo les hará perder conforme vayan siendo grandes, una gran parte de esta grosería, que aparece en su exterior por la falta de instruccion; mas si los abandonais á las malas compañías, todas las reglas, y correcciones imaginables no serán capaces de civilizarlos. Debeis tener por una verdad constante; *que por instrucciones, y maestros que pongais á vuestros hijos, nada tendrá tanta influencia sobre sus acciones, como las buenas compañías.* Los niños y aun los hombres, obran por imitacion regularmente: todas las cosas que nos cercan, hacen siempre alguna impresion sobre nosotros: no debe pues, parecernos extraño, que suceda esto mismo á los niños, á quienes siempre penetra mucho mas lo que ven, que lo que oyen.

Ya he hablado en otra ocasion del perjuicio que ocasionan los domésticos

á los niños, haciendo inútiles por sus lisonjas las reprehensiones de los padres, y disminuyendo su autoridad por este medio. Ved aquí un otro tambien muy peligroso, que tiene el mismo orígen, quiero decir, el de las impresiones que hacen sobre su espíritu los malos exemplos, que ven continuamente en la compañía de los domésticos. Es preciso evitar en lo posible, que tengan comercio alguno con ellos, porque el contagio de estos exemplos, igualmente contrarios á la virtud, que á la política, vicia extraordinariamente su espíritu. Aprenden de un criado disoluto vicios, palabras, (1) y

(1) Me ocurre con este motivo un hecho muy curioso de un Caballero Inglés, mas distinguido por su mérito, su ciencia y sus talentos, que por su nacimiento, apesar de que era de una de las casas mas ilustres del Reyno. Enfadada extraordinariamente una Princesa de *Orange* contra su camarera, y no hallando palabras con que

modales indecentes, que acaso hubieran ignorado toda su vida.

Es muy dificil prevenir totalmente este inconveniente. Seriais muy feliz sin duda, si nunca tuvieseis criados groseros y viciosos, de quienes vuestros hijos pudiesen aprender ningun mal hábito; pero por último, nada debe omitirse para evitar este golpe. Los niños deben estar, en quanto sea posible, al lado de sus padres, (1) y

expresar su enojo, se vió precisada á llamarla *puerca*, *plato sucio de estaño*. Si esta Princesa hubiera estado abandonada en sus primeros años á la compañia de los domésticos, sin duda hubiera hallado términos mas groseros y ofensivos, que los criados enseñan á los niños de las casas decentes, en que los abandonan a su compañia; porque este es el primer lenguaje que aprenden, y lo retienen de tal suerte, que quando son grandes, no está en su mano el olvidarle.

(1) Se puede ver en *Suetonio*, vida

al de aquellas personas, á quienes su educacion este encargada. Á esté efecto es preciso conducirse demanera, que

de *Augusto* cap. 64, y en la vida de *Caton* el censor compuesta por *Plutarco*, *quanto se creian obligados en Roma los padres, á tomarse por sí mismos el cuidado de la educacion de sus hijos.* Esta nota es de Mr. *Loke*, la única que ha insertado en esta obra: mas como habrá pocos lectores, que quieran interrumpir su lectura, para consultar los autores que ha citado, voy á copiar lo que estas citas contienen de mas considerable. En la de *Suetonio*, nos dice este autor: " que *Augusto* enseñaba á escribir y contar por sí mismo á su nieto, y á hacer otras cosas semejantes: que le hacia comer consigo á la mesa, y quando viajaba, le llevaba delante de sí en litera, ó á caballo á su lado.,, En la vida de *Caton*, nos dice *Plutarco*: "Que habiendo tenido un hijo este ilustre Romano, cuidó tanto de su educacion desde la cuna, que abandonaba todos los negocios, excepto los del

hallen placer en la compañía de sus ayos, permitiéndolos toda la libertad que convenga á sus pocos años, y

público, para hallarse en su casa á la hora, que su muger (que le criaba) tenia que vestirle, ó que lavarle. Quando llegó á la edad de la razon, y tuvo capacidad para aprender alguna cosa, le enseñó á escribir, y la gramática por sí mismo, á pesar de que tenia un esclavo hombre de bien y buen gramático, que habia enseñado á otros muchos. No quiso, segun él mismo dice, que su hijo viviese obligado á un esclavo por una cosa tan preciosa, ni que fuese reprehendido, ni castigado por un hombre de esta clase, quando faltase á sus debéres. Esta es la razon porque le enseñó por sí mismo la gramática, el derecho, y toda especie de exercicios necesarios á un militar, como lanzar el dardo, correr, montar á caballo, manejar la espada, combatir á puñadas, sufrir el calor y el frio, y atravesar á nado rios de una corriente rápida. Se dice además, que compuso historias, y las escribió en caractéres abultados, para que su hijo ántes

no incomodándolos con prohibiciones inútiles; porque si esta compañía les sirve de sujecion para sus enredos, no es estraño que se disgusten. Esto supuesto, es preciso no impedirles el que juegen y se diviertan como niños, y solo se debe prohibirlos que hagan daño: fuera de esto, todo les debe ser permitido. Últimamente, para mejor empeñarlos á que amen la compañía de sus padres, sería muy conveniente, que recibiesen de su mano todo lo que hubiese de dárseles con ánimo de complacerles, y que asimismo se impidiese, que los criados les hiciesen la corte, dándoles vino, fruta,

que entrase en el mundo, tuviese noticia de los hombres grandes de los siglos pasados, y de sus acciones, á fin de que se formase sobre estos modelos. Se guardaba, añade *Plutarco*, de decir palabras indecentes en presencia de su hijo, tánto y mas, que si hubiese estado en compañía de las vírgenes vestales.

licores fuertes, y otras bagatelas capaces de recrearlos, y hacerles amar sus conversaciones.

Conviene que los niños sean educados en casa de sus padres.

Habiendo ya hablado de la compañía que se debe dar á los niños, casi estoy tentado de dexar la pluma, pues que ésta hará mas impresion sobre su espíritu, que todas las reglas, todos los preceptos, y todas las instrucciones del mundo. Me parece que no hay necesidad de hacer un discurso largo sobre las demas precauciones que deben tomarse para educarlos, ni de tratar un asunto, sobre el que no se puede ya decir cosa alguna que no sea inútil. Pero me dereis "¿qué es lo que he de hacer pues de mi hijo? si le tengo siempre en casa, hay mucho riesgo de que se mezcle en todo, sin que yo pueda impedirlo: si le envio

fuera de ella : ¿por qué medio se ha de poder preservarle del contagio de los vicios, quando á cada paso verá malos exemplos consagrados en algun modo por el uso? En mi casa, acaso podrá conservarse en la inocencia; pero ignorará todas las entrigas del mundo. Estando siempre acostumbrado á ver unas personas mismas, y á no hallarse sino en pequeñas concurrencias, será tímido, ó afectado en sus modales, luego que empiece á tratar á otras gentes."

Confieso que hay inconvenientes de una parte y otra. Es cierto que si se educa á un niño fuera de la casa de sus padres, será mas desembarazado, y enredará mas libremente con los otros de su misma edad. La emulacion que reyna por otra parte, entre todos los camaradas de una escuela, le inspirará un ardor y una aplicacion al estudio, que sin esto serian totalmente desconocidos. Pero has-

ta que hayais encontrado un maestro, que sepa dar costumbres á sus discípulos, formarlos á la virtud, y enseñarlos una crianza fina, lo mismo que las lenguas sábias, no debeis aventurar la virtud, y la inocencia de vuestro hijo por un poco de griego y de latin: esta especie de franqueza y desembarazo que adquieren los niños entre sus compañeros, está mezclada ordinariamente con una cierta rusticidad y desvergûenza, que quando entran á tratar el mundo se ven precisados á olvidarlas, como unas sutilezas que no tienen nada, que no sea baxo, chocante, é indigno de un corazon bien formado, y á sostituir á estos modales otros enteramente diferentes, y mas propios de un hombre justo y virtuoso. Si se toma la molestia de considerar la oposicion diametral que existe entre el arte de vivir y manejar los negocios del mundo, y el atrevimiento, desvergüenza y mo-

dales insolentes, que se aprenden regularmente en las escuelas, se convendrá sin duda, que los defectos de una educacion doméstica valen mucho mas, que todas las instrucciones que pueden adquirirse en ellas: se preferirá seguramente preservar la modestia, y la inocencia de los hijos en su casa, como qualidades mas sublímes, que las que contribuyen á hacer á un hombre sabio y útil á su patria: no veo por otra parte, que la timidéz, y el retiro en que son educadas las niñas, las haga ser mugeres ménos sábias. La conversacion y el comercio con las gentes las hace adquirir bien pronto una afabilidad, y una franqueza honestas.

Siendo mucho mas dificil adquirir la virtud, que el conocimiento del mundo, sin duda se debe procurar empapar á los niños desde luego en ella, pues que si llegan una vez á

perder su gusto, con dificultad podrán reparar esta pérdida. Las faltas que se imputan, por otra parte, á la educacion doméstica, de cortedad é ignorancia del mundo, no son tampoco unas consecuencias precisas: y en el caso de que lo fuesen, no son males incurables. El vicio al contrario, siempre es un mal enteramente rebelde y peligroso. Si se debe preservar á los niños de una timidéz ó cortedad debil, que afemina muchas veces el corazon de los que han sido criados con demasiada delicadeza en casa de sus padres, es solo teniendo consideracion á la virtud, y por no exponer las costumbres de un novicio jóven, que tiene un temperamento docil, susceptible por lo mismo de toda clase de impresiones viciosas. Esto supuesto, para prevenir este grande inconveniente, ántes que un jóven salga de la casa de sus padres, para entrar en las manos de un preceptor, ó un ayo,

es preciso armarle de resolucion, y hacerle conocer los hombres, á fin de poner en seguridad su virtud, y evitar que contraiga un método de vida ruinoso, ó que caiga en un funesto precipicio. Se debe asimismo instruirle perfectamente de todos los peligros, que encontrará en el comercio de los hombres, para que pueda resistir mejor sus tentaciones. Si los niños no estuviesen tan expuestos á estos grandes riesgos, la timidéz y la ignorancia del mundo no les serían tan funestas, que fuese necesario prevenirlos de antemano. La conversacion sola sería suficiente para curarlos en gran parte; y si ésta no pudiese conseguirlo tan pronto, como se juzgase necesario, sería una razon mas poderosa, que probaria mejor la necesidad que hay de educarlos en casa de sus padres: pues que la razon única por que se les deben dar con tiempo todas estas instrucciones, es como he dicho, para

que sirvan á su virtud de asilo, quando se vean abandonados á su conducta propia en medio del grande teatro del mundo.

Respecto pues á que el principal fin con que se les deben dar estas instrucciones, es con el de conservarlos en la virtud mas firmemente, sería un absurdo sacrificar su inocencia en las escuelas en el centro de una multitud de muchachos, todos viciosos, y mal criados: si despues que estén ya pervertidos, llegan además á acompañar al vicio la confianza y la destreza para ocultar sus desarreglos, entónces será mucho mas segura su pérdida. Así pues, léjos de abandonar su educacion á las escuelas, debeis á la mayor brevedad hacerles olvidar quanto hayan aprendido de sus compañeros, ó contadlos enteramente por perdidos. Para que adquieran esta especie de desembarazo necesario en las conversaciones, no hay precision de que vayan á la escuela; basta que sean admitidos á su tiempo

á la de los hombres. La sumision, y la modestia les estarán mucho mejor hasta este tiempo, y les darán una disposicion mas apta para recibir las instrucciones. Esto supuesto, no debeis precipitaros demasiado para hacerles adquirir con anticipacion la franqueza. Lo que exîge mas tiempo, mas esmero, y mas cuidados es el sembrar en su alma principios de virtud, y hacérselos familiares por la práctica, inspirándolos todos los sentimientos, que una buena educacion produce naturalmente. Ved aquí á lo que es preciso dedicarse desde el principio, y de tal suerte, que éstas impresiones no puedan ser borradas facilmente. Este es un preservativo de que tienen una necesidad absoluta, porque si con la conversacion se aumentan su confianza y sus luces, se debe temer, que quando entren en el mundo, disminuya su virtud proporcionalmente: por lo mismo es absolutamente necesario empaparlos lo

primero en ella, y conducirse de manera, que su corazon sea penetrado vivamente.

Ya exâminarémos en otra parte los medios de hacerlos propios para las conversaciones, y de introducirlos en el grande mundo, quando tengan la edad suficiente para ello: sigamos ahora nuestro objeto. No comprehendo, como un niño metido entre una multitud de compañeros viciosos, donde no aprenden sino á disputar y hacer trampas en sus juegos, ha de poder adquirir disposicion alguna para conversar con unos modales atentos, ni manejarse despues en el mundo. No es facil adivinar lo bueno que podrán aprender entre una infinidad de niños de todas condiciones, de que abundan ordinariamente las escuelas, que sea capaz de llenar los fines que los padres se proponen, quando los destinan á educarse en ellas. Estoy muy seguro, por otra parte, que aquel que tenga facultades para poner á su

hijo un preceptor dentro de casa, conseguirá á lo ménos darle unos modales mas finos, inspirarle sentimientos mas nobles, y que tenga un mayor conocimiento para discernir lo que es justo y honesto. Al fin siempre habrá logrado llenarle el espíritu de ciencia, y le habrá formado hombre, ántes que lo hubiera conseguido verosimilmente, enviándole á ninguna escuela. No es mi ánimo injuriar á los Maestros de primeras letras. Sería mucha injusticia el quejarse de ellos. No es lo mismo cuidar de la enseñanza de dos ó tres niños en una sola casa, que tener á su cargo la de sesenta ú ochenta, que habitan lugares diversos. Por habil y cuidadoso que sea un maestro, no es posible, que tenga siempre á su vista cincuenta ó cien discípulos, sino el tiempo que estén juntos en la escuela: así pues, no se debe esperar que les instruya en otra cosa, que en leer perfectamente. La formacion de los mo-

dales y del espíritu de cada niño, pide un cuidado particular, y una atencion constante, que no puede verificarse en una multitud tan grande; y aun supuesto que este maestro tuviese el tiempo suficiente para estudiar, y corregir los defectos de cada uno particularmente, no produciria ningun fruto su trabajo, porque durante la parte mas preciosa de las veinte y quatro horas del dia, se veria precisado á abandonarlos á sí mismos, y al contagio del mal exemplo de sus camaradas, que tendria mas influencia sobre su espíritu, que todos los buenos consejos que pudiera darles.

Como los padres observan, que la fortuna favorece muchas veces á los que son atrevidos y entrigantes, miran con placer, que sus hijos principien desde luego á descubrir resolucion y despejo, y pronostican de aquí, que sabrán manejarse con acierto en el mundo, imaginándose que estas sagacidades que aprenden de sus compañeros

en la escuela, ó con que suelen engañarse múutuamente, son otros tantos pasos hácia la fortuna, y unos progresos sensibles para vivir con ventaja en el mundo. Pero me tomo la libertad de decir, que solas la virtud, y una buena educacion son los objetos, sobre que un padre puede establecer de una manera constante el fundamento de la fortuna de sus hijos. No son estas astucias, ni estos engaños que se aprenden en las escuelas, ni el trato incivil y grosero, que tienen entre sí los escolares, ni su destreza para robar las frutas de un jardin ó de una huerta, los que hacen á un hombre sabio, sino los principios de virtud, de generosidad, y moderacion unidos á un espíritu perfeccionado por la reflexion, y el amor al trabajo. Estas son unas qualidades, que en mi concepto, no aprenden los escolares los unos de los otros. Si un jóven que há sido educado en casa de sus padres, no sale mas instruido en

estas virtudes que hemos dicho, que lo que hubiera salido de una escuela, no puede decirse, que ha sido muy feliz el padre en la eleccion que hizo de poner un ayo á su hijo. Cotejad uno de los niños que representan el primer papel en las escuelas ordinarias, con otro de su misma edad, que haya sido educado como corresponde en casa de sus padres. Presentadlos á ambos en una concurrencia, y observad, quál de los dos tiene mas ayre de un hombre formado, y sabe hablar á una persona extraña con mas desembarazo, y mejor gracia. Advirtireis, sino me engaño, que el que ha sido educado en las escuelas, queda turbado al instante, ó manifiesta en su trato una especie de libertad y confianza, que le será muy poco honrosa. Ahora bien, si no puede hacer uso de esta confianza sino en una conversacion de niños ¿no será mejor que no la aprenda?

Si atendemos á las quejas generales

de los padres, llega hoy el vicio á su colmo con tanta rapidéz entre los jóvenes, que no es posible salvar de la corrupcion á un niño, si se le expone entre una multitud de muchachos, y abandona á la casualidad, ó á sus inclinaciones propias, el cuidado de elegirle camaradas en la escuela. Dexaré á otros que investiguen, por qué fatalidad el vicio ha hecho tantos progresos entre nosotros de poco tiempo á esta parte, y quiénes han sido los que le han elevado á este grado de autoridad, en que le vemos en el dia. Desearia, que los que tanto se quejan de la relaxacion de la piedad cristiana, de la virtud, y de la ignorancia tan comun en esta generacion entre las personas decentes, se tomasen la molestia de exâminar los medios de poner sobre un mejor pie la generacion siguiente en punto á todas estas cosas. Yo estoy muy seguro, que sino se principia la reforma por educar mejor á

los jóvenes, dándoles buenos principios, todo lo demas que se haga, ha de ser inutil. Si no se tiene cuidado de inspirarles desde el principio la inocencia, la sobriedad, y el amor al trabajo, será muy ridículo esperar, que los que se nos vayan presentando sucesivamente en el grande teatro del mundo, nos excedan en virtudes, en habilidad, y en conocimientos, por cuyo medio la Inglaterra ha logrado hasta aquí hacerse considerable en el orbe; iba á añadir, y en valor, aunque esta última qualidad haya sido mirada como la característica de nuestra Nacion; pero algunas acciones de un género desconocido á los antiguos, que han pasado en los mares hace poco tiempo (1), me dan motivo para decir, que la disolucion ha abatido todo el valor de los hombres, y que quando

(1) Mr. Loke escribió esto durante la guerra terminada por la paz de Ryswik en 1697.

la depravacion de las costumbres llega una vez á destruir el sentimiento del verdadero honor, es muy raro, que el primero subsista mucho tiempo. Creo que es imposible hallar ningun exemplo en nacion alguna, por famosa que haya sido, que haya conservado su crédito en las armas, ó se haya hecho formidable á sus vecinos, despues que la corrupcion se ha introducido y ha arrollado toda la disciplina, á un punto, que el vicio ha ganado el ascendiente, y se ha presentado atrevidamente á rostro firme y descubierto.

Es pues la virtud, la pura y simple virtud, el punto esencial y dificil que es preciso proponerse en la educacion. Se debe ésta enseñar á los niños ántes que otra cosa alguna, y no los modales insolentes, ni la habilidad de hacerse valer entre sus compañeros. Este es el verdadero, el sólido bien, que un preceptor debe hacer conocer á un jóven en todas sus conversaciones y

discursos, no cesando jamás de hacerle amar su belleza, y procurando enriquecer su alma con su conocimiento, hasta que le haya inspirado el gusto de manera, que haga consistir todo su placer y gloria en poseerlo.

Quantos mas progresos haga en la virtud un niño, tanta mas facilidad encontrará para instruirse en otra qualquier cosa. Aquel que una vez haya llegado á tener disposicion bastante para someterse á sus preceptos, no podrá rehusar obstinadamente el perfeccionarse en todo lo demas que le convenga. Esto supuesto, y que la virtud es el grande y principal objeto que debemos proponernos en una educacion bien reglada; supuesto igualmente, que la educacion doméstica es la que conduce mas directa y seguramente á este objeto, no puedo ménos de concluir diciendo, que se debe educar á los jóvenes en casa de sus padres, poniéndolos baxó la vista y direccion de un buen

ayo, siempre que esto pueda proporcionarse. Como las casas de los hombres poderosos admiten regularmente tanta variedad de compañías, educándose á los niños en ellas, se acostumbrarán á recibir visita de toda clase de gentes, y se empeñarán por este medio en la conversacion de las personas cultas y racionales, desde que tengan capacidad bastante. Por lo mismo, no alcanzo el motivo, por qué los que viven en el campo, no llevan á sus hijos consigo, quando van á hacer alguna visita de atencion, y cumplimiento á sus vecinos. Por último, es claro, que el padre que educa á sus hijos en su casa, teniéndolos mas á su lado, tienen tambien mas proporciones para poderlos instruir en lo que le parezca, y mas facilidad para separarlos del comercio con los domésticos; y el baxo pueblo, que si los enviase á las escuelas. Sin embargo, á los padres toca el determinar este negocio, segun las cir-

cunstancias en que se hallen; yo diré solamente, que en mi dictámen, es muy poco económico el padre, que no hace todos los esfuerzos posibles para dar una buena educacion á su hijo, respecto á que, sea de la condicion que quiera, es ésta sin contradiccion la mejor herencia, que podrá dexarle. Si á pesar de todo hay todavía gentes, que crean que los niños no tienen en casa de sus padres toda la compañía que necesitan, y que en las escuelas ordinarias no la tienen tal qual les conviene, me parece que entre estos dos extremos se podrá todavía encontrar un medio, capaz de prevenir los inconvenientes que se ofrecen de una parte y otra.

Habiendo ya manifestado lo mucho que contribuye el comercio con los hombres, para hacernos profundas impresiones; habiendo ya probado la inclinacion natural que tenemos todos, y particularmente los niños, á imitar lo que vemos en los otros, me tomaré

la libertad de hacer una advertencia á los padres: *que si quieren que sus hijos les respeten, y estén sometidos á sus órdenes; es preciso que respeten ellos mismos á sus hijos. Maxima debetur puero reverentia, dice un autor juicioso.* No se debe hacer en su presencia, lo que no se quiera que despues imiten. Con efecto, si executais inadvertidamente en su presencia alguna cosa, y pretendeis por otra parte, hacérsela mirar como una falta, no dexarán de cubrirse con vuestro exemplo, y se autorizarán con él de manera, que os será imposible corregirle. Si le castigais por haber executado lo que ha visto hacer á vosotros mismos, no mirará esta severidad como una señal de cariño, y del cuidado, que os habeis tomado en enmendarle sus defectos, sino como un efecto del genio duro é imperioso de un padre, que por una autoridad puramente arbitraria, y destituida de todo fundamento, quiere privar á su hijo de la

libertad y de los placéres, que goza él mismo. Si pretendeis hacer pasar esta libertad, que os habeis permitido en su presencia, por un privilegio que pertenece exclusivamente á los hombres, y de ninguna manera á los niños, no lograreis sino dar mayor fuerza á vuestro exemplo, y hacerle la accion mas recomendable, excitándole mas vivamente el deseo. Debeis siempre acordaros, que todos los muchachos anhelan por ser hombres, y que si apetecen con tanta ansia el vestirse de calzones no es porque les sean cómodos, ni porque estén bien ó mal cortados, sino porque el llevar calzones es en cierto modo principiar á ser ya hombres. Últimamente, todo lo que aquí he advertido acerca de la conducta que debe observar un padre con sus hijos, debe tambien entenderse con los que tengan alguna autoridad sobre ellos, y con todos aquellos que los padres mismos les manden mirar con respeto.

De las faltas por qué no se debe castigar á los niños, y de las que merecen castigo.

Volvamos al uso que debe hacerse de las recompensas y de los castigos. Pues que los niños, como hemos dicho, no deben ser castigados por sus travesuras leves, por sus modales poco regulares, y otras muchas cosas que la edad y el tiempo han de corregir indispensablemente, no será por consiguiente necesario pegarlos tan amenudo, como se hace ordinariamente. Si á esto añadimos, que tampoco debe castigárseles por las faltas que cometan en órden á las cosas que se les enseñe, como leér, escribir, baylar, las lenguas, latin y griego, &c. quedarán reducidos á muy pocos los motivos, por qué se deba acudir á los golpes. El verdadero medio de enseñarlos todas estas cosas, es inspirarles inclinacion y gusto á aquello mismo que se quiere

que aprendan. De esta suerte se les excitará su pequeña industria, y se les empeñará en hacer todos sus esfuerzos, á fin de executar con acierto lo que se les mande. Me parece que no ha de ser muy dificil la execucion de este proyecto, si se maneja, como se debe, á los niños, y se ponen en uso las recompensas y castigos, de que ántes hemos hablado, observando además para mejor instruirlos estas reglas.

Primera, que para que aprendan aquello, que se pretenda enseñarles, no se les proponga como una carga pesada, ó una tarea que deban acabar indispensablemente: todo lo que les sea propuesto baxo esta idea, les será molesto y desagradable. Aun quando ántes lo mirasen con placer ó indiferencia, desde aquel mismo instante empezará á serles odioso, y lo aborrecerán precisamente. Ordenad á un niño que juegue diariamente á la peonza durante un cierto tiempo, que tenga gana, ó no

la tenga: exigid esto del niño como un deber, al que haya de sacrificar ciertas horas del dia por la mañana y por la tarde, y vereis que pronto se cansa de este juego, así como de todo otro qualquiera á que se le impongan las mismas condiciones. Lo mismo sucede con los hombres: lo que ántes hacian por puro gusto y voluntariamente, lo miran como una carga, y lo aborrecen, desde que se ven precisados á executarlo como una obligacion, que deben cumplir necesariamente. Fórmese la idea que se quiera de los niños, lo que no tiene duda es, que desean, así como el mas orgulloso de los hombres, hacer ver que son libres, que obran por un movimiento propio, y que son independientes y absolutos.

Segunda, que no se les estreche á que hagan aquellas cosas á que se pretenda inclinarlos, sino quando hayan manifestado deseo de executarlas. Qualquiera que toma por diversion el bay-

le, la lectura, y otras cosas semejantes, se halla sin embargo muchas veces en tal disposicion, y de un humor tan desazonado, que ninguna de ellas le agrada absolutamente. Si en este tiempo se quiere violentarle, y se le obliga á que las execute por la fuerza, no se conseguirá sino molestarle y oprimirle inútilmente. Lo mismo sucede con los niños: es preciso observar cuidadosamente la alteracion de sus humores, y quando se les conozca dispuestos para aprender ciertas cosas, aprovecharse de las ocasiones favorables. Si esta disposicion no se presenta por sí misma tantas quantas veces se juzgue necesario, será preciso excitarla diestramente por algunos discursos preliminares. Ved aquí lo que no me parece muy dificil para un ayo prudente, que quiera estudiar el temperamento del niño que esté á su cargo, y tomarse la molestia de inspirarle algunas ideas propias, para mover su pasion hácia el objeto que

pretenda enseñarle. Este método ofrece dos ventajas: la primera, que no se incomodará á los niños demasiado: y la segunda, que se ganará mucho tiempo. No hay duda que quando se tiene el humor dispuesto para hacer una cierta cosa, se hacen tres veces mas progresos, que si se emplease doble tiempo y trabajo, estando el humor contrario. Si se tuviese consideracion á lo que hemos dicho, se podria tolerar á los niños que jugasen y enredasen, hasta que llegasen á cansarse, y les quedaria todavía tiempo suficiente para aprender todo lo que permitiesen su edad y sus alcances. Pero es este un punto que no entra, ni puede entrar apénas en el plan de una educacion ordinaria. Este plan y este método, que consisten en hacerlo todo por la fuerza, están fundados sobre principios muy diversos: como el objeto de los que lo siguen, no es la suavidad ni la dulzura, no quieren tomarse la moles-

tia de considerar el humor presente de los niños, ni de buscar los momentos favorables, en que su inclinacion pudiera despertarse. Pero tambien sería una cosa bien ridícula, esperar que un niño, á quien los golpes le han hecho tomar aversion á su tarea, dexase con placer sus diversiones para ir voluntariamente á ocuparse en ella; sin embargo, si se supiese manejarlos como corresponde, el tiempo que emplean en aprender aquellas cosas, que se pretende enseñarlos, serviria como de un descanso á sus juegos, así como sus juegos sirven ahora de descanso á las fatigas y al trabajo que tienen en aprender lo que se les manda. El trabajo es igual de ambos lados. Así pues, lo que les incomoda y desazona, no es el trabajo ni la molestia de estar ocupados; al contrario, siempre desean estar empleados en alguna cosa, y se complacen naturalmente en variar de ocupaciones. La sola diferencia que

se encuentra entre lo que se les manda, y lo que llaman diversion y juego, es que el primer trabajo es forzado, y el segundo voluntario: que se dedican á este último por un puro movimiento de su voluntad libre, y al primero son llevados por la fuerza y la violencia; y como su libertad no se acomoda á esta especie de yugo que se pretende imponerlos, se disgustan desde luego, y se entibian en el ardor, con que quizá se hubieran aplicado, si no se les hubiera oprimido y violentado. Mudad enteramente de conducta, y manejaos de tal suerte, que os rueguen para que les tomeis sus lecciones, así como ruegan á sus compañeros para que les enseñen este ó el otro juego, y contentos entónces de verse libres en esta accion, así como en todas las otras, se harán una diversion de sus lecciones, y se ocuparán con tanto placer en estudiarlas, como se ocupan en todos sus juegos y pasatiempos. Si una

vez llega á emplearse este método con algun acierto, se logrará hacer concebir á los niños vivos deseos de aprender aquello mismo, que se pretenda enseñarlos. Bien veo que lo mas dificil en toda una familia es conducir de esta manera al que esté mas adelantado; pero tambien si se logra con él buen suceso, hay mas facilidad para manejar despues á los otros, y conducirlos hácia el lado que se quiera.

Aunque, como hemos dicho, el tiempo mas oportuno para enseñar á los niños qualquier cosa, es aquel en que su humor no lo resiste, y tienen mejor disposicion para aplicarse, sin que ningun otro objeto les distraiga, hay sin embargo dos cosas que se deben observar exâctamente; primera, que si estas ocasiones en que pudieran aprender alguna cosa, no se presentan con toda la frecuencia que se juzgue necesaria, ó bien no se aprovechan siempre que se presenten favora-

bles, no por eso ha de mirarse con desprecio su adelantamiento, ni se les ha de dexar corromper en una ociosidad continua, que pueda serles habitual y funesta: segunda, que aunque el alma no se halle en estado de recibir nuevas ideas, ya por falta de disposicion, ó porque esté distraida con otro objeto, no por eso se ha dexar tampoco de enseñarle asimismo á renunciar con placer á las cosas que apetezca mas ardientemente, y á vencer su pereza para dedicarse con conato á lo que la razon, ó algunas personas sábias le propongan. Á este efecto será bueno intentar con los niños algunas veces la experiencia, haciéndolos que fixen toda su atencion sobre un objeto, quando tengan la imaginacion ocupada fuertemente en otra cosa. Si por este medio se consigue hacerlos dueños de las operaciones de su espíritu, y separarlos facilmente de los negocios en que estuviesen actualmente

ocupados, para aplicarse á otros qualesquiera que la ocasion ó las circunstancias exîjan, sin duda les será mas ventajoso, que saber latin, los epigráfes de la lógica, y la mayor parte de las cosas que se les enseña ordinariamente.

Como los niños son mas activos en su primera juventud, que en ningun otro tiempo de su vida, y miran con bastante indiferencia todo lo que pueden executar facilmente, sería para ellos una misma cosa el baylar ó saltar á la coscogita, si se procurase inclinarlos, ó apartarlos del uno ó del otro objeto, por motivos igualmente propios para producir uno de los dos efectos. Así pues, la razon única y principal que he podido descubrir, por qué se disgustan de aquellas cosas que pretendemos enseñarlos, es porque se les obliga por la autoridad y por la fuerza, y porque se les hace un objeto perpetuo de inquietudes y desazones

de tal forma, que no se aplican sino temblando, ó si se aplican voluntariamente, se les sujeta demasiado tiempo á este trabajo; circunstancias todas que despojan á los niños de esta libertad natural, á que tienen una pasion soberana, y que es la única causa de que encuentren placér en sus juegos ordinarios. Mudad solamente de conducta, y vereis como tambien mudan su aplicacion hácia el objeto que os parezca; mayormente si se hallan apoyados con el exemplo de algunas personas que estimen, ó que crean sus superiores. Si además se procura hacerles mirar lo que ven en otros hombres, como una consecuencia de ciertos privilegios destinados á una edad mas adelantada, ó á una condicion mas elevada que la suya; la ambicion y el deseo de ascender á una condicion mas alta, y de igualarse á los que miran superiores, les inspirará un cierto ardor para emprender la carrera que se les

proponga, que les hará seguirla con un vigor, y una satisfaccion tanto mas sensibles, quanto es su mismo deseo quien les ha empeñado en ella. Si se les permite usar de esta suerte de una libertad absoluta en todas las demas cosas, la sola posesion del objeto mas precioso servirá para entibiarlos en el ardor con que pudieran desearlo: junto todo esto al placér de ser estimados, y de adquirir reputacion y concepto, será muy suficiente para conducirlos á sus deberes, sin necesidad de excitarles por otros motivos violentos. Confieso, que para conseguirlo se necesita desde luego paciencia, mucha aplicacion, mucha suavidad, prudencia y destreza; pero sino hubiese necesidad de todos estos trabajos para educar bien á los niños, sería inutil ponerlos ningun ayo. Además de que en llegando una vez á familiarizarse su espíritu con este nuevo método (lo que no me parece muy dificil) se les podrá conducir

en adelante con mas facilidad á todo lo que se quiera, que si se les hubiera tratado de una manera mas dura é imperiosa. Estoy igualmente persuadido, que si los niños no tuviesen á la vista ningun mal exemplo que los pervirtiese, no se ofreceria absolutamente dificultad alguna para conseguirlo. El grande riesgo que debe temerse en estas ocasiones, está de parte de los domésticos, de otros niños mal criados, y de algunas personas insensatas y viciosas, que los corrompen por el mal exemplo, haciéndolos gustar placéres ilícitos., y alabándolos al mismo tiempo, porque se han entregado fácilmente á ellos. Dos cosas que jamás deberian reunirse.

Como para castigar á los niños no se debe acudir á los golpes, sino muy raras veces, me parece, que el hacerles frecuentes reprimendas, mayormente si van acompañadas de algun género de pasion, tiene consecuencias igualmente

funestas. Nada es mas propio para disminuir la autoridad de los padres, y el respeto que los hijos deben tenerles. Debeis estar entendidos en que los niños perciben prontamente la diferencia que hay entre la razon y la pasion, y que como no pueden respetar, sino lo que venga de parte de la primera, conciben inmediatamente cierto desprecio por todo lo que es un puro efecto de la segunda; y si les hace alguna impresion por el pronto, ésta se desvanece facilmente. Así pues, no debiendo tampoco ser reprehendidos, sino con motivo de las acciones viciosas, que se reducen á muy pequeño número en los primeros años, una sola seña ó mirada de los padres será suficiente para corregirlos quando obren malamente: y si alguna vez hay precision de servirse de palabras, es necesario hacerlo con un tono grave, dulce y moderado, haciéndolos ver lo que tiene la accion de indecente, y no riñéndo-

los agriamente por haberla cometido. En las reprehensiones coléricas, y apasionadas se escapan frecuentemente palabras malsonantes é injuriosas, que producen muy mal efecto en los niños, enseñándoles á usar el mismo lenguage, quando la ocasion se les presente; y no debe esperarse, que estando autorizados con tan buenos garantes para usar de estos títulos injuriosos, dexen de emplearlos sin la menor dificultad ni embarazo, quando se les ofrezca con otras personas.

Pero se me dirá acaso "¿cómo pues no quereis que se castigue á los niños por ninguna falta que cometan? Esto es lo mismo que dexarlos correr á rienda suelta en toda especie de desórdenes." Respondo, que con dificultad dexará de producir este método que he insinuado, los efectos que se apetecen, si se ha tenido cuidado en el principio de formarles el espíritu como corresponde, inspirándoles hácia sus padres el respe-

to, de que ántes hemos hablado; al paso que se ha observado constantemente, que los castigos corporales no son susceptibles de un uso muy frecuente, porque el efecto que producen, no permanece mas tiempo que lo que dura el recuerdo del dolor que han causado, y éste se pasa prontamente. Hay sin embargo un defecto, el único en mi concepto, por qué se deberia castigar á los niños: este es la obstinacion y la desobediencia voluntaria. Pero aun en este caso, si pudiera lograrse, quisiera yo, que la vergüenza que tuviesen los niños de haber sido castigados, mas que el dolor de los golpes, hiciese la mayor parte del castigo. La vergüenza de haber obrado mal, y haber merecido la pena, es el solo verdadero freno para contener á los hombres en el camino de la virtud. El dolor mismo de los azotes, sino va acompañado de esta clase de vergüenza, pasa prontamente, y llega á perder con el

uso aquel semblante espantoso, que era el orígen del miedo. He visto niños, á quienes se contenia en el respeto haciéndoles andar sin zapatos, lo mismo que á otros amenazándolos con el látigo. Algunas pequeñas puniciones de esta especie serian, en mi concepto, mucho mas eficaces que los golpes, porque si se quiere inspirarles sentimientos generosos, y dignos de un hombre honesto, se les debe hacer mas sensibles á la vergüenza de haber obrado mal, y al deshonor que acompaña siempre á la falta, que no al dolor que va unido al castigo. Mas para vencer la obstinacion, y la desobediencia voluntaria, es preciso valerse de la fuerza y de los golpes, porque no hay otro remedio. A este efecto conviene, que quando mandeis ó prohibais hacer alguna cosa á vuestro hijo, le obligueis á que obedezca prontamente sin dilacion, ni resistencia: porque si mandándole hacer alguna cosa rehusa obedeceros, y llega

por este medio á disputaros una vez el dominio, estad seguros, que vivireis toda la vida en su dependencia. Por lo mismo no debeis descuidaros en someterle á vuestra voluntad, y en tomar sobre él el ascendiente, aunque sea necesario usar de la mayor violencia para conseguirlo. Conozco á una señora muy prudente, y de un genio muy afable, que habiéndola traido una niña tierna de casa de la nodriza, se vió precisada á pegarla hasta ocho veces en el mismo dia en que vino, para vencer su obstinacion, y obligarla á executar una cierta cosa que la habia mandado, facil en sí misma, y absolutamente indiferente. Si esta madre prudente, léjos de haberla castigado ocho veces, se hubiera contentado con hacerlo solas siete, y la hubiera dexado salir con su empeño, sin duda la hubiera viciado para siempre, y castigándola sin fruto, no hubiera logrado, sino confirmarla en su genio tenaz y rebelde, aumentando mas

las dificultades para poder corregirla en adelante; pero habiendo continuado prudentemente en castigarla, hasta vencer su genio, y sujetar su voluntad rebelde (único fin de la correccion, y el castigo) estableció enteramente su autoridad desde este instante, y obtuvo para siempre una sumision y una obediencia prontas en todos sus preceptos. Quizá sería ésta la primera y última vez, que fué castigada esta niña.

La primera vez que haya necesidad de ocurrir á los golpes, es preciso continuar y aumentar el dolor de este castigo, hasta vencer enteramente la obstinacion del niño, sujetar su espíritu, y establecer la autoridad de los padres: despues deberán éstos conservarla, mezclando siempre con prudencia la gravedad y la dulzura.

Si se reflexionase sériamente sobre lo que hemos dicho, se guardaria mas moderacion en el uso del látigo y del palo, y no se mirarian los castigos

como un remedio universal y soberano, que se puede emplear utilmente en todas ocasiones, para corregir los defectos á los niños: lo que no tiene duda es, que si los castigos no producen bien alguno, son precisamente muy perjudiciales; y que sino hacen alguna impresion en el ánimo, y no sujetan la voluntad en algun modo, no sirven sino para endurecer al culpable en el delito. Qualquiera pena que se le imponga, no hará sino confirmarle en la obstinacion misma, pasion que aman los niños tiernamente, y en que quedando una vez victoriosos, los dispone para disputar, y aun esperar nuevos triunfos en lo sucesivo. Por lo mismo, estoy firmemente persuadido, que esta especie de correcciones indiscretas han hecho tenaces y obstinados á una multitud de niños, que sin ellas hubieran sido muy dóciles y sumisos. Si castigais una falta á vuestro hijo manifestando que no teneis

otro objeto en el castigo, que satisfaceros á vos mismo, ¿qué efecto os parece podrá producir esta conducta sobre su espíritu? Si la falta no estaba acompañada de ninguna señal de obstinacion ni porfia, no habia necesidad de haber acudido á los golpes: todo lo mas que pueden merecer estas faltas de fragilidad, inadvertencia ú olvido, es una reprehension moderada y grave, que sin duda será suficiente para corregirle; pero si se descubre malicia en la voluntad del niño; si se advierte, que su accion es el efecto de una desobediencia formal y determinada, no se debe entónces regular el castigo, por la mayor ó menor importancia de lo que ha sido el objeto considerado en sí mismo, sino por la oposicion al respeto, y á la sumision que debe tener un hijo á las órdenes de su padre; cuyo respeto y sumision es preciso exîgir siempre con todo el rigor posible. En este caso, los golpes que se le

den con intervalo, no deberán cesar hasta que hayan hecho impresion sobre su espíritu, y se vean en él señales de vergüenza, de arrepentimiento, y de una resolucion sincera de obedeceros.

Confieso que no es suficiente á este efecto, imponer ciertos deberes á los niños, y castigarlos inconsideradamente, sino cumplen con ellos, ó no cumplen segun nuestros deseos: pide este negocio mucha atencion y cuidado, y sobre todo observaciones muy exâctas: es preciso, ántes de hacer esta experiencia, estudiar escrupulosamente el temperamento de los niños, y pesar luego bien sus faltas. ¿Y no vale mas esto, que estar siempre con el látigo en la mano, como único medio para educarlos, y hacer inutil un remedio, que puede ser tan ventajoso en las necesidades extremas, por usarle á todas horas, y en todas ocasiones? ¿se puede esperar otra cosa, que hacerle enteramente inutil, si se le emplea in-

discretamente para castigar el mas leve descuido, ó la mas pequeña inadvertencia? Si por una falta en la sintaxis, ó por colocar mal en un verso una sílaba, se castiga igualmente á un niño, que por otra parte es dócil y arreglado, que á otro rebelde y perverso, por haber cometido un crimen voluntariamente, ¿cómo puede esperarse, que un tal modo de conducirse penetre y disponga á la virtud el alma? No obstante, este es un punto en que se debe trabajar con mucho esmero, porque una vez que haya llegado á allanarse, no se ofrecerá dificultad alguna para conseguir todo lo demas que puede desearse.

Se infiere de todo lo que hemos dicho, que quando no hay defectos que enmendar en la voluntad de los niños, no se debe hacer uso alguno de los golpes: y que todas las demas faltas, en que no se advierta mala disposicion de espíritu, ni un deseo de sacudir la

autoridad de los padres, no son sino unos leves descuidos. Estos descuidos conviene muchas veces fingir no haberlos visto, ó si se pretende corregirlos, es preciso hacerlo por dulces reprimendas, hasta que el frecuente desprecio de esta clase de demostraciones haya probado, que la falta tiene su orígen en el alma, y que la desobediencia proviene de una obstinacion manifiesta y voluntaria. En este caso, siempre que la obstinacion se presente á rostro descubierto, y que se haya asegurado, que es una verdadera obstinacion, y no otra cosa, no se debe despreciar, ni disimular en ningun modo, sino que es necesario reprimirla inmediatamente.

Si se debe evitar en quanto sea posible el castigar á los niños, particularmente por medio de los golpes, me parece que habrá muy pocas veces necesidad de acudir á este extremo. Si desde el principio se ha procurado ins-

pirarlos el miedo, y el respeto, como corresponde, una sola mirada en muchas ocasiones será suficiente para contenerlos en sus deberes. Finalmenie, seria un absurdo pretender, que los niños tuviesen la misma prudencia, gravedad, aplicacion y juicio, que un hombre ya hecho. Es preciso permitirlos, como he dicho, todos los juegos y entretenimientos pueriles, que son propios de sus pocos años, sin mezclarse en reprehenderlos. La imprudencia, la negligencia, y la alegría son el verdadero carácter de los niños, y no creo que se deba emplear la severidad, de que hemos hablado, para prohibirles intempestivamente esta especie de recreos. Aquí es necesario tener mucho cuidado, y no equivocarse, tomando por una obstinacion pura lo que quiza no sea sino un efecto natural de su edad, ó su temperamento. Quando caen en esta especie de distracciones, es necesario tomarlos por la mano, y llevarlos dul-

eemente, como á unas personas que están naturalmente enfermas; y aunque hayan sido diferentes veces advertidos acerca de estas faltas, no se debe tener cada recaida por un desprecio formal de los avisos, que se les han dado, ni se les ha de castigar desde luego, como si fuese un efecto de tenacidad y porfia; bien es verdad, que tampoco se han de despreciar enteramente las faltas de fragilidad, ni se las ha de dexar pasar inpunemente; pero á ménos que la voluntad haya tenido parte en el delito, no se debe exâgerarlo, ni reprehenderlos agriamente, ántes bien se les ha de corregir con dulzura; usando de una indulgencia proporcionada á la debilidad de sus años. Por este medio comprehenderán lo que hay de mas chocante en cada falta, y se enseñarán á enmendarlo poco á poco: y lo que es mas ventajoso, se animarán á conservarse con una intencion sincera y recta, viendo que esta sinceridad los pone á cubierto de las re-

primendas fuertes, y que por las demas faltas sus padres ó sus ayos no se irritan demasiado, llenándolos de reprehensiones ásperas, sino que procuran corregirlos suavemente, usando de condescendencia algunas veces. Apartad á vuestros hijos del vicio, y de los malos hábitos, y vereis como, segun su edad, y la compañía que frecuenten, se perfeccionan mas y mas diariamente en la conducta, que despues han de observar en el mundo. Vereis igualmente, como en proporcion que vayan adelantando en años, van tambien haciendo observaciones mas exâctas. Pero á fin de que vuestras palabras tengan siempre cierta autoridad sobre su espíritu, todas las veces que les mandeis abstenerse de algun pequeño juego, ó privarse de alguna bagatela, haceos obedecer prontamente, aunque la cosa sea en sí de poca consecuencia. No permitais que jamás os den la ley. Sin embargo no quisiera, segun he dicho

anteriormente, que un padre interpusiese su autoridad en ninguno de estos casos leves, á no ser que se tratase de un asunto que pudiera tener malas consecuencias, ó hacerle contraer algun mal hábito: Hay en mi dictámen todavía mejores medios, para hacerse dueños de su espíritu: si habeis procurado en el principio someterlos á vuestra voluntad, como es debido, mas facilmente les guiareis por lo comun hácia qualquiera lado que os parezca, por razonamientos expresados de una manera dulce, é insinuante.

Acaso se admirarán algunos de oirme decir, *que se debe razonar con los niños*; sin embargo, estoy tan penetrado de este sentimiento, que creo nos debemos hacer una obligacion de razonar con ellos. Los niños son capaces de conocer la razon, desde que entienden su lengua nativa: y si no me engaño, desean ser tratados como hombres racionales, ántes que lo que nos parece.

Es preciso entretenerlos en esta especie de presuncion y soberbia, en quanto sea posible, y servirse de ella como de un medio universal para conducirlos á todo lo que se quiera.

Mas quando digo que se deben usar las razones con los niños, hablo solo de aquellas que sean proporcionadas á su capacidad y alcance. Nadie ingnora, que no se puede razonar con un niño de tres ó siete años, lo mismo que con un hombre ya formado: los discursos largos, y los razonamientos filosoficos, léjos de instruirle en ningun modo, oprimirian, y confundirian su espiritu: asi, quando digo, que se debe obrar con los niños, como con unas criaturas racionales, quiero dar á entender, que quando se les reprehenda ó corrija por alguna falta, se debe hacer tratándolos de una manera dulce y moderada, de forma que conozcan, que lo que se les manda, no es por puro capricho, pasion, ni fantasía, sino porque es una

cosa justa en sí misma, y razonable, y termina en su propia ventaja (1). Esto es lo que no me parece dificil hacerles comprehender; pero para conseguirlo, es preciso elegir razones proporcionadas á su edad y discernimiento, y

(1) "Pues que la filosofia, *dice Montagne*, es la que nos instruye, y la infancia es capaz de sus lecciones, así como las demas edades ¿por qué no se nos han de dar estas lecciones?"

Udum molle lutum es, nunc nunc properandus, & acri fingendus sine fine rota.

"Se nos enseña á vivir, quando la vida es ya pasada. Tomad los simples discursos de la filosofia, sabed elegirlos y exâminarlos como corresponde, y vereis como son mas fáciles de concebir, que los cuentos de Bocacio. Hallará mas facilidad para entenderlos un niño, quando se le desteta, que para aprender á leér ni escribir, &c. La filosofia tiene discursos para la primera edad de los hombres, así como para la decrepitud." Ensayos de Montagne lib. 1. cap. 25.

proponérselas brevemente con términos muy sencillos. ¿Quántos hombres habrá ya formados, que no estando acostumbrados á extender su meditacion sobre las opiniones vulgares, no podrán comprehender facilmente, sobre qué fundamentos descansan ciertos deberes de la vida, y quál es el orígen de lo justo, y de lo injusto, de donde nacen estos deberes? Con mucha mas rázon los niños son incapaces de concebir los razonamientos, que vengan de un orígen muy remoto, y de penetrar la fuerza de un argumento que dependa de una discusion larga. Para que puedan hacerles impresion en algun modo las razones, deben estar á la capacidad de su entendimiento, y ser tan comunes y sensibles, que puedan, digamoslo así, tocarse con el dedo. Si se tiene consideracion á su edad, á sus inclinaciones, y á su temperamento, no faltarán jamás motivos, ni exemplos que puedan hacerles impresion sobre el epíritu;

pero si por casualidad no se encuentra alguno, que en particular sea capaz de producir este efecto, ved aquí los que serán siempre perceptibles, y podrán apartarlos de todas aquellas faltas, que sea necesario reprehenderlos, para que se enmienden: se procurará persuadirlos, *que si cometen tales ó tales defectos, se cubrirán á sí mismos de confusion, y afrenta, y se verán despreciados de todo el mundo, é incurrirán en la desgracia de sus mismos padres.*

Mas de todos los medios que pueden emplearse para instruirlos, y formarles las costumbres, no hay ninguno mas sencillo, mas eficaz, ni mas facil, (1)

(1) El padre de *Montagne* se sirvió con suceso de este método, para educar á su hijo. El mismo *Horacio* nos lo dice tambien en la Satira 4 del 1 lib. entrando á hacer sobre esto un detalle muy agradable, é instructivo. Es este un párrafo, que jamás podra ser leido demasiado por los que se

que ponerles á la vista exemplos de aquellas mismas cosas, que se pretende que practiquen. Quando por el trato y comercio que tienen con las gentes, están en disposicion de exâminar estos exemplos, y hacer reflexîones sobre lo que contienen de util ó de inutil, es este un método capaz de moverlos, mas que todos los discursos, que se les pudiera hacer con el mismo objeto. Por penetrantes que puedan ser las palabras, jamás son propias para dar á los niños una idea tan perfecta de la virtud y del vicio, como las acciones de los otros hombres, con tal que se haya procurado dirigir hácia esta misma accion su espíritu, y se les haya encargado que exâminen tales, y tales qualidades, que suelen presentarse en la práctica. Lo mismo sucede con los modales. El exemplo de otra persona hace

dedican á educar niños. Deberian saberlo de memoria, y tenerlo siempre presente.

conocerá un niño la decencia, ó indecencia de las acciones, mejor que todos los avisos y lecciones que pudieran dárseles.

No solamente este método debe practicarse durante el tiempo que sean jóvenes los niños, sino todo aquel en que vivan sujetos á la direccion y conducta de otro hombre: y creo, que este es sin duda el mejor medio, que puede emplear un padre para corregir qualquiera falta á sus hijos, respecto á que nada, como el exemplo, es capaz de hacer tan profundas impresiones en el espíritu de los hombres. Aun los mismos defectos que no se advierten en sí mismos, ó que si se advierten, se procura disculparlos, no pueden ménos de desaprobarse, y censurarse, si se descubren en otra persona qualquiera.

Habiendo dicho, que hay ciertas ocasiones en que se debe castigar á los niños, se me puede preguntar, *quáles son estas ocasiones, y por quién deben ser castigados, quando haya necesidad de*

acudir á este extremo: si se les debe castigar inmediatamente que han cometido la falta, y si lo deben hacer los padres por sí mismos. En quanto al primer artículo, me parece, que no debe castigárseles en el momento mismo en que hayan cometido la falta, ya para que la pasion no tenga parte alguna en el castigo, y ya para que este castigo no pierda su autoridad, llevándolo al exceso, y pasando de los justos límites: los niños tienen capacidad bastante para conocer, que obramos con pasion en el castigo, y como acabo de decir, les hace doble impresion lo que proviene pura y simplemente de la razon. En quanto al segundo, si teneis algun sábio doméstico, que sea capaz de gobernar á vuestro hijo, y que tenga efectivamente alguna direccion sobre su conducta, (si le teneis puesto ayo, no hay dificultad alguna) soy de dictámen, que le encargueis la execucion del castigo, que hayais juzgado conveniente,

con tal que os halleis presente, y que la pena se haya mandado executar por órden vuestra: castigado el niño por una tercera mano, vuestra autoridad quedará siempre respetada, y la aversion que tome por la pena que ha sufrido, se dirigirá solo contra aquellos, que hayan sido los exeçutores inmediatos del castigo. Yo aconsejaria pues á los padres, que no pegasen, sino muy rara vez, á sus hijos, y que lo hiciesen solo en el caso de una necesidad extrema, y como último recurso, executándolo de una manera, que no pudiese olvidárseles facilmente.

Pero como el pegar á los niños, es como he dicho, uno de los peores medios, que pueden imaginarse para corregirlos, no se debe emplear por consiguiente el castigo, sino en los casos desesperados, y quando ya se hayan puesto en uso inutilmente todos los remedios dulces y moderados, que se hayan juzgado convenientes. Observando exâc-

tamente este método, habrá pocas veces necesidad de echar mano de los golpes, porque no es creible, que un niño se oponga muchas veces (por no decir siempre) á la execucion de las órdenes expresas de su padre, mayormente, si éste no se empeña en hacer valer su autoridad con un rigor excesivo, molestándole con reglas y prohibiciones continuas acerca de sus entretenimientos, ú otras acciones indiferentes, en que debe gozar de una libertad absoluta, ú oprimiéndole en punto á la aplicacion y progresos, que debe hacer en sus estudios, en los que es preciso no causarle tampoco violencia alguna. Si como he dicho, se observa regularmente esta máxima, no resta, sino prohibirle algunas acciones viciosas en sí mismas, respecto de las quales puede ser culpable de obstinacion, y merecer castigo. Manejándose de esta suerte, todo aquel que aspire á dar á su hijo una educacacion tal qual

corresponde, rara vez tendrá necesidad de acudir á los golpes. Todos los delitos, de que son capaces los niños en los siete primeros años de su vida, están reducidos á las mentiras, y algunos pequeños rasgos de malicia: y por todos ellos, á no ser que reincidan muchas veces, y manifiesten una obstinacion que no deba tolerarse, no conviene castigarlos. Si teniendo alguna inclinacion viciosa, se les reprehende inmediatamente que se percibe; si se usa de mayor severidad, reincidiendo segunda vez en ella; si á su consecuencia se le trata de la manera que corresponde al estado de desprecio, á que se ha reducido por su falta, segun hemos advertido; si se continúa manejándose con él de esta suerte, hasta que se haya hecho sensible á este tratamiento, y haya concebido vergüenza por su falta, me parece, que no será necesario servirse de otra correccion ninguna, y que por consiguiente no se presentará tam-

poco ocasion, en que sea preciso hacer uso de los golpes. Lo que obliga comunmente á recurrir á esta especie de castigos, son las consecuencias funestas de la indulgencia que se ha usado con ellos en el principio, y el poco cuidado que se ha tenido de enmendarlos sus defectos. Si desde los primeros tiempos se observasen sus malas inclinaciones, y se cuidase corregirlos por las vias dulces y moderadas; pocas veces sería necesario combatir de una vez mas que un solo vicio, y sería facil reprimirlos sin violencia, y sin necesidad de ocurrir á los castigos corporales. Atacando de esta suerte los defectos uno á uno, segun se vayan presentando, se podrá desarraigarlos enteramente á todos, sin que quede ninguna señal, ni vestigio; pero quando por una complacencia debil, ó una negligencia culpable, hemos dexado crecer, y aumentar sus defectos; quando su deformidad ha llegado á un punto, que nos llena de confusion y

sentimiento, entónces nos vemos obligados á emplear los medios mas violentos para destruirlos, y sucede confrecuencia, que toda la fuerza, toda la destreza y diligencia imaginables, no son suficientes apénas, para limpiar este plantél de las malas yerbas que renacen por todas partes, ni para darnos esperanza de coger el fruto en la sazon que corresponde, en recompensa de nuestros cuidados.

Si los padres pusiesen en execucion el método que acabo de encargarlos, se excusarian la molestia de tener que mortificar á sus hijos con órdenes y preceptos, para que hiciesen esta ó la otra cosa, é igualmente evitarian á éstos la pena de verse continuamente afligidos. Yo sería de dictamen, que no se les prohibiese absolutamente ninguna de estas acciones, que pueden hacerles contraer malos hábitos, hasta que las hubiesen realmente executado. Todas estas prohibiciones, que se les hacen

anticipadamente acerca de tales ó tales defectos, quando no causen otros mayores daños, sirven al ménos para instruirlos en ciertos vicios, que convendria hubiesen ignorado siempre, y los autorizan para abandonarse á ellos, en quanto suponen, que los niños son capaces de cometerlos. El mejor medio de reprimirlos, como he dicho, es el de aparentar una grande admiracion y sorpresa á la vista de qualquiera de estas faltas, que puedan hacerles contraer algun mal hábito, al punto que se advierta, que han incurrido en ella. Por exemplo, si mienten, ó executan alguna otra accion indecente, es preciso hablar con admiracion desde luego, como de una accion extraordinaria y monstruosa, que no se hubiera creido, que jamás hubieran sido capaces de cometer, á fin de inspirarles por este medio la vergüenza.

Mas veo, que se me hará sobre esto una objeccion aparente: *y es, que por*

mas que pondere el genio dócil y tratable de los niños, y la influencia que tienen sobre su espíritu la vergüenza y los elogios, hay sin embargo algunos, que no se dedicarian jamás á sus estudios, ni á otra cosa alguna, si no se usase con ellos del castigo. Conozco desde luego, que esta objeccion no puede nacer sino de los colegios, y de una costumbre inveterada, que no ha permitido se haya hecho la experiencia con los niños, usando de suavidad y dulzura en las ocasiones en que se ha podido usarla: porque de otra forma ¿qué necesidad puede haber de acudir al látigo y al palo, para enseñarlos el latin y el griego, quando el francés y el italiano se les enseña sin necesidad de su socorro? ¿no aprenden tambien á baylar, y á hacer otras muchas cosas, sin que haya precision de darlos golpes? ¿No se aplican igualmente, y con bastante esmero, á la aritmética, á la pintura, &c. sin que para obligarlos sea necesario

recurrir al látigo? Esto prueba muy bien, que en la gramática de las escuelas, ó en el método con que se enseña, hay alguna cosa extraña contraria á la naturaleza, y poco conveniente á la edad de los niños, pues que no parece posible, que siendo uno mismo el trabajo, se hayan de dedicar voluntariamente al francés, y al italiano, y hayan de ser necesarios los golpes para enseñarlos el latin y el griego: ó bien es preciso confesar, que se comete un error en los colegios, creyendo que no se pueden enseñar las lenguas á los niños, sin usar de la violencia y del castigo.

Pero supongamos que hay niños tan perezosos y negligentes, que con efecto no se les puede hacer aprender cosa alguna por medio de la suavidad y la dulzura, (es preciso convenir, que se encuentran de toda especie de caractéres) de aquí no se seguirá sin embargo, que con todos se deba usar de los

castigos ásperos, ni que se les haya de tratar generalmente de una manera violenta. Al contrario, no se ha de suponer á ningun niño incapaz de ser gobernado por la moderacion y la dulzura, hasta que habiendo practicado exâctamente con él este método, se haya visto, que es poco eficaz, ó enteramente inutil: entónces, convencidos de que este tratamiento no es suficiente para obligarle á hacer todo lo que puede, no se deben alegar mas razones en favor de estos espíritus rebeldes, sino que inmediatamente se ha de acudir á los golpes. No hay otro remedio; pero se debe aplicarle de otra manera muy diversa, que lo que se acostumbra ordinariamente. Si por exemplo, un niño resiste estudiar su leccion por una omision voluntaria, ó rehusa obstinadamente executar alguna cosa, que está en su mano, y su padre expresamente le ha mandado, no se debe contentar con darle dos ó tres buenos azotes

porque no ha cumplido su tarea, ni con imponerle en lo sucesivo igual pena, siempre que cometa la misma falta; sino que habiendo llegado la obstinacion á un tal punto, que no pueda ser reprimida por otro medio, que por el de la violencia, se le debe castigar de una manera mas tranquila, pero mas severa, y continuar azotándole, acompañando algunas exhortaciones á los golpes, hasta que en su semblante, en su voz, y en su postura sumisa se reconozca, que la impresion que ha hecho en su espíritu el castigo, proviene de un verdadero arrepentimiento de la falta, y no del dolor físico, que ha sentido. Si un tal castigo aplicado por intervalos, y llevado en algunas ocasiones al mas alto grado de severidad, de que se pueda usar razonablemente, y acompañado al mismo tiempo de algunas señales visibles del sentimiento, que cuesta á un padre, tener que valerse de estos

medios violentos para corregirle, no produce efecto alguno sobre el espíritu del niño; sino muda sus inclinaciones, y le reduce á executar en adelante prontamente lo que se le mande, ¿qué fruto podrá esperarse de los castigos corporales, y con qué designio se podrá usar de ellos por mas tiempo? El pegar, quando por otra parte no se puede esperar fruto alguno de los golpes, es ántes obrar como un enemigo trasportado de furor y cólera, que como un amigo tierno, lleno de bondad y cariño. El castigo en este caso no sirve, sino para irritar mas al culpable, sin inspirarle ningun deseo de enmendarse en sus defectos. Si un padre pues tiene la desgracia de tener un hijo de una índole tan perversa é intratable, no alcanzo, que pueda hacer con él otra cosa, que rogar á Dios que le mejore. Sin embargo, me parece, que si desde luego se procurase sujetar el espíritu de los niños, como corresponde, habria

muy pocos, que tuviesen un natural tan indocil; y finalmente, que los haya, ó no los haya tales, nunca se debe regular por ellos el método de educar á los que tienen un genío mas docil, y que se pueden dominar tratándolos dulcemente.

Si se pudiese encontrar un preceptor, que supliendo el lugar de un padre, se encargase de sus cuidados, y que conociendo la importancia de las cosas que hemos dicho, se dedicase desde luego á ponerlas escrupulosamente en práctica, hallaria pocas dificultades para manejar despues al niño, y tendriais en poco tiempo, sino me engaño, el gusto de ver, que vuestro hijo habia hecho mas progresos en las costumbres y en las ciencias, que acaso podiais imaginâros; pero no permitais, que este preceptor pegue jamás al niño sin vuestra direccion y consentimiento; á lo ménos hasta que la experiencia os haya hecho conocer su moderacion y prudencia. Sin embargo,

á fin de que conserve íntegra la autoridad que debe tener sobre vuestro hijo, no solo no debeis darle á entender en su presencia, que no tiene facultades para pegarle, sino que debeis tratarle con mucho respeto, y obligar á toda la familia, á que execute igualmente lo mismo. No debeis esperar, que vuestro hijo tenga respeto alguno á un hombre que ve despreciado en la familia, ya por vos mismo, ó por su madre, ó por alguna otra persona de la casa. Si le creeis digno de desprecio, habeis hecho una eleccion mala, y por poco que manifesteis despreciarle, con dificultad podrá él evitar que el niño le trate de la misma suerte: desde entónces todo su mérito, y las buenas qualidades con que esté adornado, son enteramente perdidas para vuestro hijo, sinque pueda serle util para nada en adelante.

Así como el padre debe instruir con su exemplo al hijo, para que mire con

respeto á su ayo, así tambien éste debe enseñarle con su exemplo todas aquellas cosas, que quiera obligarle que execute. Debe tener mucho cuidado de no contradecir con su conducta sus preceptos, si no quiere perder enteramente á su discípulo. En vano le hablará de la necesidad de vencer y sujetar las pasiones, si á su presencia se dexa arrastrar de aquellas que mas le dominen: en vano intentará corregirle los vicios ó acciones indecentes, que por otra parte se permite á sí mismo. En una palabra, debe estar muy seguro, que su discípulo imitará mejor el mal exemplo, que seguirá las buenas reglas y preceptos. Esta es la razon, por que el que se encarga de la educacion de un niño, debe aplicarse con un particular esmero á apartarle del contagio de todo mal exemplo, mayormente del de los domésticos, que es el mas peligroso; de cuya compañía es preciso separarle, no

por prohibiciones derectas, porque no servirian sino para que la buscase mas ardientemente, sino por los otros medios, de que hace poco tiempo hemos hablado.

De la necesidad que hay de poner un ayo á los niños, y de las qualidades con que debe estar adornado.

De todo lo que pertenece á la educacion de los niños, no hay una cosa de que ménos se cuide ordinariamente, ni que sea de un exâmen mas dificil, que lo que voy á deciros: desde el punto en que principian á articular los niños, se deberia poner á su lado una persona sábia, prudente, y moderada, que cuidase de darlos buenas impresiones, y preservarlos de todos los vicios, con especialidad del contagio de las malas compañias. Estoy creido, que este es un ministerio que pide mucha prudencia, mucha sobrie-

dad, afabilidad y discernimiento, qualidades todas, que rara vez se hallan reunidas en un solo sujeto; mucho menos en aquellos, que pueden encontrarse por un premio tan corto, como el que se suele dar á los ayos. Á pesar de todo me parece, que no hay un dinero mejor gastado con los niños, que el que se emplea con este objeto: y si por casualidad se gasta mas de aquello que se tiene de costumbre, nunca debe pareceros este gasto demasiado. Un padre que no omite medio alguno para formar el corazon de su hijo, penetrándole de buenos sentimientos, inclinándole á todas las cosas útiles y virtuosas, y empapándole al mismo tiempo el espíritu en lo que se llama verdadera urbanidad y política, le asegura una posesion mucho mas rica, que si añadiese nuevas tierras al fondo ó caudal, que hubiese destinado para dexarle en herencia. Economizad quanto os agrade en punto á dixes, juguetes, telas

de seda, cintas, encaxes, y otros gastos inútiles, pero prodigazlo todo, si es necesario, quando se trate de una cosa tan importante como ésta. No podeis hacer una cosa peor, que aplicaros á dexarle una grande fortuna, y despreciar enteramente el enriquecerle el alma con buenas qualidades. Me ha admirado siempre el ver algunas gentes, que ponen su mayor conato en hacer unos gastos excesivos con sus hijos, haciéndolos vestidos suntuosos, dándolos habitaciones magníficas, poniéndolos una mesa explendida, y destinando á su servicio una porcion inutil de criados, y que se olvidan por otra parte enteramente, de cultivarles el espíritu, y cubrirles la desnudéz mas vergonzosa, como es la de sus defectos naturales, la de sus inclinaciones desarregladas, y la de su profunda ignorancia. No puedo ménos de persuadirme, que esta clase de personas lo sacrifican todo á su vanidad propia

pues que una tal conducta es ántes una prueba de su soberbia y orgullo, que del sincero deseo de hacer bien á sus hijos. ¿Quereis hacer ver, que amais con un verdadero cariño á vuestros hijos? no omitais medio alguno para perfeccionar su corazon y su espíritu. Aunque de esta suerte disminuyais en algun modo la herencia que habeis pensado dexarles, estad seguros de que no podeis darles mejor prueba de vuestro afecto. Un hombre que tiene habilidad y virtudes, siempre es mirado como una persona felíz y considerable, ó al ménos, nunca dexa de serlo real y efectivamente; pero un hombre necio, y sin virtudes, por bienes que haya heredado de sus padres, jamás puede ser estimado de los demas hombres, ni ser felíz en sí mismo. Con efecto, ¿no quisierais mejor, que vuestro hijo no tuviese sino quinientas libras de renta, y se pareciese á ciertas personas que existen en el mun-

do, que no que tuviese cinco mil, y se pareciese á otras, de que ya teneis noticia?

La consideracion de los gastos que se deben hacer para poner un ayo á los niños, no debe pues desanimar á los que puedan sostenerlos. La dificultad consiste en hallar una persona capaz de desempeñar bien este encargo, porque las gentes jóvenes, las de un mérito, y una virtud mediana no son nada propias para el efecto, y las que tienen qualidades mas excelentes, no quieren encargarse de este ministerio. He aquí la razon, porque para encontrarla se deben hacer desde el principio muchas diligencias por todas partes, porque al fin nunca faltan de toda clase de gentes en el mundo. Me acuerdo con este motivo de lo que refiere *Montagne* en sus ensayos: (1) dice, que el sabio

(1) No se encuentra en los ensayos de *Montagne*, que *Castalion* se hubiese visto re-

Castalion se vió precisado en Basilea á hacer tajos de picar carne, para no morirse de hambre. Que su padre hubiera dado una cantidad considerable, por haber hallado para su hijo un ayo semejante, y que el mismo *Castalion* hubiera admitido esta ocupacion gustoso, baxo unas condiciones regulares.

ducido á hacer tajos en Basilea. Sin duda *Mr. Loke* lo habia leido en algun otro libro. *Montagne* dice solamente, que dos personages muy excelentes en sabiduria, murieron en su tiempo, sin tener, ni aun lo necesario para mantenerse, á saber: *Lilio Gregorio Giraldo* en Italia, y *Sebastian Castalion* en Alemania; y creo, *añade*, que hubiera habido mil hombres, que si lo hubieran sabido, los hubieran llamado con unas condiciones muy ventajosas, ó los hubieran socorrido en el lugar mismo donde se hallaban. Acerca de este punto insinúa *Montagne* con bastante claridad, que él mismo hubiera sido capaz de esta generosidad. *Ensay. de Montagne lib.* 1. *cap.* 34.

Aunque os cueste algun trabajo el hallar un preceptor, tal qual yo le he figurado, no por esto debeis desanimaros. Todo lo que en órden á este punto puedo aconsejaros, es que no omitais medio alguno, ni economiceis en ninguna manera el dinero, para poder hallarlo, porque todas las cosas de este mundo se adquieren á este precio: aun desde ahora me atrevo á aseguraros, que si llegais por casualidad á encontrarlo, léjos de sentir haber gastado el dinero, habeis de tener una grande complacencia, en pensar lo bien que lo habeis empleado; pero llevad siempre por máxima, el no recibir á ninguno, de que os hayan hablado los amigos, ni por caridad, ni porque traiga recomendaciones. No debeis tampoco determinaros á admitirlo, porque tenga la reputacion de ser sobrio (1) é ins-

(1) En Inglaterra se reputa esta qualidad por muy excelente: quando se quiere dar

truido, cuyas dos qualidades son todo lo que se pide en un ayo. En una palabra, para elegir uno á vuestro hijo, debeis proceder con igual cautela, que si se tratase de elegirle una muger; porque jamás debeis tomar ninguno con ánimo de despedirlo, y recibir un otro, sino estais satisfecho: esto os sería siempre muy incómodo, y mucho mas á vuestro hijo. Quando pienso en las dificultades, que se ofrecerán á vuestro espíritu, y en las dudas en que os he puesto, por las precauciones que os he encargado para la eleccion de un ayo, me acuerdo, que todo quanto os he dicho, no se dirige á obligaros á ponerlo en práctica, sino solo á proponéroslo simplemente: porque en considerando, quan diferente es la ocupacion de un ayo inteligente, de la idea que

una idea considerable del carácter de un hombre biennacido, se numera ésta entre sus buenas qualidades.

se tiene formada de ella generalmente, y quan pocas son las personas que se hallan capaces de desempeñarla en el infinito número de los que se dedican á este ministerio, es preciso convenir, en que no se encuentran en todas partes gentes propias para formar el espíritu á un niño decente, y en que para elegir un preceptor sabio é instruido, se debe poner mas cuidado, que el que se pone ordinariamente, si no se quieren perder todas las ventajas, que se esperan coger de una eleccion tan importante.

Las qualidades que todos buscan en un ayo, son como he dicho, que sea sobrio y sabio. Hablando generalmente, se cree, que esto es suficiente, y por lo comun no cuidan los padres de otra cosa; pero pregunto ¿despues que un tal hombre haya llenado á su discípulo la cabeza de todo el latin, y toda la lógica, que haya aprendido en la universidad él mismo, será por esto mas perfecto su discípulo? ó por

mejor decir, ¿se podrá esperar, que tenga mas política, y mas conocimiento del mundo, y que esté mas instruido en los verdaderos fundamentos de la virtud, y de la generosidad que su maestro joven?

Para que un niño biennacido salga perfectamente instruido en la política, es preciso que su ayo sea igualmente político, que conozca bien el mundo, que sepa en toda su extension las reglas de la buena crianza, con relacion á los tiempos, á los lugares, y á las personas, y que obligue á su discípulo á observarlas constantemente, en quanto su edad lo permita. Este es un arte, que no se aprende, ni se enseña por los libros; las buenas compañías, y sérias reflexîones sobre las cosas que suceden, pueden solo proporcionar su conocimiento. Un sastre que sepa vestir á la moda, y un maestro de bayle, que sepa dar gracia á los movimientos del cuerpo, pueden sin duda alguna dar

al exterior un cierto realce, pero nunca podrán afinarlo: no se debe tampoco esperar este efecto de la ciencia, porque sino se sabe hacer uso de ella, no servirá sino para hacerlo mas incómodo y molesto en las conversaciones. Solo la política y los buenos modales darán lustre á las otras buenas qualidades, y las harán útiles, ganando el afecto y estimacion de todos los que se traten; pero si la política falta, todas las demas perfecciones no servirán, sino para hacerle mirar como un hombre vano, soberbio, orgulloso y molesto.

Con efecto, el valor en un hombre mal criado, se tiene por brutalidad, como lo es realmente. La ciencia se tiene por pedantería: las agudezas de ingenio por puras bufonadas: la ingenuidad y el candór por rusticidad: el buen natural por una lisonja baxa: en una palabra, no hay buena qualidad alguna, á quien la falta de crianza no desfigure enteramente. La virtud misma, y los

talentos mas extraordinarios, á quienes no se pueden rehusar los elogios, que les son debidos, no son suficientes para que sea bien recibido un hombre, por otra parte falto de política. Un diamante en bruto no puede servir nunca para adorno: es preciso pulirle, y darle forma para poderlo usar con lucimiento. Lo mismo sucede con las buenas qualidades del alma: éstas son sin contradiccion sus verdaderas riquezas, pero la política solo las da brillantez y lustre: y qualquiera que pretenda ser bien recibido, y no hacerse molesto, necesita unir á un mérito sólido modales agradables. No basta executar acciones útiles, y buenas en sí mismas, sino que es preciso además adornarlas con un cierto ayre atractivo y gracioso, sin el que no es posible que agraden. Casi siempre es de una mayor consecuencia el modo de executar las cosas, que la cosa misma que se hace, la qual agrada ó desagrada, segun que el

modo de hacerla es agradable ó desagradable; pero como estos modos no consisten en quitarse con gracia el sombrero, ni en hacer una cortesía bien hecha, sino en una cierta libertad honesta de pronunciar sus discursos, y reglar sus miradas, acciones, movimientos, postura, &c. segun las personas con quien se trate, y las ocasiones en que se halle, es claro, que esta especie de política no puede adquirirse sino por el hábito, y con el comercio del mundo, y que está por consiguiente sobre la capacidad, y el alcance de los niños, á quienes nunca conviene dar lecciones impertinentes, con que se verian embarazados, siendo demasiado tiernos. Es necesario que principien á formarse, miéntras que estén baxo la direccion y conducta de sus ayos, y ántes que entren á gobernarse por sí mismos en el mundo, porque es en vano querer despues dedicarse á reformar las indecencias ha-

bituales. Para que nuestras acciones y modales puedan agradar á las gentes, y ganar sus corazones, es preciso que sean totalmente naturales, y que á la manera que los dedos de un músico hábil, guarden siempre un órden armonioso, sin que se advierta en ellos la menor violencia, ni aplicacion de espíritu. Con efecto, un hombre que en la conversacion se esté observando continuamente, para no faltar en cosa alguna á la política, léjos de ocultar por este medio lo que haya de chocante en sus modales, no logrará sino darles un ayre forzado y violento, con que los hará parecer mas desagradables. Otra razon porque los ayos deben cuidar de formar los modales á los niños en los primeros años, es porque quando somos grandes, no se nos advierten generalmente los errores de política, y en el caso de que se nos adviertan, siempre somos los últimos á quienes se dicen, porque la crí-

tica suele hacerse comunmente en ausencia de quien debia aprovecharse de ella.

Á la verdad, este es un punto tan delicado, que aun nuestros mayores amigos, aquellos que desean sinceramente que nos enmendemos en esta clase de defectos, apénas se atreven á hablarnos directamente, ni á decirnos que en tales y tales ocasiones hemos faltado á la política. Se nos puede aconsejar y advertir nuestros errores, sin violar las leyes de la urbanidad, ni de la amistad en qualquiera otra materia, y en los de la política, parece que la política misma prohibe, que se haga conocer á otro hombre, que ha faltado á las reglas que prescribe. Como no podemos sufrir que se nos reprehenda, ni se nos corrija, no podemos tampoco saber esta clase de defectos, sino por aquellas personas que tienen alguna autoridad sobre nosotros: una sola demostracion que venga de otra parte, aunque se

nos haga con toda la moderacion y urbanidad posibles, siempre suele ser mal recibida. Por lo mismo, ántes que el discípulo llegue á salir de sus manos, debe un preceptor dedicarse con el mayor esmero á formarle sobre este artículo, para que la buena gracia, y la política lleguen á serle familiares en quanto sea posible, y no tenga necesidad de avisos acerca de este punto, quando no esté en estado de recibirlos, ó no tenga á su lado personas con autoridad bastante para poder dárselos. De todo lo que he dicho se concluye, que la primera, y mas importante qualidad, que debe tener el que se encargue de la educacion de un niño, es la verdadera política. Un joven, que por medio de las lecciones de su ayo haya aprendido estos modales atentos y civiles, y se los haya hecho familiares, entrará con una grande ventaja en el mundo, y hallará, que esta sola perfeccion contribuye mas á sus ascen-

sos, le gana mas amigos, y le es de un mayor uso, que todas las palabras científicas, y el conocimiento real y efectivo que haya adquirido en las artes liberales, escuchando las sábias lecciones de su maestro. No es esto decir, que las ciencias hayan de ser miradas absolutamente con desprecio; es solo hacer ver, que no deben ser preferidas á la política, y que no se debe darlas caza como á una fantasma vana.

No solo debe ser atento, y bien criado el ayo que pongais á vuestros hijos, sino que debe igualmente conocer el mundo, el genio, los caprichos, las locuras, las falacias, y defectos de su siglo, sobre todo, los del pais en que viva. Es preciso, que pueda hacer ver á su discípulo todas estas cosas, en proporcion que lo halle capaz de comprehenderlas. Debe enseñarle á conocer los hombres, y sus diferentes caractéres, y mostrárselos tales quales son efectivamente, quitándoles la más-

cara con que se ven obligados á cubrirse por razon de sus diferentes profesiones, ú otros diversos pretextos. Debe asimismo hacerle percibir lo que verdaderamente está oculto baxo estas falsas apariencias, á fin de que no le suceda lo que á la mayor parte de los jóvenes sin experiencia, que toman una cosa por otra, y juzgan por el exterior solo, dexándose seducir facilmente de los semblantes alhagüeños, y de los modales lisonjeros é insinuantes. Debe instruirle, á fin de que observe los designios de las personas con que trate, sin hacerse demasiado sospechoso, ni muy crédulo: y segun que su inclinacion le llame mas hácia un lado que á otro, ha de corregirle, y hacerle tomar el camino opuesto. Debe asimismo acostumbrarle en lo posible, á juzgar sanamente de los hombres por los medios ó señales, que mejor hacen conocer su carácter, y á descubrir su interior, que se manifiesta comunmente en las cosas leves,

con particularidad, sino están muy sobresí, ó por decirlo de esta suerte, sobre el teatro. Es preciso que cuide mucho de hacerle una pintura fiel del mundo, y de disponerle para que no se figure á los hombres mejores ó peores, mas sabios, ó mas necios, que lo que son efectivamente. De esta suerte pasará insensiblemente, y sin riesgo del estado de la infancia al de la virilidad, paso, el mas dificil que hay que hacer en todo el curso de la vida. Este es un punto en que debe manejarse con el mayor cuidado posible; porque es la coyuntura crítica, en que un joven necesita estar mas asistido, léjos de sacarle de las manos de su ayo, como se hace comunmente, dexándole en el mundo baxo su conducta propia, con un peligro manifiesto de perderse al punto, como sucede á otros muchos, que diariamente se ven abandonarse á las disoluciones mas extravagantes, desde que libres del yugo de una severa disciplina, se en-

cuentran dueños de sus acciones; desórden, que en mi concepto, debe imputarse solo al descuido, con que se mira este grande punto. Los jóvenes que han sido educados en una profunda ignorancia de lo que es verdaderamente el mundo, hallando en fin, que es muy diferente de la idea que se les habia dado, y aun de la que se habian propuesto, se dexan persuadir fácilmente de nuevos maestros de otra especie, que encuentran por todas partes, quienes les hacen creer, que toda la disciplina baxo que han estado, y los consejos que se les han dado, son unas puras formalidades con que se oprime en el tiempo de la educacion á los niños, para tenerlos de esta suerte mas sujetos; y que la libertad de los hombres hechos consiste en abandonarse sin reserva á la posesion de todas aquellas cosas, que les han sido prohibidas ántes. Se presentan desde luego al novicio joven muchos, y muy bri-

llantes exemplos de esta bella conducta, y abrasado desde entónces del deseo de hacer ver, que es tan hombre como los mas famosos libertinos de su tiempo, se entrega á los mas grandes desórdenes, en que se precipitan estos jóvenes insensatos. Así, con el fin de adquirir reputacion, por decirlo de esta suerte, sin tener el page al lado, renuncia enteramente á la modestia y sobriedad en que ha sido educado hasta entónces, creyendo que es una cosa gloriosa señalarse á su entrada en el mundo, por una oposicion directa á todas las reglas de virtud, que le ha recomendado su ayo.

Uno de los mejores medios para prevenir esta desgracia, es en mi concepto, el de hacerle ver el mundo tal qual es efectivamente. Ántes que llegue á entrar en él, se le deben descubrir por grados los vicios que reynan principalmente, y advertirle los designios de ciertas gentes, que no

se aplicarán á ganar su confianza, sino para perderle. Conviene igualmente instruirle en los artificios, que usan esta clase de personas, y en los lazos que suelen tender á los jóvenes; y para que todas estas lecciones hagan mas impresion en su animo, será muy conveniente, ponerle de quando en quando á la vista algunos exemplos trágicos de los que hacen profesion de perder á todo el que cae entre sus manos, ó de los que han sido arruinados por estos viles medios. Nuestro siglo suministrará bastantes exemplos de estos, que se le deberán hacer mirar como otros tantos escollos, á fin de que las enfermedades, las desgracias, la mendicidad y la infamia, en que se han precipitado tantos jóvenes de grandes esperanzas, le hagan caminar con cautela, y reflexionar, que estas mismas personas, que á la sombra de la amistad hayan causado su ruina, serán las primeras á abandonarle y des-

preciarle, quando se llegue á ver en un estado de miseria. Conocerá por este medio, ántes que una funesta experiencia le instruya, que todos los que quieren persuadirle, que no siga los sabios consejos de su ayo, ó de su razon propia, á lo que llaman dexarse gobernar como un niño, no lo hacen con otros fines, que con los de poderle gobernar ellos mismos, haciéndole creér, que ya principia á conducirse como hombre hecho, baxo su propia conducta y fantasía, en el tiempo mismo en que no piensan sino en arrastrarle propiamente como á un niño á todos los vicios, que pueden servir á sus designios. Deberian sus ayos no dexar escapar ninguna de estas ocasiones, para empaparlos en estas máximas, y emplear todos los medios posibles, á fin de hacérselas comprehender, y convencerlos perfectamente.

Sé muy bien, que se ha acostumbrado á decir sobre esto, que el des-

cubrir á un joven los vicios de su siglo, es propiamente enseñárselos. Confieso que es esto verdad en mucha parte, segun el modo con que se les haga este descubrimiento; pero por lo mismo he dicho, que este es un negocio muy arduo, que pide un ayo habil y prudente, que conozca bien el mundo, que sepa estudiar el temperamento, y las inclinaciones de su discípulo, y penetrar á fondo sus pasiones dominantes. Es preciso considerar igualmente, que no es ahora posible, como quizá lo hubiera sido en otro tiempo, preservarle de los vicios, ocultándole su conocimiento; á no ser que se quiera tenerle toda su vida encerrado en un gabinete, sin dexarle jamás acompañarse con nadie. Estad seguros, que quanto mas tiempo le tengais con los ojos vendados acerca de este punto, ménos capaz estará para ver lo que pasa en el mundo, y por consiguiente tanto mas expuesto á ser engañado por sí mismo,

y por los otros. Un joven que se presenta en el grande mundo todavía tierno, y con poca barba, como suele decirse, á pesar de toda su gravedad nunca dexa de ser el blanco de las chocarrerías, y malignas observaciones de los demas del pueblo, entre los quales siempre se encuentran algunos páxaros de presa, que estan alerta para desplumarlo.

El solo medio de defenderse contra el mundo, es el conocerlo perfectamente; pero un joven no debe ser iniciado en estos misterios sino por grados, segun vaya estando capaz de comprehenderlos: y con tal que subsista entre las manos de una buena guia, quanto mas ántes se le hagan estos descubrimientos, tanto mas pronto estará capaz de defenderse. Mas es preciso abrirle la escena poco á poco, é introducirle insensiblemente en el mundo, y mostrándole al mismo tiempo los riesgos, que debe temer de las diferentes cla-

ses de hombres, de sus temperamentos y designios. Es preciso asimismo prepararle de antemano, á verse insultado por algunos, y acariciado por otros, enseñándole qué clase de gentes estarán dispuestas á atacarle de frente, ó á arruinarle por caminos ocultos y secretos, y de qué personas debe esperar buenos oficios. Se le debe instruir demanera, que conozca todos estos diferentes caractéres, y los distinga bien los unos de los otros, haciéndole comprehender las ocasiones, en que debe escuchar á las personas, que conozca le tienden lazos, y cuyos artificios y designios penetre: en qué casos debe fingir que ignora lo que son, y lo que maquinan contra su persona; y para evitar, que por demasiada confianza en su destreza, ó en sus fuerzas, se aventure mas de lo que debe, será bueno hacerle caer de quando en quando en alguna desgracia, que no perjudique á su inocencia, á su salud, ni á su reputacion,

porque este será el verdadero medio de hacerle mas sábio y circunspecto.

Convengamos en que la parte principal de nuestra sabiduría consiste en conocer á los hombres, y que este conocimiento no puede jamás ser el efecto de algunas reflexiones superficiales, ni de una grande lectura, sino el fruto de la experiencia, y de las observaciones reiteradas de un hombre, que ha vivido con los ojos abiertos en el mundo, y ha tenido trato y comercio con toda clase de personas. He aquí la razon por que juzgo de la mayor importancia ilustrar á todo joven quando la ocasion se presente, para que quando principie á vivir en el mundo, y se embarque en este vasto Occeano, no le suceda lo que á un piloto que se vé en alta mar sin mapa y sin agúja. Un padre que no crea que esto es lo que mas importa á su hijo, y que conviene mas darle un ayo para este objeto, que para enseñarle las lenguas y las cien-

cias, no conoce que es mucho mas útil el saber formar concepto de los hombres, y manejar prudentemente los negocios, que hay precision de disputar con ellos, que el saber hablar el griego y el latin, argumentar en forma, tener la cabeza llena de especulaciones obscuras de física y metáfisica, ó estar familiarizado con los mejores autores griegos y latinos; á pesar de que es mucho mas útil á un hombre bien nacido, el entender esta clase de autores antiguos, que ser buen peripatético, porque al ménos todos ellos se dedicaron á conocer exâctamente al hombre, é hicieron de él muy fieles pinturas: si viajais hácia las partes orientales del Asia, hallareis gentes muy bien instruidas, y de buen trato, sin que tengan ninguno de estos conocimientos; (1) pero el que no

(1) Si nuestra alma, *dice Montagne*, hablando de esta educacion, que no nos hace ni mejores ni mas prudentes, no toma una

tiene ni virtud, ni conocimiento del mundo, ni política, en qualquiera parte donde viva, nunca será un hombre perfecto, ni digno de ser estimado.

Tal es la naturaleza de una grande parte de las ciencias que se enseñan hoy por moda en las escuelas de Europa, y que forman un punto esencial de la educacion de un hombre distinguido; pero que aun quando no se le enseñasen, pasaria muy bien sin ellas, y ni su persona ni sus negocios las echarian de ménos. No sucede así con la civilidad y la prudencia; estas son qualidades necesarias en todos los estados y circunstancias de la vida, y los jóvenes que se ven privados de ellas, no pueden ménos de sentir su

mayor elevacion, ni se nos ilustra en algun modo el entendimiento, quisiera mejor que mi discípulo hubiera empleado el tiempo en jugar á la pelota, porque al ménos hubiera logrado poner agil el cuerpo. *Ensay. lib.* 1. *cap.* 18.

pérdida. Si entrando á vivir en el mundo, son con efecto mas visoños y groseros que lo que parece necesario, sin duda consiste en que estas qualidades de que tiene mas necesidad un jóven, y que se deberia procurar con mas esmero que adquiriese, (1) no son miradas generalmente, sino como un artículo poco considerable, y que nada im-

(1) Ved aquí de lo que se quejaba *Montagne*: „segun el modo que se tiene de instruirnos, *dice*, no es maravilla que ni los discípulos ni los Maestros sean mas habiles, aunque parezcan mas doctos. A la verdad, todos los cuidados, y el gasto que hacen nuestros padres, solo se dirige á llenarnos la cabeza de ciencia, pero en ninguna manera á darnos ideas de virtud y de juicio. Preguntamos muy ufanos, *¿sabe el griego y el latin? ¿escribe en verso ó en prosa?* pero lo principal, y de que no se hace ningun caso es, de si se ha hecho mejor, ó si es mas cuerdo y juicioso.“ *Ensay. Lib.* 1. *cap.* 18.

porta que los ayos cuiden ó desprecien absolutamente. Todo el principal objeto que se considera en este asunto, es el latin y el griego: de aquí nace, que el punto esencial de la educacion de un hombre distinguido, se hace depender de los progresos que hace en estas ciencias, que nada interesan á su profesion, pues que ésta consiste únicamente, en comprehender las entrigas y artificios del mundo, en tener modales conformes á su clase, y en distinguirse en el puesto ó empleo que ocupe, sirviendo dignamente á su patria. Ved aquí á lo que se le deberia formar desde su juventud. Si hecho dueño de su conducta, quisiese despues dedicarse á otro estudio particular, bien para emplear las horas que tenga desocupadas, ó bien para perfeccionarse en algunas otras ciencias, de que su preceptor no le haya dado sino una ligera tintura, los principios que haya adquirido hasta entónces, le serán suficientes para

poder caminar tan léjos como quiera, ó hasta donde sus talentos naturales le permitan. Y si para ahorrar tiempo y trabajo, juzgase conveniente tomar un maestro que le allane las dificultades, no tiene que hacer sino elegir un hombre que entienda á fondo la materia, ó que crea á propósito para sus intentos; pero en órden á esta primera tintura que debe tomar un joven de las ciencias en el curso ordinario de sus estudios, no hay necesidad sino de un preceptor medianamente instruido. Además de que tampoco es una cosa indispensable en un caballero noble, tener una erudicion consumada, ni poséér perfectamente todas las ciencias; basta que en algun sistema abreviado haya adquirido una idea general de todas ellas; si quiere penetrar mas adelante, debe hacerlo por sí mismo, y por medio de una aplicacion privada; porque nadie ha hecho grandes progresos en las ciencias, miéntras que ha es-

tado sujeto á la disciplina de un maestro.

El objeto principal que se debe proponer un Ayo, es dar á su discípulo modales finos, formarle bien el alma, hacerle adquirir buenos hábitos, inspirarle principios sólidos de virtud y de sabiduría; enseñarle insensiblemente á conocer los hombres, y empeñarle á que ame é imite todo lo que sea excelente y digno de estimacion; pero con este grado de vigor, actividad, y aplicacion necesaria para conseguirlo felizmente. Si le obliga á que se dedique á algunos estudios particulares, debe ser solo con el objeto de poner en accion las facultades de su espíritu, y separarle de una ociosidad viciosa, acostumbrándole á la aplicacion y al trabajo desde luego, é inspirándole algun gusto hácia aquellas cosas que en adelante debe aprender exâctamente por sí mismo: porque no se puede esperar, que baxo la direccion de ningun Ayo, sea el que fue-

re, salga un crítico sábio, un orador hábil, un perfecto lógico, ni que aprenda á fondo la fisica, la metáfisica, las matemáticas, la cronología, ni la historia; pero es necesario sin embargo que procure siempre enseñarle algunos principios de cada una de estas ciencias, á fin de que tenga algun conocimiento de ellas; mas nunca que se familiarice demasiado, porque sería digno de censura el ayo que hiciese aplicar largo tiempo á su discípulo á la mayor parte de estas ciencias, ó que le obligase á emprender su estudio con demasiada anticipacion. No súcede lo mismo con la política, el conocimiento del mundo, la virtud, el amor á la reputacion, y la aplicacion al trabajo; porque todas estas son cosas en que debe estar muy instruido qualquier joven; y si llega á poseér una vez este precioso tesoro, se verá adornado con una multitud de conocimientos que le son muy necesarios, y que

con el tiempo le hubiera sido sensible no tenerlos.

Respecto pues á que no es posible tampoco, que tenga fuerzas ni tiempo bastante para instruirse de una vez en muchas cosas, es claro que nos debemos ceñir únicamente á enseñarle las que le sean mas necesarias, y de que haya de hacer un mayor y mas frecuente uso en el mundo. Séneca se quejaba de que en su tiempo se practicaba todo lo contrario, á pesar de que entónces no se conocia todavía esta inmensa multitud de libros escolásticos, de que abúndan hoy nuestras escuelas. ¿Qué hubiera pensado, si hubiera vivido en este siglo, en que los que están encargados de la educacion de los jóvenes, creén no poder hacer mejor cosa, que ponerles esta clase de libros en las manos, atestándoles la cabeza de todas las vanas distinciones de que están llenos? Entónces sí que hubiera tenido razon para exclamar,

como hace : *Non vitæ , sed scholæ discimus.* No aprendemos á vivir , sino á disputar : la educacion que se nos dá, nos hace mas propios para la universidad , que para el mundo. Pero no es de admirar , que los que disponen de la educacion de los niños , prefieran mejor lo que pueden enseñarlos , que lo que es necesario que aprendan : tampoco es estraño , que establecida una vez la moda , así en este punto como en otros qualesquiera , se la anteponga á la razon misma , y que aquellos que hallan su interés en seguirla , sin tomarse la molestia de exâminarla , estén prontos á tratar de herege al que se atreva á reprobarla. Mas no se puede ver sin sorpresa , que en un asunto como este , se dexen engañar las gentes de algun entendimiento , solo por la costumbre , y por una especie de fe implicita : si quisiesen consultar á la razon , ella les mostraria sin duda , que los niños deben emplear el tiempo en

aprender lo que pueda serles útil quando lleguen á ser hombres, y no en cosas frívolas, en que regularmente no han de volver á pensar en toda su vida, y de que á la verdad no tienen necesidad alguna. Es esta una cosa tan comun y tan sabida, que estoy seguro, que los padres mismos que han hecho enseñar á tanta costa estas simplezas á sus hijos, convendrán en que quando entran en el mundo, no pueden dar á conocer que tienen alguna tintura de esta vana ciencia, sin acreditarse de ridículos, y que exponen su reputacion seguramente, si pretenden hacer uso alguno de ella en qualquiera compañía; ¡admirable adquisicion por cierto, de que los niños quando ya son hombres formados, se ven precisados á avergonzarse en los lugares mismos, donde tienen mayor interés en hacer conocer su talento, y que han sido bien criados! ¿se dirá todavía, que merece ser parte de su educacion?

Hay ademas otra razon, porque debeis cuidar con el mayor esmero, que la persona á quien hayais de confiar la educacion de vuestro hijo, conozca bien el mundo, y esté instruido en todas las reglas de la política; y es, porque qualquiera hombre de talento y de una edad madura, puede facilitarle que haga grandes progresos en otra qualquiera ciencia, aunque no esté muy versado en ella; los libros le suministrarán bastantes luces para dirigir al jóven principiante y señalarle el camino por donde debe conducirse; pero el conocimiento del mundo, y los modales finos y civiles, nadie podrá enseñárselos, si no los conoce él mismo. Esta es una ciencia que necesita poseer el ayo á fondo, y que debe serle familiar por el uso, el trato, y el comercio con los hombres, y por un largo hábito de arreglarse sobre lo que ha visto practicado, y autorizado en las mejores compañías.

Si no le son naturales todas estas qualidades, y no sabe acomodarlas al uso que ha de hacer de ellas su discípulo, aunque pueda hallar en los libros (1) bellas descripciones acerca del modo con que debe conducirse un hombre bien nacido en las diferentes circunstancias de la vida, su exemplo mas poderoso todavía que todas las reflexiones que puede sacar de los li-

(1) Me parece, que esto no es posible: no solo porque no se puede entrar en un tan grande detalle, sino porque no se pueden dar sobre este objeto reglas generales: porque las cosas que parecen bien en un sugeto, están ridículas en otro; y así solo un hombre de una imaginacion pobre y estéril ha podido acordarse de componer obras de esta naturaleza. Yo no sé qual sería sobre esto la opinion de *Mr. Loke*, pero de todos modos, por las razones que acabo de hacer presentes me parece, que quien tenga necesidad de consultar estos libros, poca utilidad podra sacar para sí ni para nadie.

bros, las hará enteramente inútiles: porque es imposible que ningun joven pueda ser civil y atento, si vive con gentes mal criadas y groseras.

Por último, yo sé muy bien que no todos los dias se encuentran preceptores del carácter y circunstancias que acabo de pintarlos, ó al ménos que no se pueden hallar tales por el salario que se acostumbra á darlos; pero todo lo que he dicho ha sido solo con el ánimo, de que los que tengan disposicion bastante para poder sostener estos gastos, no omitan diligencias ni dinero para un asunto tan importante, y á fin de que los que no puedan excederse del precio comun y ordinario, sepan al ménos lo que deben tener por objeto, quando traten de elegir una persona para confiarla la educacion de sus hijos, sobre los quales deben velar principalmente ellos mismos, teniendo cuidado de su conducta, y observándolos siempre que la ocasion

se presente, léjos de figurarse, que todo el secreto de la educacion consiste en hacerles aprender el latin, el francés, y algun sistema árido y estéril de filosofia.

Que los padres deben familiarizarse con sus hijos.

Volvamos ahora al método de conducir á los niños. Aunque he dicho que un padre debe hacerse temer de sus hijos, y tenerlos miéntras que sean jóvenes en un cierto respeto, que sea como la basa principal de la educacion que ha de darlos; estoy muy distante sin embargo de aconsejar, que se les trate siempre de esta suerte en el tiempo que estén sujetos á la disciplina y conducta de otro; al contrario, soy de parecer que se debe moderar la severidad poco á poco, segun su edad, su juicio, y su buena conducta lo permitan: y quando ya sean grandes, y

estén en estado de poder comprehender las razones, y conversar familiarmente con sus padres, que les pidan éstos su dictámen sobre todas aquellas cosas de que ya tengan algun conocimiento, ó que estén á su capacidad y alcance. De aquí sacarán dos ventajas igualmente importantes. Primera, que por este medio se les dispondrá mas facilmente, para que puedan hacer reflexiones sobre todo lo que se presente á su espíritu, porque quanto mas ántes se principie á tratarlos como hombres, ántes principiarán á serlo efectivamente, y porque si de quando en quando se tienen con ellos algunas conversaciones sérias, su espíritu se irá elevando insensiblemente sobre las diversiones ordinarias, en que se ocupan en esta edad los jóvenes. Con efecto, se ven diariamente muchos, que continúan pensando y razonando como niños por mucho mas tiempo que el que lo harian naturalmente, solo porque los padres

los han tratado como á tales en todas ocasiones, teniéndolos siempre en una sujecion continua sin familiarizarse jamás con ellos.

Segunda, que tratándolos con familiaridad y dulzura, ganarán su amistad indefectiblemente. (1) Hay muchos padres que aunque suministran liberalmente á sus hijos todos los gastos de que tienen necesidad, segun su edad

(1) „Es una locura é injusticia privar de la familiaridad de sus padres á los hijos que tienen edad bastante, queriendo siempre guardar una severidad desdeñosa, para tenerlos en el temor y en la obediencia. Es esta una farsa muy inútil, que hace á los hijos que miren á sus padres como á unos hombres enfadosos y ridículos." Estas palabras son sacadas del capítulo de *Montagne*, intitulado: *Del afecto de los padres á sus hijos*, donde se halla detallado casi todo lo que aquí dice *Mr. Locke*, con otras reflexîones no ménos curiosas ni importantes. *Ensay. cap.* 8. *lib.* 2.

y clase, les ocultan sin embargo el estado de sus negocios, y sus bienes, con tanta y mas reserva que si fuese un secreto de estado, que se quiere ocultar al conocimiento de un enemigo, ó de una espía. No aparece en este procedimiento ninguna señal de aquel afecto y franqueza, que debe manifestar un padre á sus hijos, y con una tal conducta los priva de la satisfaccion y alegría, con que se dirigirian á consultarle sus dudas. Me admira frecuentemente el ver algunos padres, que amando tiernamente á sus hijos, les muestran solo (1) un ayre de autoridad,

(1) „El exemplo del *Mariscal de Montluc*, de que se ha servido *Montagne*, para probar que los padres deben abrir su comunicacion á los hijos, viene aquí muy al caso: Habiendo perdido este Señor á su hijo, que murió en la Isla de la *Madera*, bello caballero á la verdad, y de grandes esperanzas, me contaba entre otros sentimientos, *dice Montagne*, el disgusto y do-

y un rostro tan severo, que los tienen toda su vida en un miedo respetuoso. Nada cimenta, y confirma tanto la amistad, y la buena inteligencia entre

lor que padecia; por no haberle franqueado mas su comunicacion, y haber perdido por este ayre de gravedad paternal, la satisfaccion de conocer bien á su hijo, y manifestarle el extremo cariño con que le amaba, y el juicio tan digno que habia formado de su virtud. Este pobre mozo, *decia*, no ha visto en mí otra cosa, que una gravedad ceñuda y llena de desprecio, y ha muerto en la creéncia que yo no he sabido amarle, ni estimarle segun su mérito, ¿A quién esperaria yo descubrir este afecto singular que le tenia? ¿No era él pues quién debia haber logrado este placér, y quién debia haberlo agradecido? Yo me he violentado para conservar este ayre vanamente disfrazado, y he perdido el gusto de su conversacion, y aun de su voluntad misma; pues que no me la podia tener, sino bien fria, respecto á que no habia visto jamás en mí sino aspereza, ni habia experimentado

los amigos, como el hacerse una confianza mutua de todos sus negocios é intereses. Toda amistad que esté destituida de este apoyo, lleva siempre consigo la desconfianza. Si vuestro hijo ve que le comunicais vuestros pensamientos, y que procurais interesarle en los negocios, como en cosas que quereis poner un dia entre sus manos, tomará parte en todos ellos como si fuesen suyos propios, esperará con paciencia que le llegue el tiempo de administrarlos, y os mirará con mucho amor y cariño, porque no le tratais como á un estraño: se enterará igualmente de los muchos cuidados, y fatigas que trae consigo el manejo y administracion de los bienes, y quanto mas de cerca lo perciba, tanto menos

otra cosa que un tratamiento tiránico. Encuentro, *añade Montagne*, que esta queja es muy justa y razonable. *Ensay. lib.* 2. *cap.* 8.

envidiará la posesion de ellos, y se creerá felíz en estar baxo la conducta de un tan buen amigo, y de un padre tan cuidadoso. Se encuentran muy pocos jóvenes de un entendimiento tan corto, y tan destituidos de sentido, que no se estimen felices, teniendo un amigo sincero y verdadero, á quien poder dirigirse para consultar todas sus dudas. Los modos altivos y reservados, de que generalmente usan los padres con sus hijos, los privan muchas veces de este recurso, mas útil sin duda que todas las reprimendas agrias. Si vuestro hijo quisiese empeñarse en alguna empresa frívola y extravagante, ¿no seria mejor que lo supieseis, que no que lo hiciese sin vuestra noticia? y pues que al fin se debe permitir alguna libertad á los jóvenes en órden á todas estas cosas ¿quánto mas conocimiento tengais de sus entrigas y designios, no tendreis mas facilidad para prevenir las grandes desgracias que

puedan sucederles? Haciéndole ver las consecuencias, que verosimílmente ha de tener el asunto ¿no tendreis tambien mas probabilidad de conseguir, que evite aun los menores inconvenientes? ¿Quereis que vuestro hijo os abra su corazon, y se haga un hábito á consultaros? abridle primeramente el vuestro, y ganad su confianza.

Mas sobre qualquier asunto que os consulte vuestro hijo, á ménos que sea una cosa, que le conduzca á algun acidente funesto, y al que no se pueda aplicar ningun remedio, guardaos de darle vuestro dictámen de otro modo, que como un amigo mas experimentado, sin acompañar á los consejos ninguna señal de autoridad ni de mando: obrad con él en estas ocasiones, como si fuese un igual vuestro, ó un extraño, y le movereis con esto á haceros otras nuevas preguntas, y á aprovecharse de vuestros consejos. Debeis considerar á este efecto, que es

un jóven que tiene las mismas pasiones, y deseos que tuvisteis en su tiempo, y que sería cosa ridícula esperar, que sus inclinaciones fuesen tan juiciosas como las vuestras, y que á los veinte años tuviese los mismos pensamientos, que vos teneis á los cincuenta; y respecto á que de todos modos es necesario, que goce de alguna libertad como jóven, todo lo que podeis exîgir de él en este tiempo, es que en medio de sus mayores diversiones, conserve la ingenuidad de un niño bien nacido, y se mire siempre en todas sus acciones, como si estuviese en presencia vuestra. En este caso jamás producirá esta libertad muchos inconvenientes. Pero para poner en esta disposicion su espíritu, es preciso, como he dicho, comunicarle todos los asuntos, y proponerle familiarmente las cosas, preguntándole su dictámen, segun se le juzgue capaz de esta confianza. Si se impone desde luego en lo que mas

conviene, es necesario seguir su pensamiento, como si fuese suyo propio; y teniendo la cosa buen suceso, atribuirle toda la gloria. Bien léjos de que esta conducta disminuya en ningun modo la autoridad del padre, producirá al contrario un mayor amor en el hijo, y le moverá á estimarle mas particularmente. Con tal que el padre procure guardar sus bienes, la administracion, y el poder quedarán siempre entre sus manos, y su autoridad estará tanto mejor fundada, quanto está apoyada en el amor y confianza, que le ha manifestado. No puede decir propiamente, que tiene sobre su hijo todo el poder que debe, hasta que haya llegado á este punto, y sea mas penetrado del miedo de ofenderle como á su mejor amigo, que del de perder alguna parte de la herencia, que podia dexarle.

Si debe un padre conversar modesta y familiarmente con sus hijos, con

mucha mas razon debe un preceptor usar de igual condescendencia con su discípulo. En lugar de emplear el tiempo que estén juntos, en darle lecciones, y dictarle con un tono de maestro las reglas, que quiera hacerle que observe, (1) debe de quando en quan-

(1) *Montagne* está admirable sobre este artículo. El pasage es algo largo, pero si no me engaño, nadie lo hallará pesado. „ No se cesa de gritar continuamente á nuestros oidos, y al fin nunca se hace otra cosa, que repetirnos lo que ya se nos ha dicho. Yo quisiera que los preceptores se enmendasen en esta parte, y que desde el principio, segun la capacidad del alma, que tuviesen entre manos, la hiciesen gustar las cosas, elegirlas, y discernirlas por sí misma. Yo no quiero que sea el maestro solo quien hable y quien invente, sino que de quando en quando escuche tambien á su discípulo. Socrates y Arcesilao hacian primero hablar á sus discípulos, y despues hablaban ellos. La autoridad de los maes-

do escucharle, y acostumbrarle á que razone sobre los asuntos que le proponga. De esta suerte oirá con mas gusto sus lecciones, y le harán una impresion mas fuerte; y amando la instruccion desde entónces, y tomando inclinacion á los estudios, principiará á mirar con placer las ciencias, convencido de que estas son las que le po-

tros es muchas veces un obstáculo para que aprendan los discípulos; y así conviene que los oigan discurrir en su presencia, para saber hasta que punto deben enmendarlos, y poder acomodarse á sus fuerzas. En no siguiendo esta regla, todo lo demas es perdido; pero es en mi entender una cosa demasiado árdua el saber fixarla, y conducirse segun ella. El sujetarse á caminar al mismo paso que los niños, es solo efecto de una alma grande y sublime. Yo siempre he caminado con mas seguridad y firmeza, quando subo al monte, que quando baxo al valle." *Ensay. lib. 1. cap. 25. tom. 1. pag. 291. edicion de 1739.*

nen en estado de poder hacer discursos, y le proporcionan la satisfaccion de ser admitido á las conversaciones, y de que se escuchen y aprueben algunas veces sus razones. Convendria con especialidad proponerle casos sobre la moral, sobre el modo de manejar con prudencia los negocios en el mundo, sobre la civilidad, y otras cosas semejantes, y preguntarle despues su dictámen: todo esto despejará mas el entendimiento á los jóvenes, que el hacer en su presencia obstentacion de muchas máxîmas, aunque le sean explicadas con la mayor sencilléz posible: nada es mas propio para recordarlos al tiempo de la práctica las reglas que se les hayan dado. Este método hace fixar en la imaginacion las cosas con toda su evidencia, al paso que las palabras, no siendo á lo mas, sino unas imágenes de las cosas tan débiles é imperfectas, que ni aun puede decirse, que son sus verdaderas sombras, se borran

inmediatamente de la memoria. Así pues, que se propongan á un hombre (1) joven casos particulares sobre la justi-

(1) Advierte *Montagne*, que segun el método que tenian establecido los Lacedemonios, para educar á los niños, los obligaban los maestros á formar juicio de los hombres, y de sus acciones, y á que diesen razon de sus juicios. ,, Por este medio, *dice*, aguzaban el entendimiento, y aprendian al mismo tiempo el derecho. *Inmediatamente añade*: *Astyages* en *Xenophonte* pide razon á *Ciro* de su leccion última: esta es, *dice*: teniendo un joven de nuestra escuela de una estatura muy alta una túnica muy pequeña, se la dió á otro de sus compañeros, que era de ménos talla, y le quitó la suya, que era mucho mas grande. Habiéndome el preceptor nombrado juez de esta diferencia, sentencié, que debian quedar las cosas en este estado, respecto á que uno y otro tenian interés en el cambio por la mejor proporcion de la túnica con la talla. Me hizo ver, que habia sentenciado malamente, porque habia atendido solo á la modestia, y al mejor

cia y la modestia ; que se le obligue á discurrir con su preceptor segun sus luces , y se verá , que comprehende mas facilmente por medio de estas conversaciones las reglas y fundamentos de estas virtudes , y recibe ideas mas vivas y permanentes de lo que debe hacer , que escuchando con negligencia, y un silencio profundo las lecciones de su ayo ; y mucho mejor todavía , que por medio de las disputas capciosas de la lógica , ó por declamaciones de aparato , que hubiese compuesto él mismo. Este último método conduce al espíritu á buscar , no la verdad , sino los pensamientos brillantes , y de colores falsos , y el primero enseña á disfrazarla , á gritar , y sostener con obstinacion sus opiniones. Uno y otro nos

asiento de la túnica , y habia olvidado satisfacer á la justicia , que no permite que nadie sea privado por la fuerza de lo que legítimamente es suyo. *Ensay. Lib.* I. *cap.* 24.

corrompen igualmente el juicio, y nos impiden que razonemos de una manera sencilla y exâcta; por cuyo motivo debemos evitarlos con un cuidado extremo, si queremos perfeccionarnos, y agradar á los demas hombres.

Despues que hayais establecido vuestra autoridad de padre, haciendo conocer á vuestro hijo, que está en vuestra dependencia; despues que por la exâcta severidad con que le hayais tratado, en quanto haya persistido obstinadamente en algun vicio, como v. g. en la mentira, le hayais inspirado el miedo necesario; despues que por otra parte dándole toda la libertad que convenga á su edad, permitiéndole todas las diversiones pueriles, y que se abandone á estos transportes de alegría, que le son tan necesarios como el comer y el dormir, le hayais hecho amar vuestra compañía; despues que le hayais manifestado vuestro amor y afecto, por la afabilidad y dulzura con que le

hayais tratado, y sobre todo, por los premios que le hayais concedido, siempre que haya cumplido bien con sus debéres, y por otras mil caricias, que la naturaleza enseña á los padres, mejor que yo puedo explicarlas: entónces, quando por estas señales sensibles de afecto y de ternura, hayais hecho nacer en su corazon un amor recíproco hácia vuestra persona, está en el estado que podeis apetecer, y habeis producido efectivamente en su corazon este respeto, que debeis procurar conservar y aumentar en adelante, con relacion á los dos extremos, que son *el amor* y *el miedo*; dos grandes medios, por los que habreis tomado sobre él el ascendiente, y le hareis caminar en adelante por la senda de la virtud y del honor.

Que se debe tener consideracion al temperamento de los niños.

Establecido este grande fundamento que hemos dicho, si notais que el respeto que habeis inspirado á vuestro hijo, principia á producir su efecto, lo primero en que debeis ocuparos cuidadosamente, es en exâminar la naturaleza de su temperamento, y en aplicaros con el mayor esmero á corregirle desde luego. Bien léjos de dar lugar á que se arraiguen estos vicios, debeis sofocarlos en el instante mismo en que llegueis á descubrirlos. Acordaos de establecer vuestra autoridad sobre vuestro hijo, inmediatamente que manifieste tener algun rayo de conocimiento, para que obrando sobre él de esta suerte, como un principio natural é innato, no pueda penetrar su orígen. Grabado en su alma desde luego el respeto que debe teneros, le será siempre sagrado, y obedecerá todas sus leyes sin violencia,

como si fuesen otros tantos principios naturales.

Luego que hayais establecido vuestra autoridad de esta suerte, y que por el uso moderado que hayais hecho de ella, le hayais inspirado vergüenza por todo lo que sea capaz de producir malos hábitos; luego, digo, que hayais llevado las cosas á este punto, conviene exâminar, como he dicho, quáles son las inclinaciones de su temperamento, y á qué cosas le conduce la disposicion particular de su espíritu. Hay hombres que por una consecuencia necesaria de su constitucion son intrépidos ó cobardes, disolutos ó modestos, vivos ó lentos, exâctos ó negligentes, dóciles ú obstinados; en una palabra, así como los hombres se distinguen en las facciones de sus rostros, y en la forma exterior de sus cuerpos, así tambien se distinguen en las qualidades particulares de su espíritu. Hay una sola diferencia entre ambas cosas; y es, que

la distincion de las facciones del rostro, y de la disposicion particular de los cuerpos, se percibe mas sensiblemente con los años, al paso que el estado particular del alma se conoce mejor, quanto son mas tiernos; porque entónces no han aprendido todavía el arte de ocultar sus defectos, y de cubrir sus malas inclinaciones baxo la sombra de falsas apariencias.

Principiad pues desde luego á observar con cuidado el temperamento de vuestro hijo, quando esté mas á su libertad, exâminando quáles son sus inclinaciones, y pasiones dominantes; si es violento ó moderado, pusilánime ó atrevido, cruel ó compasivo, franco ó reservado, &c. y segun estas diferentes qualidades le dominen, educadle de una manera diversa, y tomad medidas particulares, para que vuestra autoridad obre tambien sobre él diversamente. Mas todas estas inclinaciones naturales, que son efecto de su tem-

peramento, y con especialidad, aquellas que provienen de debilidad, ó baxeza de alma, no deben ser reprimidas por preceptos, ni por una oposicion directa, sino por los otros medios que ántes hemos indicado; y aunque con destreza se pueda enmendar casi todo lo que tengan de vicioso, y dirigirlas á mejores fines, estad seguros sin embargo, que despues de haber empleado todos los arbitrios posibles para rectificar estas primeras pasiones, la inclinacion las hará caminar siempre hácia el lado á que la naturaleza las determinó desde luego; de forma, que si desde los primeros años de su vida observais exâctamente el carácter del espíritu de vuestro hijo, podreis juzgar en lo sucesivo, hácia qué parte dirige sus pensamientos, y quáles son sus fines, aunque quando llegue á grande procure ocultar sus designios, y empleé diferentes medios para disfrazarlos.

Que no se debe dexar tomar demasiado imperio á los niños, y por qué.

He advertido ya lo mucho que aman la libertad los niños, y que por lo mismo no se les debe violentar en ningun modo, para obligarlos á hacer aquellas cosas, que se pretenda enseñarlos. Pero hay otra cosa que aman mas que la libertad todavía. Esta es *el imperio*: es esta pasion el orígen de la mayor parte de los hábitos viciosos, que les son mas familiares, y se manifiesta muy desde los principios. He aquí dos cosas que lo prueban evidentemente.

Primera: los niños lloran, se afligen, se ponen de mal humor, y aun se desesperan, por conseguir únicamente la libertad de hacer quanto se les pone en la cabeza, casi desde el punto en que nacen, ó para explicarme mas exâctamente, mucho tiempo ántes de que sepan articular palabra. Qui-

sieran que todos se sometiesen enteramente á su voluntad y capricho: no olvidan nada, para hacerse obedecer prontamente de todos los que se hallan á su lado, con especialidad de los que son de su misma edad y clase, ó inferiores en razon de qualquiera de estas dos qualidades: procuran, digo, disfrutar de este pequeño imperio, desde que consideran á los otros baxo estas distinciones.

Segunda, se descubre ademas esta pasion al imperio en los niños, por el deseo que manifiestan de conseguir aquellas cosas de que son absolutamente dueños. Desean ser los propietarios, por tener la satisfaccion de gozar del poder que la posesion trae consigo, y del derecho de disponer de ellas á su arbitrio. El que no percibe que los niños son dominados por estas dos pasiones desde los primeros años, se conoce que no los ha exâminado muy de cerca: y aquel que no penetra la ne-

cesidad que hay de sofocar inmediatamente estas inclinaciones, de donde nacen la mayor parte de las altercaciones ó injusticias que turban la vida humana, y de sostituirlas hábitos totalmente contrarios, pierde la verdadera sazon de inspirarles los sentimientos en que se les debe empapar, para que sean sábios y virtuosos. Ved aquí, si no me engaño, medios propios en algun modo, para destruir estas inclinaciones peligrosas.

Primeramente, no se debe jamás conceder á los niños lo que pidan expresamente, y mucho ménos si lloran por conseguirlo. *No se les debe dar*, decia yo en la primera edicion de este libro, *si manifiestan deseos de lograrlo.* Pero como pudiera ser esta expresion mal entendida, como si hubiese querido decir, que los niños no deben jamás pedir cosa ninguna á sus padres, (lo que se tendria por una sujecion excesiva, poco compatible con el amor

recíproco que debe exîstir entre los padres y los hijos,) me veo precisado á explicar con mas claridad mi pensamiento : es muy justo, sin duda, que los niños tengan la libertad de hacer conocer á sus padres todas sus necesidades, y que éstos los escuchen con toda la dulzura y sensibilidad posibles, satisfaciéndoselas todo el tiempo de su tierna infancia ; pero una cosa es decir, *tengo hambre*, y otra *no quiero comer asado.* Luego que hayan manifestado los niños sus necesidades naturales, es un deber de los padres, y de todos los que anden á su lado, asistirlos prontamente ; pero es preciso, que los primeros dexen á éstos la libertad de darlos lo que les sea mas ventajoso, y en la cantidad que lo hallen conveniente. Y léjos de permitirlos elegir acerca de este punto, ni decir, *quiero vino*, ó *pan blanco*, se les debe rehusar apénas lo hayan nombrado.

Mas es necesario que los padres cui-

den mucho de distinguir exâctamente las necesidades de pura fantasía, de las que son realmente naturales. Estas últimas, segun la juiciosa advertencia de un antiguo, se reducen á este pequeño número de cosas: *aquellas que todos conocen, que no pueden negarse á la naturaleza humana, sin que sufra dolor ó incomodidades. Quæis humana sibi doleat naturæ negatis.* Estas son verdaderamente las necesidades naturales; aquellas, que la razon por sí sola, y sin ser ayudada por otra parte, no puede satisfacer ni impedir que turben nuestro reposo. Los dolores que causan las enfermedades, las heridas, el hambre, la sed, el frio, la necesidad de dormir, y la de dar descanso al cuerpo fatigado por el trabajo, son incomodidades que todos los hombres sienten, y cuyas dolorosas impresiones no pueden evitar aun las almas mas grandes; sin embargo, siempre que se pueda diferir el satisfacerlas sin exponerse á sufrir ningun da-

ño irreparable, conviene alejarlas de nosotros por los medios oportunos, pero sin precipitacion ni impaciencia. Los dolores que producen estas necesidades naturales, son otros tantos avisos que nos dá la misma naturaleza, para que nos preservemos de nuestros mayores males, de que son el mas cierto presagio; por consiguiente, ni debemos despreciarlos enteramente, ni dexarlos elevar á un muy alto grado. Por último, quanto mas se endurezca á los niños en esta especie de fatigas, á fin de hacerles mas vigorosos el cuerpo y el espíritu, tanto mejor será para ellos. Me parece que no tengo necesidad de advertir, que no se debe hacer esta experiencia con los niños, sino para su mayor ventaja, y que á esto nos debemos ceñir exâctamente, teniendo cuidado de que las incomodidades que se les haga que sufran, no perjudiquen á su salud en ningun modo: porque los padres y las madres suelen

ser en todas las cosas extremados.

Mas aunque se les deba complacer sátisfaciéndoles todas sus necesidades naturales, no por esto se ha de condescender con los deseos que no estén fundados, sino sobre la pura fantasía, ni aun permitirlos que hagan mencion de ellos; y si hacen conocerlos, es preciso por lo mismo, que los padres se hagan sordos á sus ruegos: por exemplo, tienen necesidad de vestidos? es necesario dárselos; pero si piden tal color ó tal tela, es preciso rehusársela absolutamente. Sin embargo, no pretendo con esto persuadir á los padres, que se opongan de intento á sus deseos en las cosas indiferentes: bien léjos de este pensamiento, estoy creido, que para que cumplan con gusto sus debéres, hay necesidad de obrar de tal manera, que todas estas cosas contribuyan en lo posible á recompensarlos, siempre que lo merezcan por su buena conduc-

ta, y haya una seguridad completa, de que no se les viciará el espíritu, ni se apasionarán por estas bagatelas. Sería mejor para los niños, que no hiciesen consistir en estas cosas sus placeres, y que mirasen con indiferencia todo lo que es realmente indiferente. Este es el punto á que se deben dedicar principalmente los padres y los ayos; y esperando que así lo hagan, censuro solo en esta ocasion la libertad que se dexa á los niños, de pedir que se les satisfagan sus deseos en órden á las necesidades de pura fantasía, porque es una licencia que se les debe reprimir, privándolos de la cosa misma que pidan.

Esto parecerá acaso muy severo á los padres, á quienes la ternura y el afecto que tienen á sus hijos conducen naturalmente á la indulgencia; pero no por esto dexa de ser absolutamente necesario: porque, respecto á que los golpes deben ser desterrados en el método que

he propuesto, este freno que se oponga á la lengua de los niños, servirá mucho para inspirarles el miedo, de que ántes hemos hablado, y para mantenerlos en el respeto que deben tener á sus padres. Por otra parte, teniendo continuamente reprimidos sus deseos, se enseñarán á sofocarlos en su mismo nacimiento, es decir, en el tiempo en que pueden ser mas facilmente reprimidos, porque lo que dá vigor, y anima nuestros apetitos, es la libertad que nos tomamos de manifestarlos: y qualquiera que tiene bastante confianza para convertir en demandas sus deseos, no está léjos de figurarse, que es una obligacion el darle todo quanto pida. Estoy al ménos muy seguro, que es mas fácil rehusarse á sí mismo una cosa, que no sufrir que otro nos la rehuse. Por lo mismo se deberia acostumbrar á los niños, á que ántes que manifestasen sus deseos, consultasen á su razon propia, é hiciesen uso de ella.

El reprimir las inclinaciones, y no manifestarlas, es estar muy cerca de dominarlas: y si ántes de hacer conocer sus apetitos, se acostumbran los niños á refrenarlos, y á exâminar si son ó no razonables, este hábito les será muy ventajoso todo el resto de su vida para las cosas sérias y considerables. No puedo cansarme de repetir continuamente, que sean ó no importantes sus acciones, lo primero que se ha de considerar en ellas, es la influencia que han de tener sobre su alma en adelante: qué hábito producirán probablemente: cómo les sentará este hábito quando lleguen á tener mas años: y á qué cosas podrá conducirlos, quando ya sean hombres formados, si se les autoriza abierta y francamente.

Bien veis pues por todo lo que he dicho, que estoy muy distante de pensar, que se deba molestar á los niños con solo el intento de mortificarlos; al

contrario, sería esta una conducta bárbara y maligna, capaz por sí sola de corromperlos y empaparlos en la mayor parte de los vicios: se les debe hacer contraer el hábito de reprimir sus deseos, y buscar el medio de hacerles vigorosos y dóciles el cuerpo y el espíritu, acostumbrándolos á sujetar sus inclinaciones, y á exercitar el cuerpo en el trabajo, sin darles motivo para sospechar, que se hace con ánimo solo de inquietarlos. Se les debe igualmente enseñar á ser modestos, sumisos, y moderados, rehusándoles constantemente todo aquello, que se hayan tomado la libertad de pedir, ó coger por su mano; mas los mismos que les obliguen á esta obediencia tan exâcta, deben igualmente darles pruebas seguras de su afecto, recompensándoles su silencio, y su modestia. Por exemplo, se privan hoy sin repugnancia de ciertas cosas que apetecen; es preciso premiarles esta virtud en otro tiempo;

dándoles lo que mas les convenga, y les agrade: pero de tal suerte, que se les haga mirar estos favores como unas consecuencias naturales de su conducta dócil y arreglada, y de ningun modo como si fuesen condiciones de alguna especie de tratado, que se hubiese celebrado con ellos. Por último, estad seguros, que si alguna otra persona viene á concederles lo que le habeis rehusado justamente, todo vuestro trabajo, y lo que es peor, todo el amor y el respeto que debian teneros, todo es perdido absolutamente. Así pues debeis procurar con el mayor esmero prevenir este fatal golpe, tomando las providencias oportunas á fin de impedir, que los domésticos trastornen vuestras medidas.

Si se principia desde luego á poner baxo este pie á los niños, acostumbrándolos á reprimir, y no manifestar sus deseos, se afirmarán mas y mas de cada dia en este hábito exce-

lente; y segun vayan creciendo, y su entendimiento se vaya despejando, se les podrá conceder mas libertad, como que entónces habla ya la razon, y es un deber el escucharla. Pero así como se debe ser exâcto en no prestar el oido, ni condescender con los niños, quando piden tal ó tal cosa, á no ser que se les haya prometido, así tambien se debe estar prontos á escucharlos, y á responder sencilla y dulcemente á sus preguntas, siempre que deseén, que se les instruya en alguna cosa: porque tanto conviene entretener esta curiosidad en ellos, como sofocar todos los demas deseos.

Mas á pesar de que debeis ser extremamente cuidadoso en reprimir estos deseos, que nacen solo de la pura fantasía, hay sin embargo un caso, en que es preciso concederles una libertad absoluta, y permitirlos que sigan enteramente su capricho, es decir, en sus diversiones y pasatiempos. La razon es

muy sensible : siéndoles la diversion tan necesaria como el alimento, y no pudiéndose llamar diversion ; sino solo aquello que les agrade, como esto se funda únicamente en la fantasía, se les debe permitir, no solo que se diviertan, sino que lo hagan á su modo, con tal que sea una diversion inocente, y no perjudique á su salud. Quando manifiesten deseo de entretenerse á ciertos juegos, no se les debe jamás negar el permiso : bien que si su educacion ha sido desde el principio tal qual corresponde, rara vez pedirán este permiso. Conviene á este efecto manejarlos de tal suerte, que hagan siempre con placer y gusto todo lo que les sea útil y ventajoso ; y ántes que puedan cansarse de una ocupacion qualquiera, hacerlos que la muden, y tomen otra diferente, que pueda serles igualmente provechosa. Pero si todavía no han llegado á un tal punto de perfeccion, que se les pueda hacer

un objeto de diversion de las cosas mismas, que les sean mas ventajosas, entónces es necesario permitirlos, que se diviertan en los juegos pueriles que mas amen, y procurar destetarlos de estos pasatiempos frívolos, empeñándolos diestramente en ellos, es decir, sin que lo conozcan, hasta que lleguen á cansarse. Mas en órden á las ocupaciones que les sean verdaderamente útiles, se ha de observar un método totalmente contrario, quiero decir, que á fin de que no las aborrezcan, y las miren siempre como diversiones, se les debe apartar con maña de ellas, quando se hallen todavía gustosos, ó al ménos, ántes que se disgusten ó se cansen. No se debe suponer, que están ya en el buen camino, hasta que se vea, que hallan complacencia en la práctica y execucion de las cosas loables, y hasta que exercitando relativamente el cuerpo y el espíritu con ventaja, pasen agradablemente la vida,

haciéndose un placer de sus ocupaciones, y dando descanso al espíritu por medio del exercicio del cuerpo, y á éste por la aplicacion del espíritu. No sé si esto se podrá conseguir sobre todos los temperamentos, ni si los preceptores y los padres querran tomarse este trabajo, ni si tendrán tampoco la paciencia y destreza necesaria para lograrlo felizmente; pero no dudo en ningun modo, que se podrá poner baxo este pie á la mayor parte de los niños, si como se debe, se tiene cuidado de excitarles el deseo de la gloria, de la reputacion, y del concepto. Y quando se haya llegado una vez á inspirarles estos sentimientos, se les puede hablar libremente de las cosas que mas amen, permitiéndoles que las disfruten, y dexándoles una libertad absoluta, para que puedan satisfacerse segun y del modo que les parezca conveniente. Por este medio se les hará conocer, que se les ama con un cari-

ño verdadero, y que aquellos que están encargados de su educacion, no se oponen en modo alguno á que logren sus satisfacciones. Observando esta conducta, no solo amarán la mano que los gobierna, sino la virtud misma que se les propone.

Si se permite á los niños una entera libertad en todas sus diversiones, se sacará además la ventaja de conocer su temperamento y sus inclinaciones, y se descubrirá por este medio, para qué cosas son mas propios. Los padres se ilustrarán igualmente acerca del género ó método de vida que deben establecerlos, de la profesion á que han de destinarlos, y de los remedios que deben poner en uso, para corregirles ciertas inclinaciones naturales, capaces de viciarlos.

Poniendo en execucion esta máxîma, se conocerá tambien la pasion tan ardiente que tienen al imperio, pues que todos los que viven juntos, dispu-

tan con frecuencia, por quien ha de ser el dueño, y ha de tener una autoridad absoluta sobre los otros. Para ocurrir á este inconveniente, es preciso castigar al que haya principiado la quimera, y hacer entender á todos, que deben tratarse los unos á los otros con una cierta especie de política, civilidad y respeto. Viendo los niños, que léjos de degradarse por este medio, adquieren la estimacion y el afecto de todo el mundo, encontrarán mas placer en este comercio recíproco de urbanidad y complacencia, que en una dominacion vana é insolente.

En quanto á las acusaciones que los niños se hacen los unos á los otros, en que por lo comun no tienen otro objeto, que el vengarse con la ayuda y el socorro de un tercero, no se les debe recibir favorablemente, ni quizá tampoco escucharlos; porque nada contribuye mas á abatirles el valor y á afeminarlos, que permitirles esta

clase de quejas vengativas. Por otra parte, si siendo alguna vez maltratados por otros niños, no se les escucha, sino que se les acostumbra á no llorar ni quejarse, se enseñarán desde luego á ser sufridos, y no les incomodarán demasiado los dolores. Pero aunque no se debe prestar el oido á las quejas de los niños, naturalmente inclinados á quejarse, es necesario sin embargo tener mucho cuidado de reprimirles todas las acciones, en que descubran alguna sombra de malicia ó de insolencia. Si por casualidad os hallais presente en ocasion en que cometan alguna accion de esta naturaleza, procurad reñirla y censurarla á presencia de aquel mismo, contra quien haya sido hecha; pero si se os dá queja de haber executado una cosa digna de atencion efectivamente, y á la que sea necesario aplicar algun remedio, censuradla, y reprended á su autor en ausencia del que haya recibido la in-

juria, obligándole á que vaya á buscar á este último, y le pida perdon de su ligereza. Establecido una vez este buen órden, y caminando (digámoslo así) por sí mismo, los que hayan irrogado la ofensa, se someterán mas gustosos á pedir perdon, y á repararla, y los que hayan sido ofendidos, recibirán con mas dulzura la satisfaccion que se les ofrezca; el amor que se tengan los unos á los otros, adquirirá de cada dia nuevas fuerzas, y llegará á serles familiar este comercio recíproco de civilidad y de respeto.

Volvamos ahora á la pasion con que los niños apetecen ser propietarios de las cosas. Para vencer esta inclinacion peligrosa, es preciso enseñarlos á partir con gusto entre sus amigos todo quanto tengan. Conviene tambien á este efecto, hacerles conocer por la experiencia, que el mas liberal es el que saca siempre el mejor partido, sin contar con la estimacion y los elogios

que suele atraerse con una tal conducta. Vereis como de esta suerte todos se acostumbran á ser francos y liberales. Este método será tambien muy propio, si no me engaño, para empeñar á los hermanos á tratarse de una manera mas dulce y afable; y aun se conseguirá por este medio, que traten de la misma suerte á los extraños, mejor que con todas las reglas de política, con que se suele embarazarlos.

La avaricia, esta pasion insaciable que nos inspira un deseo ardiente de poseér mas de lo que nos es necesario, es el orígen de la mayor parte de lós males. Es indispensable dedicarse con el mayor esmero á desarraigarla desde el principio enteramente, y á substituirla la qualidad opuesta, que es la inclinacion, que nos conduce á partir con los demas todo quanto poseémos. Este es el punto hácia que mas se debe llamar la atencion de un niño; excitándole por las alabanzas, y

la estimacion que adquirirá en el mundo con una tal conducta. Executa algun acto de liberalidad con alguno? no dexeis de indemnizarle con usuras. Hacedle ver claramente, que obligando á los demas, no se perjudica en ningun modo á sí mismo, sino que ántes bien se atrae el amor de los que han recibido sus bondades, y de los que han sido testigos de su generosidad y franqueza. Inspiradle una tal emulacion sobre este artículo, que siempre quiera disputar la preeminencia. De esta suerte, luego que por una práctica constante haya adquirido la facilidad de partir con sus hermanos todo quanto tenga, será inclinado por una especie de hábito á exercer estas bondades, de manera que se hará un placer, y un honor de ser franco y generoso.

Si se debe inspirar á los niños la liberalidad desde el principio, con mas razon se deberá cuidar, de que no falten jamás á las reglas de la jus-

ticia. Si por casualidad llegan alguna vez á violarlas, es preciso atraerlos nuevamente á sus deberes, reprehendiéndolos fuertemente, (si fuese necesario) por haberse separado de ellas.

Como las acciones primeras nacen mas del amor propio, que de la reflexion ni de las razones, no es de admirar, que las de los niños pasen de los verdaderos límites de la justicia, que es el resultado de una razon cultivada, y de una meditacion profunda. Quanto mas sujetos estén á engañarse acerca de este punto, tanto mas es necesario observarlos cuidadosamente, y reprehenderlos las menores faltas que cometan contra la justicia, (1) que es

(1) Aquí puede servir de comentario lo que dice *Montagne* acerca de este punto. ,,Es un método peligroso, *dice*, el excusar estas feas inclinaciones por la debilidad de los años, ó la ligereza del objeto: porque además de que en este tiempo obra sola la naturaleza, su voz es mas

la basa y fundamento de la sociedad humana, ya para instruirlos como corresponde, y ya para prevenir que contraigan malos hábitos. Si quando principian á jugar á los alfileres, ó á otros juegos pueríles se les permite que hagan trampas, y no se les reprehende, pasarán bien pronto de estas trampas á otras mas

pura y mas sencilla, quanto está ménos corrompida, y es mas nueva. El horror y fealdad de la trampa no depende de la diferencia, que hay entre jugar dinero ó alfileres, sino únicamente de sí misma ¿por qué nos hemos de persuadir, que jugando dinero no hará trampas, si las hace jugando á los alfileres? es preciso enseñar cuidadosamente á los niños, á que se aparten de los vicios, porque son malos en sí mismos, y hacérselos ver en toda su deformidad natural, á efecto de que no solo no los abracen al tiempo de la execucion de sus acciones, sino para que los aborrezcan interiormente en el fondo de su alma. *Ensay. lib.* 1, *cap.* 22,

considerables, y se verán expuestos á corromperse enteramente, hasta llegar á ser unos verdaderos pícaros. Por lo mismo, desde que sus padres ó sus ayos descubran en sus acciones la menor señal de injusticia, deben procurar reprimirles esta inclinacion perversa, manifestando un grande horror y sorpresa á la vista de un defecto semejante. Pero como los niños no podrán comprehender lo que es justicia, hasta que sepan lo que es derecho de propiedad, el medio mas seguro de afirmar la probidad en su espíritu, será el de inspirarles la liberalidad desde el principio, acostumbrándolos á partir con placer entre sus amigos las cosas que tengan y mas amen. Esto es lo que se puede enseñarlos muy bien, aunque no tengan bastante conocimiento del lenguaje, para formarse ideas claras de lo que es la propiedad, ni para saber lo que pertenece á una persona con un derecho exclusivo, que

priva á todo otro de poder aspirar á su dominio. Y como los niños no poseén apénas otras cosas, que las que les han sido dadas por sus padres, se les puede enseñar desde luego á no tomar ni retener, sino lo que les haya sido dado por aquellos, á quienes ellos supongan dueños, y que les pertenece verdaderamente. Mas adelante, segun su juicio se vaya perfeccionando, se les podrán dar otras reglas, y proponerles otros casos en punto á lo mio y lo tuyo. Si se advierte, que de intento, y no por ignorancia, cometen alguna acta de injusticia, y que no se les puede corregir por medio de la vergüenza, ni de las censuras, entónces es preciso acudir á remedios mas fuertes y eficaces: deben sus padres ó preceptores quitarles alguna cosa, de que hagan mucho aprecio, y que crean les pertenece, ó bien ordenar á otro qualquiera que se la quite, para hacerle conocer por este medio la po-

ca ventaja, que puede esperar de la libertad que se ha tomado, de apoderarse injustamente de los bienes, que eran de otro. Pero si se tiene cuidado desde luego, de inspirarles un verdadero horror á este vicio, (como creo que puede conseguirse) sin duda será este el medio mas seguro de impedir, que cometan un crímen tan vergonzoso, y les servirá de preservativo contra toda especie de injusticias, mejor que todas las consideraciones con que pudiera persuadírseles. Los hábitos obran siempre con mas facilidad y constancia, que la razon misma, á quien por lo regular no se consulta, quando hay mas necesidad de seguirla.

No se debe permitir á los niños que se acostumbren á llorar.

Los niños acostumbran á llorar facilmente; pero no conviene dexarlos que adquieran esta mala costumbre, ya

por el ruido totalmente incómodo y desagradable que causan, y ya por otras muchas razones mas importantes relativas á los niños mismos, que son el primer objeto de la educacion.

Sus llantos son de dos especies: ó bien son el efecto de su humor imperioso y obstinado, ó bien de la inclinacion que tienen todos á quejarse por la menor incomodidad, ó dolor que sufran; pero comunmente suelen ser de la primera especie. En este caso no lloran, sino con el objeto de hacerse obedecer, y sus lágrimas son una prueba muy sensible de su terquedad y soberbia. Como no tienen disposicion ni fuerzas suficientes para executar todo quanto desean, quieren conservar por medio de los gritos y las lágrimas un derecho que se imaginan tener de hacer todo lo que se les ponga en la cabeza. Pretenden asimismo reivindicar este derecho, y hacer ver en algun modo la injusticia, y opre-

sion de los que les rehusan las cosas que han manifestado que desean.

Pero hay muchas ocasiones en que sus llantos son solo el efecto de un dolor fisico que sufren, y que les obliga á quejarse.

Si se les observa con cuidado, se pueden conocer muy bien estas dos clases de llantos en el ayre, en la vista, en la postura, y tono de voz del que se queja; pero no se les debe permitir que lloren por ninguna de estas dos razones.

Quando los llantos provienen de obstinacion ó soberbia, no se les deben tolerar en ningun modo, porque sería lisonjear sus deseos, y entretenerlos en estas dos pasiones peligrosas, que debemos desarraigar de sus corazones. Si sucede, como se vé con frecuencia, que un niño llora porque se le reprehende, es preciso procurar sofocar sus lágrimas, para no perder los buenos efectos que pudièra producir

la correccion: porque un castigo que los dexa con esta rebeldía declarada, no sirve sino para hacerlos mas perversos. Que se les hagan prohibiciones á los niños, ó que se les impongan los castigos que se quieran, todos serán inútiles y mal aplicados, sino sirven para sujetar su voluntad actualmente, para enseñarlos á vencer y dominar sus pasiones, y para recibir con sumision las demostraciones, que les hagan sus padres con el objeto de disponerlos, á fin de que executen en adelante sin violencia lo que su razon les aconseje. Si despues de haberse opuesto á su voluntad en qualquier cosa, se les dexa la libertad de manifestar su descontento por las lágrimas, se les confirma en su humor rebelde, y en todas las demas inclinaciones viciosas; pues que sus llantos no son otra cosa, que una declaracion del derecho que pretenden tener de conducirse á su arbitrio, y una señal

fixa de la resolucion que han formado, de satisfacer sus deseos desde la ocasion primera. Ved aquí un nuevo motivo para no castigarlos, sino muy pocas veces: porque siempre que haya necesidad de acudir á este extremo, no es suficiente azotarlos, ni pegarlos simplemente, sino que es preciso continuar castigándolos, hasta sujetar su voluntad, y hacerlos sensibles á la correccion; lo que se reconocerá facilmente, en el modo y prontitud con que obedezcan, quando les mandeis cesar en los llantos. De otra suerte no es el castigo sino una pura tiranía, que sostenida y animada por la pasion que la acompaña, no puede ya llamarse mas una correccion, sino una verdadera crueldad, que os arrastra á maltratarle el cuerpo, sin producir ningun bien para el alma. Y así como esto es una nueva razon para no castigarlos, sino muy de tarde en tarde, así tambien lo es para que ellos eviten el ser casti-

gados con frecuencia : porque si quando se llega á pegarlos , se hace con moderacion , y por intervalos , mezclando siempre los razonamientos con los golpes , y observando la impresion que les hace el castigo : si se cesa en este enteramente , quando se advierte que les ha inspirado un verdadero arrepentimiento de su falta, y se observa esta conducta como he dicho , sucederá que muy pocas veces ó ninguna habrá necesidad de imponerles de nuevo este castigo , porque tendrán buen cuidado de no cometer las faltas que pudieran exponerlos á volver á sufrirle. Por último , es preciso guardar toda la moderacion posible en los castigos , respecto á que si se executan pasando de los justos límites , y estando dominados de la cólera , suelen no producir efecto alguno.

Lloran la mayor parte de los niños , se quejan y gritan comunmente al menor accidente que les sucede,

como el único medio que les ha dado la naturaleza, para hacer conocer sus necesidades ó desazones, quando no saben, ó no pueden explicarlas de palabra; pero como solemos manifestar compasion de sus lágrimas en esta edad tan tierna, los entretenemos en esta mala costumbre, y los animamos á que continúen en ella, recurriendo siempre á los llantos, aun mucho despues que ya han aprendido á hablar, y quando pueden declararnos sus necesidades naturales. Deben todos los que andan á su lado socorrerlos, compadecerse de sus males, y aliviarlos, pero nunca manifestar, que están sensiblemente penetrados de sus llantos. Es preciso acostumbrarlos al sufrimiento, y á que no sean sensibles, sino al honor y á la vergüenza. El grande número de accidentes á que está expuesta nuestra vida, nos obliga á no dexarnos penetrar fácilmente de los pequeños males, que pueden suceder-

nos, y el mejor escudo que les podemos oponer, es el de la firmeza y superioridad de espíritu; mas es necesario acostumbrarnos á superar el dolor desde el principio, porque solo este exercicio y la costumbre nos pueden hacer adquirir un temperamento vigoroso y fuerte. ¡Feliz aquel, que ha logrado acostumbrarse desde los primeros tiempos! Así como las lágrimas son mas apropósito, que otra cosa alguna para aumentar en los niños la molicie y delicadeza de espíritu, que como he dicho, debemos sofocar apénas se presente, así tambien no hay un medio mas seguro para reprimirla y destruirla enteramente, que no permitirlos que se abandonen á los llantos. Por lo mismo, si jugando se diesen algun golpe, ó se hiciesen algun daño, léjos de manifestar compasion ni sentimiento, se los debe animar, y aun mandar que prosigan en sus juegos, respecto á que este será mejor modo de curarlos, que

riñéndolos, ni lastimándose de sus males. Finalmente, qualquier golpe que reciban, no les permitais que lloren. De esta suerte se sosegarán en aquella ocasion mucho mas pronto, y se harán ménos sensibles para lo sucesivo.

En quanto á la primera especie de llantos, quiero decir, los que provienen de su genio imperioso y obstinado, es necesario usar de severidad para contenerlos; y si un mandato expreso, ó una mirada no son suficientes para conseguirlo, es indispensable recurrir á los golpes: porque como estos llantos provienen siempre de orgullo, de tenacidad y malicia, hay necesidad de sujetar su voluntad, y hacerle humilde, valiéndose de todos los medios capaces de producir este efecto. Pero en órden á los de la segunda especie, que proceden ordinariamente de una causa totalmente opuesta, á saber, de una sensibilidad grande, es preciso emplear otros medios mas suaves para corre-

girlos. Quizá sería lo mejor entónces proponerles razones que les obligasen á callar, ó bien distraerlos llamando su atencion hácia otro objeto, ó burlarse de sus llantos; pero es necesario tener consideracion á las circunstancias del asunto, y al temperamento particular de cada niño. No se pueden dar sobre ésto reglas fixas é invariables, sino que es preciso dexarlo absolutamente á la prudencia de los padres; sin embargo se puede decir generalmente, que deben éstos reprehender á sus hijos quando lloren por una sensibilidad excesiva, haciendo cesar en el momento sus lágrimas, ya por su autoridad, ó ya por sus palabras ó miradas, mezcladas con un grado de severidad proporcionado á su edad y genio terco y obstinado.

Del valor y del miedo : medios de inspirar el primero á los niños.

Tienen el valor y la cobardía una relacion tan íntima con las qualidades de que acabo de hablar ahora, que no creo será fuera de propósito tocarlos aquí de paso. Es el miedo una pasion, que si se sabe dirigirla, tiene tambien su cierto uso como todas; y aunque el amor de nuestra propia conservacion suele avivarla muchas veces, y la mantiene en el mas alto grado posible, puede suceder alguna vez sin embargo, que nos haga caer en el extremo opuesto, y que pequemos por demasiada osadía. Entónces es un defecto igualmente considerable : porque tan malo es ser insensible y temerario en el peligro, como temblar y estremecerse á la vista del menor riesgo que amenace.

La naturaleza nos ha inspirado esta pasion sabiámente, á fin de adver-

tirnos por su medio los peligros á que estamos expuestos, y para que evitemos cautamente los males que pueden sucedernos; así, el que no teme los riesgos de un mal próximo, ni juzga sanamente de la importancia de sus consecuencias, mas se puede decir, que obra como una fiera, que como una criatura prudente y razonable. Los que tengan hijos de un temperamento semejante, no deben hacer otra cosa, que abrirles un poco los ojos, y aconsejarlos que en estos casos consulten á su razon, ántes de todo; cuyos avisos escucharán bien pronto por el amor de su conservacion propia, á no ser que arrastrados por los impulsos de otra pasion que los domine, se precipiten ciegamente en el peligro. Nos es tan natural á todos la aversion al dolor y al sufrimiento, que me parece que no habrá nadie que dexe de temerlo, respecto á que el miedo no es otra cosa, que una inquietud que nos causa el rezelo de que puede

sucedernos algun daño. Esto supuesto, se puede asegurar generalmente, que todo aquel que se precipita incautamente en un peligro, lo hace, ó bien por ignorancia, ó bien porque está dominado de otra pasion mas imperiosa que el miedo: porque no es creible, que nadie sea tan enemigo de sí mismo, que se exponga á sufrir un mal alegremente, ni vaya á buscar un peligro, por solo amor al peligro mismo. Así pues si se percibe que el orgullo, la vanagloria, ó la cólera son las causas que sofocan el temor en un niño, ó le impiden que escuche sus consejos, es preciso reprimirle estas pasiones por los medios oportunos, á fin de que un poco de reflexîon pueda moderarle el ardor, y obligarle á considerar sériamente, si la empresa merece que se exponga á los riesgos que le son inseparables. Mas como este es un defecto á que rara vez están sujetos los niños, no me detendré á señalar por menor

los medios de corregirlos, ántes bien adoleciendo por lo comun del defecto opuesto, es decir, de la falta de valor y firmeza, será por consiguiente mejor y mas necesario insistir sobre este último punto.

Siendo el valor y la presencia de ánimo, como el asilo y apoyo de todas las demas virtudes, apénas se podrá sin ellas estar firme en sus deberes, y llenar el carácter de un verdero hombre de bien y próvido. El valor que dá fuerza bastante al hombre, para despreciar los peligros que conoce, y los males que actualmente siente, es utilísimo en el estado en que vivimos, expuestos á ser asaltados continuamente por todas partes. He aquí la razon, por que deben los padres armar con este escudo á sus hijos, desde el punto mismo en que puedan sostenerlo: es verdad que el temperamento natural es de un grande socorro al efecto; pero aunque falte este temperamento, y el corazon sea tímido y débil por sí mis-

mo, se puede adquirir sin embargo por el arte, tanto y quizá mas firme todavía. Ya he advertido lo que se debe hacer, para impedir que el valor se disminuya y debilite en los niños por las ideas espantosas que se les influyen quando son jóvenes, y por el hábito que se les dexa que adquieran, de abandonarse á los llantos por el menor mal que sufran. Véamos ahora cómo podrémos endurecerles el temperamento, y elevarles el corazon de manera, que miren con desprecio los peligros, aunque sean de un natural excesivamente tímido.

El verdadero valor y la firmeza consisten, sino me engaño, en poseerse tranquilamente á sí mismo, y estar firmemente ceñido á sus deberes, á pesar de que un mal nos ataque, ó estemos expuestos á un peligro. Son tan pocos los hombres que llegan á tocar este punto de perfeccion, que no debemos esperarlo en ningun modo de los niños; mas hay sin embargo un medio para conse-

guir que adelanten alguna cosa, el qual si se pone en execucion con el método y precauciones que son debidas, acaso tendrá mas feliz suceso, que lo que podemos persuadirnos.

La causa de que haya tan pocos hombres hechos, que lleguen á poseer esta virtud en toda su extension, es sin duda que se mira con demasiado abandono á los niños acerca de este importante artículo. Yo no debia decir esto en medio de una Nacion tan valerosa como la nuestra, si creyese, que el verdadero valor consistia solo en mostrar ánimo y firmeza en un campo de batalla, ó en despreciar la vida á presencia de los enemigos. No digo que esta especie de valor ó intrepidez no merezca los honores y elogios que son debidos á los que exponen su vida por la Patria; pero no consiste el valor en esto solo. Nos atacan tambien los peligros por otras muchas partes, fuera del campo de batalla. El dolor, la pobreza y otros males seme-

jantes, aunque no son objetos que nos horrorizan tanto como la idea de la muerte, no dexan sin embargo de tener un ayre de terror y espanto, capaz de desconcertar á la mayor parte de los hombres: y si se encuentran gentes, que desprecian algunos de estos males, no por esto dexan de turbarse á la vista de los otros. Pero el verdadero valor siempre está dispuesto á toda clase de peligros. No quiero decir, que no se ha de ser susceptible de ningun grado de miedo: la vista del peligro siempre produce alguna especie de aprehension en todo espíritu, que no sea enteramente estúpido. Debemos reconocer el riesgo, y tener un cierto grado de miedo, el suficiente para llamar nuestra atencion, y despertar nuestro vigor é industria; pero no tanto, que nos impida hacer uso de nuestra razon tranquilamente, y executar todo lo que nos sugiera.

Para inspirar á los niños esta noble firmeza de espíritu, que hemos dicho,

es preciso lo primero cuidar con el mayor esmero, que su alma no sea penetrada en los primeros años de ninguna idea de temor ni espanto, procurando evitar todos los discursos que sean capaces de atemorizarlos, y que se presente á su vista repentinamente ningun objeto terrible, que pueda sorprenderlos. Tales ideas causan por lo comun un desórden tan grande en el ánimo, que no pudiendo convalecer ni recobrarle nunca, se debilita el cuerpo, se turba el alma á la menor sugestion ó apariencia de estas ideas formidables, y apénas está capaz el hombre para executar ninguna accion con concierto. Provenga de donde quiera este órden, sea de movimiento habitual de los espíritus animales, producido por la primera impresion violenta que recibieron, sea de alguna alteracion que padezca la constitucion del niño, ó de otra causa todavía mas incomprehensible, lo que no tiene duda es, que el hecho es cierto,

y que se ven todos los dias continuos exemplos de personas, que quedan toda su vida con el espíritu debil y cobarde, solo por haberlos intimidado y asustado en los primeros años. Por lo mismo nada debe omitirse para prevenir este grande inconveniente.

Despues de haber procurado evitar cuidadosamente, que no se influya el miedo á los niños por ningun medio de los que hemos insinuado, se les debe además acostumbrar insensiblemente á todos los objetos que puedan asustarlos; pero sin precipitarse, ni emprender esta curacion anticipadamente, no sea que se aumente el daño, léjos de curarlo. Miéntras que los niños mamen, no se pueden emplear otros medios al efecto, que separar de su vista todos los objetos horribles y espantosos, porque hasta que puedan hablar y comprehender lo que se les diga, es inútil proponerles ningunas razones para convencerlos, que no hay nada que temer

de su parte, y que deben hacérselos familiares. Pero si sucede, que siendo tiernos todavía, se asustan á la vista de algunas cosas, que no hay facilidad de ocultar á su conocimiento, y que manifiestan algun rezelo, siempre que se presentan á su vista, es necesario en este caso valerse de todos los medios posibles para disminuirles el miedo, ya distrayendo su imaginacion hácia otra parte, y ya acompañando á estos objetos otras imágenes lisonjeras y agradables, hasta que les sean tan familiares, que no les causen el menor rezelo.

Me parece que es facil percibir, que todos los objetos visibles que no ofenden á los ojos, son totalmente indiferentes á los niños recien nacidos; y que en este tiempo no se espantan mas de la presencia de un leon ó de un moro, que de la de su nodriza, ó de un gato. Lo que despues les hace temer las cosas de un cierto color y figura, es solo la aprehension de que estas cosas pueden causar-

les algun daño. Estoy persuadido, que si todos los dias se presentase á un niño una nueva nodriza para que mamase, no extrañaria á los seis meses esta continua mutacion de semblantes, como no la extrañaria á los sesenta años. Así, la razon por que no quieren acercarse á los extraños, es porque acostumbrados á no recibir caricias ni alimento, sino de una ó dos personas, que ordinariamente andan á su lado, llegan á imaginarse, ó á temer, que estando en los brazos de una persona extraña, han de ser privados de aquella con quien gozan sus placeres, y les alimenta, y satisface continuamente las necesidades, que sienten con frecuencia. Esta es la razon misma, por que tienen miedo quando no está con ellos la nodriza.

La cosa única que nosotros aprendemos naturalmente, es el dolor ó la privacion del placer; pero como estas dos cosas no tienen la figura, color, ni tamaño de los demas objetos visibles, no nos es-

pantamos, ni tememos á ninguna de ellas, sino despues que nos han causado dolor, ó se nos ha persuadido que pueden hacernos daño. La luz agradable del fuego, ó de la llama embelesa tanto á los niños, que quando se presenta las primeras veces á su vista, siempre quieren cogerla con la mano; pero luego que una experiencia constante los convence, que el fuego causa dolores crueles y agudos, temen el tocarla, y lo suelen evitar con un cuidado extremo. Siendo este pues, el fundamento del miedo, no es dificil indagar su orígen, ni los medios de disiparlo, quando solo es producido por unas falsas señales, que nos alarman en vano. Si el alma llega una vez á estar aguerrida contra estos objetos, que nos parecen terribles, y á conseguir una verdadera victoria sobre sí misma, y sobre los terrores ordinarios, entónces queda ya dispuesta para despreciar aun los verdaderos peligros. Tiembla y huye vuestro hijo á la vista de una rana? Ordenad á otra persona

que coja un animal de estos, y lo ponga á una distancia larga, y hacedle primero que la mire: quando ya pueda mirarla sin emocion alguna, hacedla acercar mas á su vista, para que se acostumbre á verla saltar sin asustarse: despues que ya se haya acostumbrado á todo esto, mandad á otro que la tenga bien sujeta entre las manos, y obligadle á que la toque ligeramente: continuad de la misma suerte, haciéndole familiar este animal por grados, hasta que lo maneje con la misma seguridad, que maneja á un gorrion, ó á una mariposa. Siguiendo exâctamente este mismo método en las demas cosas, conseguireis que vuestro hijo supere qualquier otro terror quimérico, si procurais no precipitaros, ni exîgir un nuevo grado de seguridad, hasta que esté enteramente firme en el primero. Así es como se debe disciplinar á este soldado joven, cuidando siempre de no hacerle mirar como peligrosas las cosas que realmente no tienen peligro.

Si notais que se espanta de algun objeto mas de lo que debe, hacedle que se acostumbre á mirarlo bien de cerca, hasta que libre del temor salga triunfante de esta especie de combate. Consiguiendo con frecuencia algunas de estas victorias, se desengañará por la experiencia, que no siempre son los males tan grandes, ni tan reales, como nos los representa el miedo; y que no es el verdadero medio de evitarlos, el huir de ellos, ni turbarse dexándose abatir por el temor en las ocasiones, en que nuestra reputacion, y nuestros deberes nos obliguen á no abandonar una empresa, que tenemos entre manos.

Pero respecto á que el dolor es el grande fundamento del miedo, para defender á los niños de éste y del peligro, es preciso acostumbrarlos desde luego á sufrirlo. Acaso parecerá inhumano este arbitrio á las madres, y aun á los padres, siempre penetrados de ternura hácia sus hijos. Creerán la mayor parte,

que es contra toda razon exponer al dolor á un niño, solo para hacerle su impresion mas soportable. "Este será quizá un buen medio, *me dirán*, para inspirarle ódio y aversion hácia la persona que le haga sufrir; pero ¿cómo es posible, que puedan acostumbrarse á padecer sin repugnancia? no quereis que se castigue, ni se den golpes á los niños por las faltas que cometan, y quereis atormentarles quando cumplen bien con sus deberes, solo por tener el placer de atormentarlos." No dudo que me se harán esta y otras muchas objecciones, y que se me acusará diciendo, que destruyo por mí mismo lo que he procurado edificar en otra parte. Mas aunque aconsejo que se acostumbre á sufrir el dolor á los niños, este proyecto debe ser executado con mucha precaucion y prudencia: y ved aquí, por que es una felicidad que no lo aprueben ni lo sigan, sino las personas que tienen capacidad bastante para exâminar y penetrar las razones de

las cosas. No sería nunca de dictámen, que se castigase á los niños por las faltas que cometan, porque no quiero que miren el dolor del cuerpo como el mayor de los castigos; y por lo mismo desearia, que se expusiese algunas veces al dolor á los que cumplen con sus deberes, á fin de que se acostumbrasen á sufrirlo, sin considerarlo como el mayor mal que puede sucederlos. Basta el exemplo de los Espartanos para demostrar, hasta qué punto puede perfeccionarse la educacion de los jóvenes en razon de este proyecto; pero no soy tan loco que proponga el uso de la disciplina de Esparta en este siglo, y baxo un gobierno como el nuestro. Diré solo, que el verdadero medio de inspirar valor y resolucion á los niños para todo el resto de su vida, es acostumbrarlos poco á poco á ser sufridos, sin alterarse demasiado, ni turbarse por solo algunos pequeños grados de dolor.

Conviene á este efecto, como he dicho, no tenerlos lástima quando se quejen, ó mejor no permitirlos que se quejen, quando sufren males leves; pero de esto ya he hablado en otra parte.

Se debe además hacerlos sufrir de intento, procurando que sea en ocasion en que estén de buen humor, y firmemente persuadidos de que los ama aquella misma persona, que los trata de esta suerte. Pero no conviene manifestar el menor indicio de cólera ni sentimiento, ni aparentar compasion ni arrepentimiento; sobre todo, no hacerlos que padezcan demasiado, no sea que miren baxo la idea de castigo todo mal, que se les haga que sufran. En una palabra, persuadid á vuestro hijo que le amais perfectamente por medio de vuestros cuidados, y por unas señales constantes de afecto, y estad seguros, que sufrirá sin repugnancia, y sin quejarse los dolores, que no sufriria de otra suerte. El grande punto de esta empresa con-

siste en principiar por alguna cosa que no sea muy penosa, y en continuar aumentando el dolor por grados insensibles, en las ocasiones en que useis con él de familiaridad y de chanza, procurando siempre alabarle al mismo tiempo. Si por medio de los elogios que deis á su valor, llega á creérse bastante recompensado de los dolores y fatigas que ha sufrido, y á hallar un objeto de gloria en estas pruebas de firmeza, de modo que apetezca mas ser tenido por un hombre de corazon y valiente, que evitar un pequeño dolor, ó ceder cobardemente á sus impresiones, estad seguros, que con el tiempo y el socorro de la razon, que se fortalece diariamente, podreis vencer su timidéz y cobardía, y corregir la debilidad de su complexion. Empeñadle en otras empresas mas arduas, en proporcion que vaya siendo grande; y si alguna vez rehusa intentar alguna, que pudiera conseguir muy bien, si tuviese valor para empren-

derla, ayudadle con vuestra asistencia, y procurad excitarlo por un motivo de honor, hasta que habiéndose afirmado bien en la práctica, pueda executarla sin dificultades. En este caso llenadlo de alabanzas, y hacedle entender, que se ha ganado la estimacion de todos los que le conocen. Despues que haya adquirido resolucion bastante para no dexar de hacer las cosas por miedo del peligro: despues que este no le sea mas un obstáculo que le impida obrar, poniendo su cuerpo y espíritu en desórden, podeis estar bien persuadidos, que tiene todo el valor y firmeza necesaria, que convienen á una criatura prudente y racional.

Que se debe corregir á los niños la inclinacion que tienen á la crueldad.

Voy ahora á hablar de un vicio, que es bastante general en los niños, á saber, de los malos tratamientos que ha-

cen sufrir á los pobres animales, que por desgracia llegan á caer entre sus manos. Si por casualidad cogen alguna mariposa, algun paxarillo, ú otro animal semejante, lo tratan con la mayor crueldad, y lo atormentan extraordinariamente, hallando cierto placer en ello. Yo sería de dictámen, que se les zelase escrupulosamente acerca de este artículo, y que si se advertia, que eran naturalmente inclinados á esta clase de crueldades, se procurase hacerlos observar una conducta totalmente opuesta. Si se les permite atormentar, y matar á estos animales impunemente, bien pronto la costumbre les hará ser igualmente duros é insensibles con los de su misma especie. Los que se complacen en quitar la vida á los animales, ó en hacer sufrir á los séres ó criaturas, que consideran inferiores, no es fácil que se compadezcan, ni miren piadosamente á los de su misma especie. Esta razon ha

sido la que ha movido á los Ingleses, para excluir á los carniceros del número de los jurados, quando la sentencia puede ser de muerte. Así pues, es preciso tener mucho cuidado de educar á los niños de tal suerte, que se horroricen quando vean matar ó atormentar á los animales, enseñándolos á que no ofendan ni destruyan la menor cosa de este mundo, á no ser que se interese el bien ó la conservacion de otra, que sea de una naturaleza mas excelente. Con efecto, si cada hombre en particular se creyese obligado á contribuir, en quanto le fuese posible, á la conservacion de todo el género humano, que es á lo que se reducen los deberes de la religion, de la moral y de la política, sin duda estaria el mundo mas sosegado y tranquílo, que lo que está realmente.

Pero volviendo á nuestro objeto, no puedo ménos de alabar aquí la afabili

dad y prudencia de una Señora, á quien conozco, la que acostumbraba á satisfacer á sus hijas todos sus deseos frívolos, dándolas perritos, ardillas, paxarillos, y otros animales con que se suelen divertir las niñas; pero las obligaba á que los mantuviesen, y procuraba que no les faltase nada: y si los maltrataban, ó padecian algun descuido, las reprehendia severamente, como si fuese una grande falta, ó se los quitaba para castigarlas. De esta suerte las enseñaba desde el principio á ser exâctas y cuidadosas, y las hacia contraer un genio dulce y humano. Yo creo que convendria asimismo acostumbrar á los hombres á ser compasivos desde los primeros tiempos, y á que mirando con una especie de ternura á todas las criaturas dotadas de sentimiento, no hiciesen daño á ninguna, por de pequeña consideracion que fuese. No puedo persuadirme, que el placer que

hallan los niños en hacer daño á los animales (entiendo por este placer, el que tienen en destruir sin necesidad toda especie de cosas, y particularmente la alegría que sienten en hacer sufrir á las criaturas ó séres vivientes) no puedo figurarme, digo, que una tal inclinacion pueda serles natural, ni que tampoco sea otra cosa, que un hábito producido por la conversacion y el exemplo de los hombres. Se les enseña comunmente á reñir y á celebrar el mal que han causado á su contrario, y la conducta de casi todas las personas que andan á su lado, los confirma en esta perversa disposicion de espíritu. Toda la historia que se les enseña, se reduce á combates, guerras y mortandades; y los gloriosos elogios con que se colma á los conquistadores célebres (la mayor parte verdaderos verdugos del género humano) acaban por último de corromperles el espíritu, figurándose

desde entónces, que el arte de matar los hombres es la cosa mas loable, mas heróica, y mas gloriosa, á que pueden dedicarse. Por este medio, á pesar de que la crueldad es tan contraria á nuestra naturaleza, llega á arraigarse insensiblemente en nuestros corazones, y sucede, que lo que la humanidad aborrece y detesta, nos lo hace familiar y agradable la costumbre, representándolo como el camino mas seguro para aspirar á la gloria. Ved aquí como la opinion y la moda hacen pasar por placer lo que no lo es, ni puede serlo realmente. Por último este es un inconveniente, que desde el principio se debe procurar remediar por todos los medios posibles, substituyendo en lugar de esta pasion fatal la inclinacion opuesta, que es mucho mas natural al hombre, quiero decir, la humanidad y la compasion: indinaciones que es preciso cuidar de inspirar con tiempo á los niños, aunque

siempre por las vias de la suavidad y la dulzura. No será fuera de propósito añadir aquí, que si jugando, sucede algun accidente ó desgracia, ya por ignorancia, ó por inadvertencia, de forma que no sea precisamente un efecto de mala intencion, ó de malicia, aunque sus consecuencias sean sensibles (1), se debe despreciar enteramente, y no ha-

(1) Me acuerdo de un exemplo de moderacion, que no por ser acompañado de circunstancias diversas, que las que *Mr. Loke* propone, es ménos propio para confirmar su doctrina. „Se paseaba *Augusto* un dia con el mayordomo de su casa, y habiendo visto éste repentinamente un javalí que venia hácia ellos, se puso á cubierto del peligro, poniendo al Emperador por delante. La falta era capital por las funestas consecuencias que podia haber producido; pero *Augusto*, no exâminándola, sino por parte de la intencion del mayordomo, la tomó por una gracia, y se contentó con zumbarle.

blar de ello, sino con mucha moderacion y dulzura: porque como hemos dicho repetidas veces, no se debe tener consideracion á las faltas que los niños cometan, ni á su importancia, sino á la causa que las ha producido, y al hábito que puede nacer de ellas. Estas son las solas y únicas porque se debe castigarlos; y aun estas si son de tal naturaleza, que la edad pueda corregirlas, ó que no haya motivo para rezelar que produzcan malos hábitos, es preciso disimularlas, y fingir que no se han advertido, aunque estén acompañadas de circunstancias melancólicas.

Otro medio de inspirar la humanidad á los niños, y de impedir que se corrompan, es el de acostumbrarlos á tratar bien de obra, y de palabra á todos sus inferiores, á las gentes del baxo pueblo, y particularmente á los domésticos. Se vé con mucha frecuencia en las familiás honestas y decentes, que

los hijos de la casa hablan á los criados con términos llenos de insolencia y desprecio, y que los tratan de una manera altiva é imperiosa, como si fuesen de una especie diferente, y muy inferior á la suya. No es necesario exâminar, si esta vanidad y soberbia son producidas por el mal exemplo, por la superioridad de fortuna, ó por una inclinacion natural en ellos; lo que importa es prevenirlas y extirparlas desde el momento en que se presenten, substituyendo en su lugar los principios de humanidad y de dulzura, que los harán ser atentos y afables, aun con las personas de la condicion mas baxa. Nada perderán por esto de la superioridad de su clase; al contrario, uniendo sus inferiores una estimacion, y un amor sincero á la sumision y respeto que los tengan, la autoridad que adquieran, será siempre mayor, y mas bien cimentada. Los domésticos con especialidad,

viendo que no son maltratados, á pesar de que la fortuna los ha puesto, digámoslo así, á los pies de sus amos, les servirán con mucho mas agrado, mas prontitud, y mas zelo. De todos modos jamás se debe permitir á los niños, que solo por la desigualdad de condiciones, pierdan el respeto que deben á la naturaleza humana. Quanto sean mas elevados y opulentos, tanto mas se debe cuidar de enseñarlos á ser moderados, afables y atentos con sus semejantes, á quienes la fortuna haya distribuido menor parte de sus dones. Si desde los primeros años se les dexa libertad de tratar mal á cierta clase de personas, porque creen tener algun imperio sobre ellas, quando ménos será esto una señal fixa de la mala educacion que han tenido; y si no se procura reprimir esta licencia como corresponde, su fiereza y orgullo natural los acostumbrará por grados á mirar con despre-

cio á sus inferiores, y terminarán por último oprimiéndolos, y tratándolos cruelmente.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

que contiene este primer Tomo.

